



MAYORES CREATIVOS. CERTAMEN LITERARIO 2024



MAYORES CREATIVOS. CERTAMEN LITERARIO 2024

ESCUELA DE ENVEJECIMIENTO
ACTIVO EL PALO

Grupo de Trabajo SAMFyC atención a la las personas mayores



Asociación
En Activo



AGRADECIMIENTOS

A todos los participantes, escritores e ilustradores, que han hecho posible esta experiencia colectiva.

A los miembros del jurado que voluntariamente han revisado y evaluado los trabajos con profundidad y buen hacer.

A los miembros del Taller de Memoria de la Escuela de Envejecimiento Activo por su participación activa en este certamen.

A los centros educativos Instituto de Educación Secundaria El Palo, Colegio León XIII y al grupo de la Escuela de Verano Centro de Servicios Sociales Comunitarios Distrito Este, por su implicación y guía a los niños en la ejecución de las ilustraciones de los escritos.

A la Fundación de la Sociedad Andaluza de Medicina Familiar y Comunitaria por su apoyo y esfuerzo editorial.

COLABORACIONES



© **Sociedad Andaluza de Medicina Familiar y Comunitaria**

Edita: Fundación Sociedad Andaluza de Medicina Familiar y Comunitaria (Fundación SAMFyC)

C/Arriola 4, bajo D

18001 Granada

Edición 30-10-2024

ISBN: 978-84-67603-3

Déposito legal:

Imprime:

Coordinación general: Francisca Muñoz Cobos

Diseño y maquetación: Sara Pérez Fajardo (SAMFyC)

Secretaría coord.: Encarnación Figueredo Sánchez (F. SAMFyC)



ÍNDICE

* A mi padre que está en el cielo.....	9
* Algo de mi vida.....	11
* Allí dentro alía a recuerdos..”Siempre Samba pa ti.”.....	13
* Baldomero.....	19
* Carta a la gente que no se rinde.....	29
* Cómo es el sentido de la vida.....	31
* Cosas de mi infancia.....	33
* Cuando yo era pequeña.....	35
* D. Juan de Borbón.....	37
* El circo.....	45
* El trabajo manual.....	49
* Envejecer con dignidad.....	51
* La abuela que (afortunadamente) depeccionó a (casi toda) su familia.....	53
* La Casa de la Perra Gorda.....	55
* La escuela de los abuelos.....	61
* La herencia.....	63
* La princesita flor.....	67
* Lo que es soy.....	69
* Los diferentes caminos de superación de Aspasia de Mileto.....	71
* Mare Nostrum.....	73
* Me gusta aprender.....	75



ÍNDICE

* Miedo.....	77
* Nietos y abuelos.....	79
* Nuevas oportunidades.....	81
* Para tí allá donde estés.....	101
* Piropo a Málaga.....	105
* Poema de Málaga a Martín Carpena.....	107
* Relato nostálgico	109
* Una vida.....	115
* Viaje a Granada.....	119
* Vieja.....	121
* ¿Vieja yo?.....	123
* Vivencias.....	127



PRÓLOGO

Este libro es un recopilatorio de los relatos presentados al Certamen Literario 2024, convocado anualmente por la asociación En Activo y el centro de salud El Palo, dentro de las actividades de la Escuela de Envejecimiento Activo, cuyo objetivo es la promoción de envejecer saludablemente, con bienestar y calidad de vida.

La creatividad es una capacidad humana que no se deteriora con el paso del tiempo, siendo incluso más activa conforme avanza la edad. Su desarrollo permite mantener el contacto con el entorno, ser más participativo y activo en la vida cotidiana y conservar capacidades cognitivas, emocionales y relacionales.

Cada relato es fruto del esfuerzo, del recuerdo y de la emoción de la persona que lo escribe y merece ser divulgado y compartido. Se señalan los tres trabajos premiados en el certamen, que por su forma de expresión, estructura y lenguaje han destacado en esta convocatoria, si bien todos los escritos tienen el valor de ser exponentes del mundo interior de su autor y como tales nos parecen interesantes y valiosos como para ser recogidos en este libro.

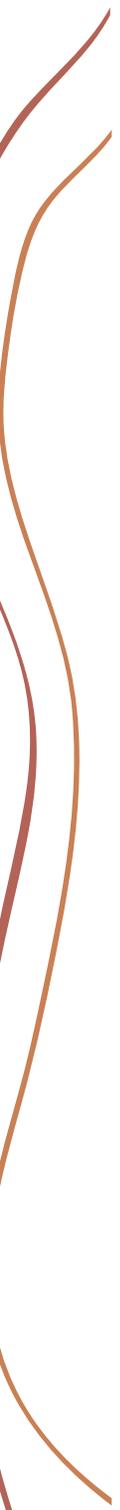
Se trata también de una experiencia de intercambio intergeneracional, ya que cada escrito ha sido ilustrado por población escolar de la zona, según el relato leído ha inspirado en su mentalidad joven plasmar en imágenes lo que reflejan las palabras.

La creatividad, que no tiene edad, une a las personas y a las generaciones.

Francisca Muñoz Cobos. Medicina familiar y comunitaria. Centro de Salud el Palo. Asociación En Activo.

Grupo de trabajo SAMFyC Atención a las personas mayores





A MI PADRE QUE ESTÁ EN EL CIELO

Inés Benítez Cortés

Siendo tan solo una niña tuve la mala suerte de perder a mi padre; al cielo fue, me decía mi madre cuando yo lloraba y preguntaba por él. Yo decía: ¿papá cuándo viene? Siempre me respondía que estaba en el cielo y yo miraba en el patio al cielo. Yo recuerdo que, llorando, le decía: papá, ven. Y así pasaron los años, echándolo en falta en muchos momentos de mi vida. Han pasado ya muchos años y debí quererlo tanto que pasé mi niñez notando su falta; cuando mis amigas me decían: mira, voy a pedirle a mi papá que me dé para comprar algo. En esos momentos decía: si yo tuviera a mi padre, también le pediría algo. Le recuerdo siempre en mi vida. Y los años pasan. Te fuiste de la tierra para convertirte en nuestro ángel. Te quisimos con tanta fuerza y bondad que siempre estarás con nosotros. Tu luz estará brillando y tan fuerte, que siempre alumbrará nuestro camino. Papá siempre seguirá vivo en nosotros. Vivir sin tí no ha sido fácil; cada día del padre te mando mi beso al cielo, recordándote con todo mi cariño. Como siempre, te quiero papá.



Mario





ALGO DE MI VIDA

José Sánchez Fernández



Fátima

Nací en Comares en el mes de julio del año 1940.

Mi padre era muy bueno y me enseñó a trabajar en el campo y a plantar verduras: acelgas, coliflores, lechugas, patatas y también uvas y naranjas. Estos productos los llevaba a cuesta en capachos.

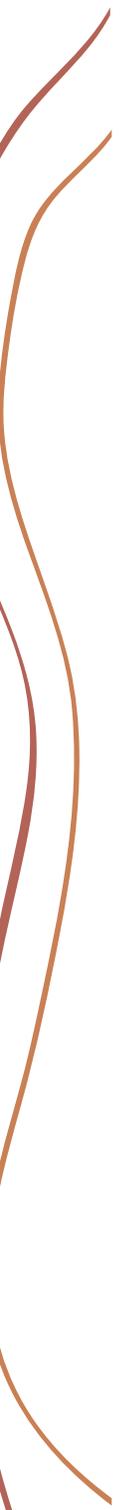
Mi padre me compró un borrico para llevar la fruta, que para mí era un Mercedes. Este es un trabajo muy pesado, pero también tiene cosas buenas que alegran la cara y te quita toda la pena.

Cuando era pequeño iba a vender las verduras y las frutas.



Alex





ALLÍ DENTRO OLÍA A RECUERDOS... “SIEMPRE SAMBA PA TI”
3er premio Certamen de Relatos 2024

Francisco Rodríguez Vargas



Luna

Ha llegado otra vez el mes de abril, el de las aguas mil, como te gustaba llamarlo con la sonrisa en la mirada. Han pasado más de dos décadas desde entonces, desde que me fui pensando



en no volver jamás, y no he regresado. Hasta hoy. Igual no tenía que haberlo hecho, pero un impulso extraño me ha traído con la excusa de revivir las fiestas en honor de nuestra patrona, Nuestra Señora del Buen Consejo.

La puerta de entrada a la casa, a nuestra casa, cerrada desde aquel nefasto día, ha chirriado, como quejándose porque la estoy molestando, a pesar de que la he abierto despacio, temiendo despertar al silencio que vive dentro como dueño y señor de nuestros antiguos recuerdos..., porque el silencio es maravilloso mientras nos tomamos la precaución de no despertarlo. Me he dejado atrapar por él y he entrado solo. No tengo ahora perdón ni consuelo.

Del zaguán azulado, al fondo, ejerce sobre mí una atracción sobrecogedoramente hipnótica el hueco de la escalera que asciende al piso de arriba donde están los dormitorios. En la esquina de la derecha, en el primer escalón, todavía está la maceta de geranios rojos que tanto te gustaba, ahora seca, sin vida, asfixiada por el abandono.

“El cambio empieza siempre en las escaleras”, era una de las frases preferidas de nuestra abuela, que ahora me viene a la memoria y que yo nunca llegué a comprender con exactitud. Me acerco al primer peldaño y puedo intuir allá arriba, al final de la misma, una atmósfera densa y abrumadora. Es un instante, tan fugaz como el dolor que siento en el pecho por el suspiro que tengo contenido de pura tensión que me desboca. Me duele, como decía el poeta, hasta el aliento, porque me invade la sensación de estar profanando un lugar y un tiempo sagrados que, por más que me esfuerzo, no la puedo alejar de mí.

¡Maldita sensación de soledad!

Allí arriba, al final de la tenebrosa escalera, huele a inquietantes recuerdos. Es un perfume dulzón, empalagoso, obsesivo que, bajando por los escalones, se filtra por los rincones y se pega a las membranas de la memoria. Por eso me quiero ir, -¡si es que no tenía que haber venido!-, por no soportar más tiempo el indescriptible ahogo que me produce respirar esta penumbra asfixiante. Me siento ligeramente mareado, por eso intento alcanzar el tirador de la puerta para huir, pero... Imposible. No puedo. Los pies se niegan a responder al impulso de andar, por más que mi mente disciplinada ordene el movimiento. Izquierdo primero, derecho detrás. ¡Qué va! Ellos van por libre, a lo suyo, haciendo oídos sordos al mandato, como si fueran independientes del resto de mi cuerpo, sin atender a razones.

Ni el uno ni el otro están por la labor. Es entonces cuando me percaté de que en alguna de las habitaciones del piso superior se habría volcado una cántara y el aceite se ha quedado esparcido por el suelo impregnando parte de los escalones. No lo había visto antes de tan oscuro que estaba, o tal vez por la intranquilidad que me genera volver a donde tú te refugiabas, a donde te encantaba descansar. Encendías unas mariposas en el lebrillo con aceite de nuestro olivar para despertar tus sentidos, te ponías en el tocadiscos tu elepé favorito, el de Carlos Santana y la “Samba pa ti”, y lo repetías hasta la saciedad..., entornabas los ojos sentada en la mecedora de la abuela Catalina, y te sentías levitar. La gente que nos conocía no podía entender cómo te gustaba esa música, pero tú, nosotros, pasábamos de comentarios y nos dejábamos atrapar por aquella envolvente melodía.





Milena

Durante ese tiempo, mientras sonaba la música, nadie era capaz de molestarte ni de interrumpir. Tal era el poder de tu autoritaria presencia. En esas premeditadas ausencias, entre mecida y mecida, el aire se llenaba del olor de los pinos de la sierra mágica de la que te sentías dueña y señora. Era tu auténtica verdad, la de tu propia alma impregnada de la soledad de los tiempos en los que renunciaste a ser amada por el mismo derecho de amar. Nuestro padre te obligó a esa renuncia por más que le suplicaste hasta de rodillas, rota de amor, pero eras la hija mayor y debías quedarte soltera para cuidarlo hasta su muerte. Resignada, terminaste aceptando, guardándote la rabia contenida, junto a tu amor impoluto y virginal, en un rincón de tu memoria. Hasta que, enquistado, te hizo daño, empezó a dar la cara y comenzaste a sentirte mal.

Nadie supo de tu incipiente enfermedad por expreso deseo de tu voluntad de hierro. Ocultabas tus carencias y disimulabas con un gusto exquisito los movimientos reflejos que comenzaban a ser más lentos y descontrolados. En las periódicas visitas a don Joaquín, tu médico de cabecera, conseguiste el compromiso, casi juramento, de que de aquellas paredes no saldría nada que pudiera hacer pensar a familiares o vecinos que ese mal que te aquejaba no tenía cura y que a poco el deterioro sería tan evidente que tendrías que aislarte para no ser compadecida ni convertirte en objeto de lástima.



Empezaste a urdir un exhaustivo plan de autoaislamiento, endureciendo tu carácter y no permitiendo que nada ni nadie alterara tus decisiones ni se inmiscuyera en tus espacios, que ya empezaban a ser considerados inviolables por los que vivíamos en aquella casa tan grande... y tan aparentemente vacía.

Hasta que un día fuiste incapaz de hilvanar una conversación coherente con María, la vecina que a diario cada tarde pasaba por la casa para tomarse un café contigo, interesarse por tí y sacarte de tu zona de soledad. El aparente temblor de las manos al principio se lo achacamos a que hacía frío en aquel incipiente otoño tan húmedo y extraño. Pero en los siguientes días comenzó a ser perceptible también un ligero temblor en la cabeza que te dificultaba coordinar la mano y la boca al acercarte la taza para beber, procurando no derramar la infusión de tomillo que tanto bien te hacía. Después de muchos minutos calladas, María se te abrazó y no necesitasteis hablar. Las lágrimas confesaron lo que hasta entonces había estado oculto con tanto esmero. El tratamiento puesto solo ralentizaba el deterioro. El cáncer de pulmón avanzaba...

Entre todos conseguimos, con infinita paciencia y mucho tacto, que te dejaras ayudar, que no te aislaras, haciéndote comprender que juntos, con nuestra dedicación, sería mucho más llevadera la enfermedad. Te dejaste cuidar y, aunque volviste a sonreír a la vida, dejaste de hablar, más por miedo a no encontrar las palabras adecuadas que por falta de ganas de conversar. Y en tus silencios, te sentiste reconfortada subiendo el volumen del tocadiscos. El aire se llenaba de música, tu cabeza rebosaba melodías y tu pecho reventaba de felicidad cuando la guitarra y el órgano se fundían con la misma vibración. "Samba pa ti" era tu banda sonora, la que te traía y llevaba en tus viajes de ensueño, aquellos que solo despiertan en los momentos de acuciante necesidad para evadirnos del dolor y la desesperación.

Y así fue como una tarde, a la hora acostumbrada del café, con todo el volumen empujando las ventanas del salón y buscando la libertad de los campos, al momento preciso de la entrada sincronizada del órgano, tus pulmones, cansados de respirar, dejaron de inhalar oxígeno del aire y tu vida se paró sin más. Sin dolor aparente, en calma, en paz.

Con las prisas corriendo detrás de todos ante aquella visión de la muerte, alguien volcó la cántara y dejó esparcido el aceite. Nadie lo recogió y ahí se quedó como prueba irrefutable de una vida truncada en un repentino adiós.

Desde aquel día, una vez cerrada la sepultura con tu cuerpo en su interior, nadie volvió a entrar en la habitación, ni Carlos Santana regresó para su particular concierto dedicado a ti cada tarde con tanto amor.

Yo observé todo esto desde mi juventud incipiente y fui creciendo inmerso en los recuerdos, en los que yo había vivido a tu lado, y con los retazos que escuchaba de los demás que te habían conocido y acompañado.

Aprendí con los años a añorar tu presencia y valorar tu coraje, aquel que te llevó a crear un universo paralelo en el que la música, más que las personas, era tu acompañante y confidente.

Esta noche estaré en la verbena. Son las fiestas del pueblo y me sumergiré en la vorágine del baile y de los cubatas, como cuando éramos jóvenes. Ya de madrugada, con la somnolencia de compañera de velador, sonará la canción jamás olvidada, la nuestra. El grupo que toca cada noche en el local intentando animar el ambiente y sacarnos a bailar, comenzará pasada la



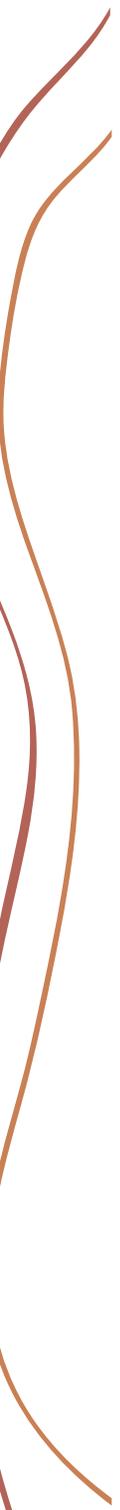
medianoche, a petición mía, los primeros compases de la “Samba...”. He hablado con el bajista esta mañana mientras tomábamos café en el bar Reyes, y me lo ha prometido.

Me conozco bien y sé que, con los primeros acordes, como impulsado por una energía desconocida, me levantaré y me dejaré llevar por la canción que tengo grabada en mis neuronas, la misma que te ayudó a ti en tantos ratos de infinita amargura. Por eso también sé que, a la mañana siguiente, con la cabeza embotada de apasionados recuerdos, me atreveré a abrir aquella habitación cerrada años atrás...

La puerta de tu dormitorio ha chirriado al empujarla y un olor rancio y dulzón de recuerdos sagrados se ha escapado buscando el aire libre. Sé que eres tú. Pura intuición. Te dejo volar. Te digo adiós con la mano levantada y entonces, inesperadamente, el tocadiscos comienza a girar. Después de tantos llantos, de tantos suspiros, “Samba pa ti” se desborda por las calles, por las sierras, por los jardines que están ya en flor.

Es primavera otra vez. Vuela libre, hermana, ¿oyes?... Carlos Santana te invita a bailar.





BALDOMERO

2º premio Certamen de Relatos 2024

M. Angeles Arribas Lazareno

“Hay doctores y licenciados que tienen una incultura tenebrosa, solo acumulan conocimientos. En cambio, conozco a personas profundamente cultas, que no saben casi leer y escriben de aquella manera, pero saben escuchar al otro y a las voces de la naturaleza, de la que forman parte. Ese es el culto para mí.”

Eduardo Galeano

No puedo estar más de acuerdo. Hoy quiero contaros la historia de uno de esos hombres sabios.

Baldomero era su nombre, nació un año antes de comenzar el siglo XX, en un pueblo de la meseta castellana, de familia humilde y con muchos hijos. Le tocó vivir una infancia marcada por la inestabilidad del país: La dictadura de Primo de Rivera, intentos de golpe de Estado, fin de la Monarquía, instauración de la 2º República y finalmente la Guerra civil. Había que ser fuerte y saberse adaptar para sobrevivir a aquellos tiempos.

Como casi todos en aquella época, tuvo una infancia de hambre, miseria y miedo, solamente fue al colegio desde los cinco años hasta los ocho, edad en la que su padre, decidió convertirlo en pastor (demasiadas bocas y pocos recursos) dejándole solo en el campo, al cuidado de las ovejas de otros. Se encontró con que, ahora, su casa no tenía paredes, solo el horizonte; su techo era la noche y sus infinitas estrellas; su cama, la mullida hierba en verano o las cuevas en invierno; el agua siempre fresca de los manantiales y riachuelos; la comida, leche y queso de sus ovejas y el pan que le acercaba su padre cada mes. Lo aceptó, como solo puede hacer un niño a esa edad, lejos de amedrentarse y desesperarse, se fue fundiendo con el páramo. Estudiando con entusiasmo, las particularidades que cada día le enseñaba su nueva familia -la naturaleza- y todo lo que le rodeaba. Tuvo que desarrollar su inteligencia para aprender a interpretar, los silencios precursores de algo inesperado, el significado de los vientos cambiantes, leía en las nubes, conocía los ciclos y necesidades de la tierra, los beneficios y peligros de las plantas, muchas de ellas comestibles, así como los hábitos de los animales de su entorno y tantas y tantas cosas necesarias para sobrevivir. Su nueva vida, le iba colmando de conocimientos que ayudaban a resolver cualquier situación tanto a él, como a sus ovejas.

Dos o tres veces al año subía al pueblo y aprovechaba para ver a la familia, mejorar sus ropas y coger libros. Le gustaba leer, lo hacía con todo lo que caía en sus manos, periódicos pasados, libros que le prestaban, viejas revistas; en esos textos, encontraba asuntos alejados de su día a día, pero que les acercaban a otras versiones de la realidad. Con todos estos elementos y el paciente tiempo, fue creciendo y haciéndose el amo de su austero reino, lo que necesitaba la naturaleza se encargaba de proporcionárselo, adoraba su vida en libertad, se sentía pleno. Ocasionalmente, se encontraba con otros pastores, cosa que aprovechaban para hacer un festín con lo que hubiera y mantener largas conversaciones intercambiando noticias y conocimientos.





Carolina



En una de esas ocasiones que subía al pueblo, ya buen mozo, se quedó prendado de unos ojos cantarines enmarcados por una cara bondadosa, se trataba de Luisa, una muchacha alegre y resuelta, tenían la misma edad y aunque un poco baja, lo enamoró con su charla y sus graciosos movimientos al caminar, parecía que bailaba. Se vieron varias veces, hablaron de sus vidas y sus gustos, congeniaron, así que pronto se hicieron novios y al cabo de un tiempo se casaron. Siempre cabal, aunque ayudaba económicamente a sus padres, también guardaba algo para sí, pudiendo de esta forma, comprar una casa para formar su propia familia y una nueva vida. Las idas y venidas al pastoreo se acomodaron a esta nueva situación, no pasando nunca más de ocho noches fuera de casa. Baldomero perdió parte de su libertad, pero ganó una compañera con la que fue muy feliz todo el tiempo que estuvieron juntos. Tuvieron siete hijos, sus siete alegrías.

Cuando le conocí, tenía sesenta y tantos años, yo era aún una niña. Mis padres más por entretenimiento que por negocio, decidieron poner una granja de pollos y Baldomero, al que sus hijos habían retirado de la faena de pastor por su edad, se presentó a candidato para llevar la granja. No sabía estar ocioso.

Mi primer recuerdo de él, fue la impresión que me causó, ver una cara que, en lugar de arrugas, tenía surcos que parecían hendiduras talladas con cincel; sus ojos negros, pequeños pero profundos y vivaces, orejas grandes y esa enorme sonrisa, franca, que invitaba a la confianza. De mediana estatura, atlético, siempre bien erguido, con su chaqueta de pana, sus alpargatas y su boina -nunca le vi sin ella- su voz profunda y cálida, y esas manos enormes, pero con lenguaje propio, acabaron de conquistarme, sentí como si le conociera de siempre.

Este hombre, cada día, abría los ojos antes del alba y caminaba 25 kilómetros por el campo, era su forma de enfrentarse a la jornada, necesitaba poner el cuerpo y la mente en orden, decía. Pronto me ofreció su amistad y atención, todas las tardes al salir del colegio, me iba directamente a la granja, me gustaba ver a los animales y la rutina con ellos, Baldomero siempre tenía historias que contar, hacía que me fijara en los más pequeños detalles de lo que allí ocurría. Se detenía el tiempo, todo importaba. Me relataba experiencias en el campo y con los animales: como escondían los conejos a sus crías y por qué; donde anidaban los patos, y en qué época del año; como había que andar para no destruir plantas, o pistas de animales; la importancia de los cambios lunares; como saber si se acerca una tormenta o donde refugiarse si hace mucho calor, ¡no hay que tener miedo!, solo saber de qué hay que cuidarse. Buen conversador, sabía cómo divertirme con sus acertijos y cuentos que nunca acababan, ni su risa tampoco. Con su sensibilidad, me transmitía su amor y respeto por la vida, que saboreaba en las cosas más pequeñas.

Su tono siempre amable, educado y paciente. Conocía bien la condición humana, acostumbrado a hacer tratos con comerciantes, mercaderes y algún que otro huído de la ley. Su arte era la escucha activa, nunca tuvo una mala palabra con nadie, era una persona muy respetada y querida en el pueblo, porque se le tenía por un hombre honesto y ponderado, un mediador ante cualquier conflicto ajeno. Poseía ese tipo de sensatez, que le hacía no juzgar las situaciones a la ligera, las examinaba y analizaba y solo después daba su opinión, su mirada tranquila y profunda sobre esa cuestión; gozaba de esa sabiduría natural que da la universidad de la vida a las personas que son observadoras y reflexivas. Hombre culto, que no refinado, estaba al tanto de todo lo que acontecía en el mundo, siempre informado, le encantaba hablar de cualquier tema, defendiendo con convicción su propio criterio.



Trabajador incansable, se impuso un horario y unas normas que no varió ni un solo día; su compromiso era tal que, si estaba enfermo o si ocurría algo en su casa, seguía acudiendo al trabajo, hasta que mis padres se enteraban y se enfadaban con él. Su teoría era que nunca había que alterar la confianza que habían depositado en él. La honorabilidad y la lealtad, eran su mantra.

Pronto pasó a formar parte de nuestra familia y nosotros de la suya, el cariño y la admiración eran mutuos. A mi padre le gustaba salir al campo y de vez en cuando lograba arrancar a Baldomero del trabajo (solo si un hijo suyo se quedaba al cuidado de la granja) y yo me sumaba casi siempre. Pasábamos el día, cerro arriba, cerro abajo; ¡por este maizal ha pasado una pareja de jabalíes! No hagamos ruido; En esta parte del río suele haber lucios, pero no les molestemos; Este es un sitio ideal para comer, hay buena sombra y cerca hay agua; Mira esa libélula, que colores metálicos tiene; Aquí me encontré una vez con un toro bravo y... me tuve que subir a ese árbol, y estar más de siete horas arriba... Se nos pasaba el día andando, hablando, disfrutando de lo que nos rodeaba y de nosotros mismos.

Como sabía hacer de todo, en sus ratos libres se dedicaba a hacer piezas de artesanía con esparto, me contaba que lo aprendió jugando cuando era niño pastor y tenía mucho tiempo. Hacia auténticas maravillas, algunas de las cuales mi familia aún conserva. En una ocasión hizo un zócalo a toda una habitación para regalárselo a mi madre.

Su familia era igualmente magnífica, moldeada por Luisa, una mujer tan prudente y vivaracha como su marido y por él. En su hogar, se respiraban buenos modos, respeto, cariño. A esas alturas de su vida en casa solo quedaban ellos dos y su hijo pequeño, Mario, que tendría unos veintialgo cuando se casó y se fue a vivir a Madrid. ¡Cuántas veces me iba a cenar con ellos! Algunos de sus hijos mayores, les habían dado nietos (muchos de mi edad y más aún), así que cuando se juntaban todos, eran una tribu numerosa, ¡Que orgullosos se sentían! A todos les obligó a terminar colegio y a encontrar trabajo, a las hijas también, opinaba que todas las personas tenían derecho a tener su propia vida, su independencia y a partir de ahí, que cada uno lo administrara como quisiera. Fue un padre cariñoso y paciente. En muchas ocasiones se llevaba a alguno de sus hijos y luego a nietos, al pastoreo, durante unos días, para ligarlos a la tierra que tan importante era para él.

Cuando cumplí los quince años, mis padres me enviaron fuera para seguir con los estudios, pero cuando volvía los viernes, mi segunda visita era para Baldomero. Conforme los años pasaban frecuentaba menos el pueblo, pero nunca deje de relacionarme con él, si no era presencialmente, era por teléfono o por noticias que me daba mi familia. Poco antes de los ochenta, tuvo un infarto y su mujer e hijos le obligaron a dejar de trabajar (ya solo inspeccionaba lo que hacían los demás). Se recuperó con rapidez y siguió con sus paseos kilométricos y sus escapadas al campo. Su forma física era excelente.

Un tiempo después murió Luisa y los hijos no queriendo dejarlo solo acordaron tenerlo por temporadas, todos querían estar con él. La mayor parte del tiempo lo pasaba en su entorno, ya que casi todos vivían en el pueblo o cerca. Tenían dudas de cómo se adaptaría a la gran ciudad, pero Mario no quería renunciar a estar con su padre; de todos, por ser el más joven, era el que más apego le tenía, así que probaron suerte y él accedió.

Así, fue como llego a la capital, Baldomero no quería causar problemas y además le picaba esa curiosidad tan suya por lo desconocido. Lo primero que le pidió a Mario es que le enseñara el barrio.



-¡Encerrado no se iba a quedar, no señor!-. Todos los días, salía a recorrer sus calles y entre-sijos, pero como le quedaba escaso, al cabo de un tiempo decidió visitar barrios vecinos y descampados, hasta que logró hacer sus veinte kilómetros; acostumbrado a buscar referencias en lo más nimio, solo una vez se desorientó, nunca cogió autobús o metro. Al poco tiempo ya le conocían los vecinos, tenderos y todo el que por allí anduviera, saludaba a todos y se paraba a charlar con los que estuvieran dispuestos. Mario me contaba que conocían más a su padre que a él, que llevaba muchos años en el barrio. Cuando pasaba un tiempo sin aparecer, le preguntaban ¿cuándo vuelve tu padre? ¿Y Baldomero?

Uno de sus entretenimientos cuando estaba en la ciudad, era ir con sus nietos a un parque-cillo cercano, les contaba sus innumerables historias, les enseñaba juegos sencillos con palos, piedras, cuerdas y poco más; pronto los amiguitos de sus nietos se aficionaron a sus relatos e inventos y pasó a formar parte de las tardes de todos ellos. Iba dejando esa huella irresistible para los que nos gusta ser visibles y escuchados. Comentaba con sus hijos, la pena que le producía ver a todos esos niños y niñas tan alejados de la naturaleza, rodeados de cemento y ruidos, la mayoría de ellos no habían vivido la experiencia de estar en espacios grandes, abiertos; los animales eran dibujos o documentales en la televisión; sus sueños eran ser futbolistas, pilotos de avión o simplemente ser ricos para tener muchas cosas (sus propios nietos tenían esos ideales). A los que eran un poco más mayores les encontraba más perdidos aún, lacios, les faltaban alegría y objetivos, solo se dedicaban a oír música, fumar, meterse con las chicas, y alguna que otra pelea entre ellos, como gallitos de corral.

Hombre de acción e imaginación, daba vueltas al asunto y rumiaba como podría modificar esto. Le preocupaban sus nietos, sobre todo el mayor que se pasaba horas tumbado frente a la televisión, todo le aburría y empezaba a cuestionarse seguir con los estudios, o al acabar BUP, empezar a trabajar para tener dinero y comprarse una moto. Baldomero, seguía manteniendo su casa del pueblo con sus corralizas y también la choza de pastor con unos terrenitos cerca de la vega, así que fue urdiendo un plan: algún fin de semana o puente, se llevaría a sus nietos y amiguitos más cercanos al campo, les enseñaría todo aquello. Se lo comentó a Mario y a este le pareció una barbaridad, era una responsabilidad enorme llevarse a niños que no eran de su familia, y además ¡con su edad!

Como mucho, un fin de semana podría ir toda la familia, con un amigo o dos y quedarse a dormir una noche. Baldomero, aceptó.

La experiencia fue magnífica, lo prepararon todo para ir a su terreno a pasar el día y comer allí mismo, asando unas chuletillas a la brasa. Los niños disfrutaron de lo lindo, corriendo libremente por el campo, revolcándose por la hierba, jugando al pillapilla, comiendo con los dedos, intentando trepar al frondoso nogal que Baldomero plantó cuando era muy joven. A la vuelta estaban tan rendidos que cayeron en la cama como sacos. Al levantarse, Baldomero les esperaba en la cocina con churros y porras que había ido a comprar después de su habitual paseo, preparó un buen chocolate y nuevamente volvieron las manchas y las risas a las caras de todos, incluido Mario y el mismo Baldomero.

Después les enseñó el pueblo, acompañando el paseo de anécdotas y relatos en cada rincón: la torre de la iglesia, está llena de huesos de soldados de Napoleón que no pudieron conquistar el pueblo; en esta plaza se hacían verbenas cuando eran las fiestas y en ella, conocí a mi mujer, bailando; esta iglesia se construyó mucho antes de 1.800; con las almireces, una botella de anís



y una tablilla de huesos de cordero hacíamos música...durante el recorrido se entretenían saludando a vecinos y conocidos y a las preguntas, Baldomero les explicaba que eran nuevos nietos que tenía, los pequeños se reían contentos. Volvieron a Madrid cantando durante todo el trayecto y se despidieron entre risas y lágrimas, no querían que se acabara.

Ya en casa, su hijo tuvo que reconocer que había sido una idea fantástica, se había sentido mucho más cerca de sus hijos y de su padre, había estado relajado, feliz, recordando muchos momentos de su infancia y ¡que buenas estaban las chuletas bajo ese árbol! dio las gracias a su padre, por esa energía y ese amor a sus raíces. Lo repetiremos.

En el parque, las madres de los niños que fueron a la excursión, se acercaron a agradecerle lo bien que lo habían pasado sus hijos. No paraban de contarles todo lo que habían hecho, estaban alegres, risueños y algunos hasta protestaron menos para ir al cole. Ahora cuando salían de sus clases, hacían lo que yo hice en mi momento, ir corriendo en busca de Baldomero, para oír sus historias, reflexiones y canciones antiguas. A la chiquillería, le encanta que les dediquen tiempo y que los mayores les den a conocer todo lo ocurrido antes de que ellos existieran. Repitieron las excursiones otras tres o cuatro veces, creando un vínculo cada vez más fuerte entre todos ellos y el lugar.

A sus ochenta y algo, sus vástagos lo vieron rejuvenecer, se movía con más agilidad, hacia planes constantemente y volvía tardísimo a casa de Mario, prácticamente vivía en el parque, parecía el flautista de Hamelin, cada vez con más niños y niñas rodeándole, siempre tenía tiempo para todos, se le veía feliz. Así que decidieron ayudarle en sus planes, organizaron una reunión en la asociación de vecinos del barrio, fueron junto a él y plantearon la idea de su padre: hacer una especie de convivencias en el campo, (en periodos vacacionales) para dar a los críos y jóvenes la oportunidad de conocer más a fondo la naturaleza y a ellos mismos.

-Uno no se puede escuchar, si está rodeado de ruido y con prisas- dijo Baldomero, y en la vida es importante que sepamos quien somos y quien queremos ser -para eso se necesita paz y tiempo, a fin de poder pensar- muchos asintieron. Será voluntario, por supuesto, mi padre pondrá el espacio, el tiempo y sus conocimientos prácticos; el resto, la intendencia la haremos entre todos, ¿si os parece buena idea?

De esta manera, comenzó la aventura que durante años llenó el refugio del campo y la casa del pueblo de niños y padres de la barriada; al principio eran fines de semana, para luego aprovechar semana santa, semana blanca... hasta llegar a estar operativos todo el verano e incluso algunas navidades. La mayoría repetía y repetía. Cuando hablaba con él por teléfono, reconocía la emoción en su voz, al narrarme su proyecto.

El autobús tardaba menos de una hora desde el barrio al pueblo, pronto se organizó la infraestructura, algunas familias participaban activamente, bien como acompañantes o personal de ayuda para limpieza y compras. Se fue tejiendo una red. Mario implicó a su hijo mayor Oliver en alguno de estos viajes, para vigilar y ayudar al abuelo, algo que al principio molestó al joven porque no quería estar con los más pequeños, ni en un pueblo, pero adoraba a su abuelo, no se podía negar; además logró convencer a su mejor amigo, Alfredo, para que le acompañara alguna vez. Los dos adolescentes, al llegar, se dedicaron a explorar y jugar como niños que eran (a su pesar), se divertieron y gozaron de unos días fantásticos y por las noches paseaban por las calles de la villa muertos de risa, esa risa tonta que da cuando te sientes ligero. Baldomero,



que tenía pericia y era astuto, vio una oportunidad, en esta diversión de los jóvenes que quiso aprovechar para sus fines a largo plazo; habló con ellos, les dijo que había estado observando, con gozo, que ya no eran unos niños y les preguntó si aceptarían una tarea muy seria: la de supervisar y organizar muchas de las actividades que se estaban realizando allí -él, ya estaba mayor- necesitaba ideas nuevas, modernas, frescas, acorde con los tiempos de ahora; les dijo que solo confiaba en ellos para cumplir ese encargo, les veía capacitados, además eran el modelo a seguir para los más pequeños; me vendría muy bien vuestra ayuda...pensadlo despacio y ya me contestaréis, mientras disfrutad de estos días...

Cuando volvieron a la ciudad sopesaron lo que su abuelo les había pedido a ambos y se lo contaron al resto de colegas, a los que les faltó tiempo para burlarse de ellos y llamarles “nenazas” por pensar en ponerse a ayudar a un viejo en medio de la nada, y ¿para qué? En el campo, no iban a poder ligar con chicas, ni hacer botellón los sábados, ¿estaban “taraos”? Solo servís para eso... a pastor como tu abuelo... Oliver se molestó, pero ambos callaron, sin embargo, una semilla de rebeldía acababa de prender en su mente. No le gustó ni el planteamiento, ni las formas con que le habían hablado. Pasaba el tiempo, Oliver seguía yendo ocasionalmente con su abuelo al pueblo; daban largos paseos hablando de todo, Baldomero nunca paraba:

¿Y Alfredo cómo está? Me cae muy bien, se le ve un buen chico.

Lo es, pero no creo que vuelva por aquí.

Entonces, su nieto le contó lo que había ocurrido, como los demás se habían burlado de ellos al contarles su propuesta.

Es normal, con frecuencia cuando alguien no entiende una idea o no se ve capaz de realizarla, se ríe de ella, es una forma de defenderse de lo diferente, muchos se asustan con lo desconocido. ¡Lo entiendo!, no te preocupes, no quiero entorpecer la relación con tus amigos, ellos son importantes, hay que cuidar a los que queremos y vosotros, sois todos buenos chicos. Olvídate de lo que os planteé, ¿os puse en un aprieto eh? Vámonos a cenar.

¿Por qué es tan importante para tí todo esto abuelo? ¿por qué no descansas, después de la vida tan dura que has llevado?

-Baldomero se rio, mientras le acariciaba el pelo. Aquí me siento libre, completo: me gusta notar la brisa en mi cara cuando ando, ensuciarme las manos de tierra cuando planto una tomatera, dormir la siesta bajo el ruido de las hojas, refrescarme los pies en el arroyo, observar a los animales, conversar tranquilamente con la gente. Todo lo bueno me ha sucedido aquí, también cosas no tan buenas. Es mi sitio, mi lugar ¡lo amo! ... Y te equivocas, no tengo de que descansar, no estoy cansado de vivir, aun aprendo.

Oliver le detallo a Alfredo esta conversación y le dijo que había decidido ayudar a su abuelo en vacaciones, sin importarle lo que opinaran los demás. Quería sentir todo eso que le había contado.

Llegó el verano, y abuelo y nieto, con la ilusión que Baldomero ponía en todo lo que hacía, (contagiosa como un sarampión) se entregaban a las actividades con los que iban llegando. Su objetivo era enseñar a ver, oír y sentir lo que nos rodea, para ser más conscientes de quien somos y donde estamos, despertar esa curiosidad tan innata en las personas, pero que a veces olvidamos, introducir la idea de que no todo lo que queremos se consigue y practicar la paciencia. Con su preparación y su buen humor, enseñaba a los pequeños a pescar, comenzaron un huerto, guardaban silencio agazapados tras las rocas para ver a las perdices y sus perdigo-



nes, hacían excursiones hasta que los pequeños se cansaban. Mientras, los adultos preparaban una buena paella con la que todos se deleitaban a la vuelta. Un día se presentó Alfredo, quería quedarse una semana -si les parecía bien-, los abrazos y risas de los amigos aclararon la duda; la semana se convirtió en todo el estío. Baldomero fue traspasándoles sus conocimientos con cada acción que realizaban; siempre activo física y mentalmente, les llevaba libros sobre cultivos, plantas, el ciclo de la naturaleza y delegaba cada vez más responsabilidades en ellos. Mientras, él se dedicaba a narrar enseñanzas, cuentos y aventuras a los más pequeños. Los jóvenes se fueron involucrando cada vez más en el proyecto, aportando energía e ideas que el abuelo siempre daba por buenas: agrandaron el huerto, comenzaron a hacer una alberca para refrescarse. Sus cabezas bullían de planes.

A la vuelta al instituto, sus compañeros les encontraron cambiados, estaban más alegres, no paraban de contar todo lo que habían hecho y lo que pensaban hacer, siempre con listas y planos. Visitaban todas las semanas la asociación de vecinos, conocían a más gente del barrio que ellos, participaban más en las clases y sacaban mejores notas. Ahora el barrio les parecía aburrido ¡siempre hacemos lo mismo! A la siguiente visita al pueblo se sumaron dos compañeros, para inspeccionar, dijeron.

Pasaron dos o tres años y aquel sueño inicial de conectar a los chicos del barrio con la naturaleza ya era imparable, tenía su propia dinámica, en la que cada uno de los integrantes cumplía su propósito. La red se había transformado en un grupo, que había aprendido a colaborar entre ellos para que las cosas fueran más fáciles. El lugar, se había convertido en un oasis, había mucha sombra porque habían plantado más árboles y frutales, de los que había en un principio; la cabaña fue reformada, poniendo unas literas para quien quisiera pasar la noche a la luz del fuego y las estrellas -nunca pusieron electricidad- Esa pequeña comunidad itinerante encontró objetivos y valores que en la ciudad no eran posibles. El autobús ante ese tránsito reiterado, puso una parada en la entrada del camino de la vega, lo que facilitaba aún más las idas y venidas; algunas de las familias se decidieron a comprar un terrenito cercano.

Baldomero ya no iba por la ciudad, se había traído el componente humano que es lo que a él le interesaba, siempre estaba atareado paseando o charlando con alguien, escuchando sosegadamente sus ideas, preocupaciones y sueños. Con su empatía y cariño logró modificar y alegrar la vida a un grupo de niños y jóvenes de la periferia de Madrid, y consiguió que sus nietos ampliaran sus miradas a otros horizontes. Como buen pastor, cuidó y veló por su rebaño, hasta llevarlos a buen puerto.

Murió en su cama mientras dormía, a los 96 años, ni un solo día dejó de caminar, ni un solo día dejó de sonreír. Su vida estuvo rodeada de cosas sencillas, a las que supo extraer su esencia, para sentirse dichoso. Parte de su sabiduría fue hacerse querer por todo aquel que le conocía. A los que le seguimos, nos proporcionó herramientas transformadoras: para emocionarnos con lo que nos rodea; para visitar más nuestras realidades, que nuestras expectativas; relleno muchos huecos con su generosidad; nos sintonizó con la naturaleza y con nosotros mismos. Nos encariñó a la vida.

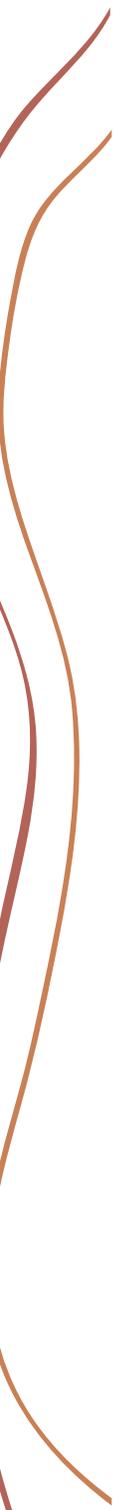
Mario, al jubilarse, se fue a vivir a la casa de su padre en el pueblo, para continuar con su legado. Oliver decidió estudiar Ciencias Ambientales. Su hermano pequeño es un Naturista que se dedica a la difusión y sensibilización de la Biodiversidad. Alfredo hizo Zoología siendo un



importante documentalista en su especialidad. Cuando sus obligaciones lo permiten, vuelven a su edén, intentan reunirse, llevan a sus nuevas familias: para conversar, para ver las puestas de sol, pasear por el río y seguir cultivando lo que Baldomero sembró.

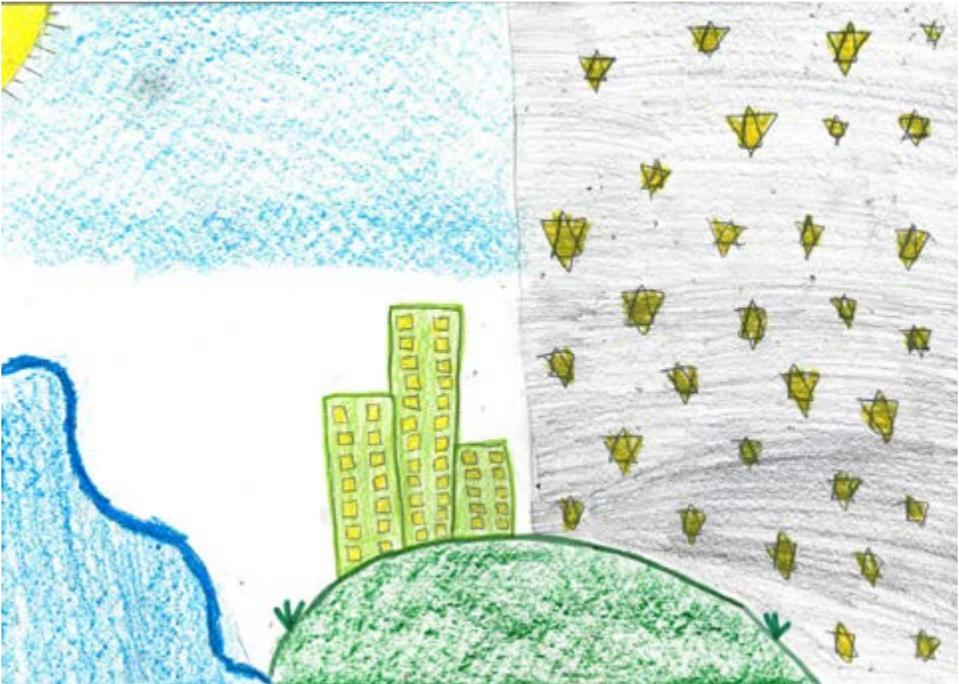
Algunos de los niños y niñas que pasaron por allí, se dedicaron a diversas ramas de jardinería o agricultura y casi todos son fervientes ecologistas.





CARTA A LA GENTE QUE NO SE RINDE...

Paca



Nerea

Carta dedicada a la gente que no se rinde, que vive intensamente, que aprende, que enseña, gente feliz en el barrio de El Palo.

Yo llegué aquí de casualidad, hace nueve años, acababa de separarme y como mi hija se quedó con su padre, alquilé una casita para estar más cerca de ella.

Pero los hijos van a su rollo, así que verla la veía poco, estaba siempre en su casa, casa que compartí veinticinco años con ellos, pero su padre me recordaba que la casa era suya (era su herencia).

Así que una mañana me levanté y pensé qué hago aquí. Ellos hacen su vida sin mí y yo tenía que hacer lo mismo, seguir adelante y empezar de nuevo.

Encontré a una amiga y nos pusimos a mirar. Lo primero que apareció en mil anuncios fue El Candado.

No lo había escuchado nunca, vamos, no sabía ni donde estaba.

Así que una llamada y quedé con el dueño, que coincidimos en el mismo autobús.

Cuando entramos, todo oscuro, muebles rotos, mucho polvo y unas pocas de arañitas, al levantar las persianas y ver el mar, el sol, las casas, los jardines, pensé. “Esta es mi casa”.

Al levantarme lo primero que veo es el mar y el sol y al acostarme veo el cielo y las estrellas.

¿Qué más se puede pedir?



El lugar en sí, yo le digo la Torre de Babel, porque hay gente de todas las nacionalidades, pa-yos, gitanos, árabes, sudamericanos, ucranianos, vivimos en conexión, no hay mal.

Solo que estamos en un momento en el cual la gente que tiene apartamentos en alquiler nos quiere echar para hacerlo vacacional (cada vez hay más). Ya se sabe, los extranjeros vienen y pagan en una semana lo que nosotros pagamos en un mes.

No tenemos, ni ganamos lo mismo que los europeos. Es triste decirlo, pero los malagueños no tenemos donde vivir.

La Torre de Babel, como yo la llamo, era un antiguo hotel que se llama D. Carlos y es enorme, hay estudios, apartamentos con alguna habitación y ha tenido que tener mucho poderío, porque la parte de abajo hay una piscina y un gimnasio en mal estado y por supuesto a la venta.

Más que Don Carlos, yo lo llamo Don Gato porque tenemos unos peluditos de todos los colores que nos ayudan a tener todo el lugar libre de alimañas. Dan vida y verlos y acariciarnos, te alivian la tristeza, la soledad, dándote una sensación de paz y calma.

Hay personas que no están de acuerdo de que vivan aquí.

Dime si te gustan los animales y cómo los tratas y te diré cómo eres.

Por una buena amiga del bloque, descubrí la asociación para mayores, claro, yo ya tengo la edad... Como trabajo todavía y los demás están jubiladas, solo puedo ir por las tardes.

Me apunté a clases de francés e inglés. Para mí ha sido especial, no solo por aprender otro idioma, se hacen amigos, merendamos, reímos, hablamos de todo, compartimos que cuando estás sola lo necesitas. " Siento que pertenezco a mis "grupis", la verdad es que entre las profesoras y los compañeros me siento querida.

Desde que empezó este año no he podido ir ni un día a clase y no es porque no quiera. Sino que el cuerpo me ha dicho que pare un poco o el Universo dice "Slower".

Así que empecé el año más despacio. Dicen que los dolores producen las emociones y que el cuerpo te habla a su manera. Pues nosotros tenemos mucho que decirnos, todavía no hemos parado.

Buscando en San Google la parte emocional, porque hace años que no me pongo enferma. Me dice que los dolores en el pie y en las piernas significa relacionarte con los demás y en relación con tu madre, yo la perdí cuando era niña, supongo que todavía no lo he superado y el no poder avanzar con tantas mochilas a cuestas no solo la mía, todas las que me han caído encima.

Así que sí o sí he tenido que parar.

Así que ahora los tengo abandonados. Yo de mayor quiero ser como ellos. Con esa vitalidad que si el teatro, pintura, hacer churros, viajes, bailes, qué maravilla.

Dejad que me pase y me recupere que volveré.

Y ya solo me queda decir: gracias a la toda la gente que ahora está en mi vida.



CÓMO ES EL SENTIDO DE LA VIDA

Inés Benítez Cortés

Cada uno tenemos nuestra propia opinión, aunque es habitual no tener una respuesta firme y propia a lo largo de la vida. No obstante, conocer el sentido de vivir mejor, con ilusión, o encontrar otro que nos impulse a vivir, que nos motive a levantarnos con ilusión en nuestra vejez.

Cada mañana, el sentido de la vida depende de cómo veamos el mundo; si las cosas van mal, cuando nos ocurre la pérdida de una persona querida, los contratiempos que la vida nos da, qué sentido tiene separarse. En esos momentos pedimos a Dios que nos ayude en la vida para seguir luchando, aceptándola como viene.

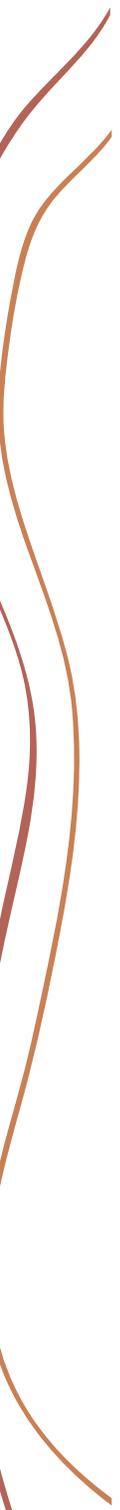
Cuando vamos envejeciendo de edad, no es menos vida maravillosa que cuando éramos jóvenes. Aprendamos a envejecer de la forma más positiva posible; es importante permanecer activo, feliz y actuar con algunas actividades. Así nos sentimos más útiles en nuestro envejecimiento. Es más valioso para nosotros mismos y nos hace envejecer feliz y sentirse querido.

Hay muchas formas de envejecer. Nos hace mucha ilusión cuando hacemos actividades y la vida se lleva mejor en nuestra vejez. Al final recogemos lo que uno ha sembrado con mucha ilusión al seguir haciendo las actividades que nos hacen sentirnos muy bien porque hacemos cosas. De esta manera, nuestra vejez se lleva mejor y nuestra mente funciona mejor. En el taller de la memoria nos animan a que nos sintamos bien en esta vida.



Nahomi





COSAS DE MI INFANCIA

Inés Benítez Cortés



Estefanía

I

Recordando mi niñez, me hizo pensar en cosas que mi madre nos contaba y que nosotros no sabíamos porque pasó cuando teníamos pocos años.

Teníamos un tío Enrique que ya sus hijos eran mayores, Los hijos de mi madre eran los niños más cercanos; lo mismo venía que al tiempo se distanciaba, aunque también ayudaba a su hermana con tantos hijos.

Parece ser que yo me paseaba por la acera de la casa, en la calle, llorando, y yo decía: nada ni nadie me había hecho nada; era una incógnita mi llanto. Mi tío, al verme llorar venía cerca de mí y me preguntaba la causa, pero yo no le daba respuesta; él insistía, pero yo, nada, llora que llora.

El tío Enrique tenía mucha simpatía e imaginación, así que me decía: Matildita ¿tú no sabes que yo he visto la “zorrিকা” que viene del Calvario y hasta se come a las niñas que están llorando? Parece ser que yo lo escuchaba, pero seguía con el llanto y mi tío inventaba más cosas para asustarme y que dejara de llorar; finalmente me cansé de escucharle y le dije: pues, aunque me coma la “zorrিকা” y esté en su barriga, seguiré llorando. Parece ser que no dejé de llorar, pero todos se rieron mucho por la ocurrencia que tuve.



II

Hace unos días vi en la TV un programa en el cual había varias personas comentando cosas que recordaban de su niñez en el campo y eso me hizo recordar lo que ya había olvidado. Nosotros, en verano, cuando terminaban los colegios, nos íbamos al campo para salir del pueblo y porque había cosas que nos hacía sentir a todos controlados, sin peligro.

Los más pequeños no nos retirábamos de la casa y muy cerca había una era donde llevaban el trigo y la cebada para ser trillado y después separaban la paja del trigo o la cebada, se recogía y se lo llevaban en sacos. También la paja se usaba para que los cerdos y las cabras lo comieran y limpiaran los establos.

Cuando la era se llenaba de trigo lo repartían para que el trillo lo cortara todo por igual; después lo dejaban algún tiempo y a los niños nos gustaba jugar en la paja. Algunas veces, mi madre nos dejaba que durmiéramos en la era, después de mucho insistir, por nuestra parte, claro. Recuerdo lo contentos que nos poníamos de dormir al aire. Era seguro, o eso creíamos nosotros, pero mi madre no parecía muy segura. Después de unas horas la temperatura bajaba y ella mandaba a los hombres, que se quedaban cuidándonos y por si perro o lobos venían, que nos taparan con mantas y luego terminábamos en la cama.

Se me había olvidado con la ilusión que nos echábamos en la paja que solía estar fresquita y cómo se hunde al peso de los cuerpos. Lo recuerdo como un sueño. Mi madre llamando y nosotros rogando, por favor, que esta noche nos quedáramos. ¡Qué fácil era encontrar entretenimiento!



CUANDO YO ERA PEQUEÑA

Josefa Moreno Navarrete

Cuando yo era pequeña vivía en un cortijo muy grande y yo era la más pequeña de mis hermanas. Ahí también vivía otra familia que tenía cuatro hijos y una de las niñas era de mi edad. Jugábamos mucho con la muñeca de cartón y otras cosas.

Mis padres se llevaban bien y hemos tenido una infancia buena. En mi casa había cabras, gallinas y caballos. Cuando yo era más mayor me gustaba mucho montar a caballo con mi amiga. Mi padre me dejaba montar y también aprendí a poner el aparejo; el caballo me quería mucho, cuando me veía me relinchaba para que lo acariciara.

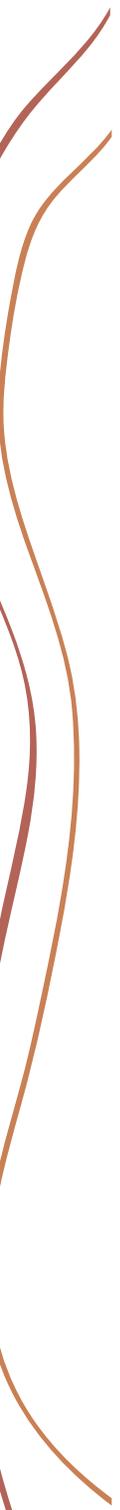
También ayudaba a mi padre a ordeñar las cabras y a las tareas del campo porque a mí me gustaba mucho estar con él. Cuando ya era mayor, cogía aceitunas en la temporada y luego mi padre nos daba algún dinerillo para nuestras cosas.

Más tarde, mi padre se puso malo y compró una casa en El Palo. Primero puso una tienda que no le fue bien y después nos tuvimos que poner a trabajar.



Daniel





D. JUAN DE BORBÓN

Francisco Robles Gómez

S.M. El Rey de España, Don Juan III de Borbón y Battemberg, el rey heredero de Alfonso XIII, que no reinó.



Marga



CAPÍTULO I

HISTORIA, S.A.R. DON JUAN DE BORBÓN Y BATTEMBERG

1. S.A.R. El Infante Don Juan de Borbón y Battemberg, nació el 20 de junio de 1.913. (Real sitio de San Ildefonso (Madrid).
2. Fue el tercer hijo varón de los Reyes de España, S.S. M.M. Don Alfonso XIII y de Da Victoria Eugenia de Battenberg.
3. Fue bautizado el día 24 de junio de 1913, con los nombres de Juan, Carlos, Teresa, Silverio, Alfonso, de Borbón y Battenberg, siendo sus padrinos la archiduquesa Maria Teresa de Austria, (esposa de Luís Rey de Baviera), y el Rey Carlos I de Rumanía.
4. Su padre el Rey Don Alfonso XIII le nombra el 16 de mayo de 1.927, Caballero de la Orden del Toisón de Oro.
5. En 1.930 a los 18 años de edad, ingresó en la Academia Naval de San Fernando, en Cádiz.
6. El 12 de abril de 1.931 se celebraron en toda España, unas elecciones municipales que ganaron los partidos monárquicos, pero los republicanos entendieron que habían vencido, y estaban legitimados para implantar la República, lo que hicieron mediante “Un Golpe de Estado”.
7. En la tarde del día 14 de abril de 1.931, al constatar la falta de apoyo popular en las ciudades, S. M. El Rey Don Alfonso XIII salió de Madrid en coche para Cartagena, y embarcó en el crucero Príncipe de Asturias, rumbo a Marsella.
8. Pocas horas después la Reina y la familia real, abandonaron Madrid en tren, en dirección a Francia.
9. S.M. El Rey Don Alfonso XIII manifestó, que abandonaba el país sin abdicar formalmente, se trasladó desde Marsella a París y después a Roma, dejando un escrito de despedida al pueblo español, que se publicó en el diario ABC, donde informa que se marchaba, porque no quería ningún derramamiento de sangre entre españoles.
10. Manifiesto de despedida de S.M el rey D. Alfonso XIII, publicadas en el Diario “A.B.C. “.

“Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo”.

“Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta en las más críticas coyunturas “.

“Un Rey puede equivocarse, y sin duda erré yo alguna vez, pero sé bien que nuestra patria se mostró en todo momento generosa ante las culpas sin malicia “.

“Soy el Rey de todos los españoles, y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil”.

“No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme algún día cuenta rigurosa “.

“Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio de/ Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así, como única señora de sus destinos”.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo lo sientan y lo cumplan los demás españoles”. (ABC de Madrid, 17 de abril de 1931).



CAPITULO II

S.A.R. DON JUAN DE BORBÓN Y BATTEMBERG, PRINCIPE DE ASTURIAS

1. Don Alfonso de Borbón y Príncipe de Asturias, renunció a sus derechos como sucesor de su padre, S.M. El Rey Don Alfonso XIII, al contraer un matrimonio morganático, con una señora cubana.
2. Don Jaime de Borbón el segundo hijo, renunció a sus derechos al trono, como sucesor de su padre S.M. El Rey Don Alfonso XIII, por su sordera.
3. Don Juan de Borbón tenía 18 años al proclamarse la República el 14 de abril de 1931, y estaba en la Escuela Naval de San Fernando (Cádiz), el 15 de abril se trasladó a Gibraltar, para seguir su formación como marino en la Escuela Naval de Dartmouth, de la Royal Navy (Inglaterra).
4. El Infante Don Juan de Borbón, navegó en el crucero Enterprise; y recibió un telegrama de su padre que le comunicaba, la renuncia de sus hermanos Alfonso y Jaime, a los derechos a la Corona de España que le correspondía ser el Príncipe de Asturias, y solicitaba su aceptación.
5. Terminó su formación naval tras navegar en el Iron Duke el Winchester, y en marzo de 1935 recibió el despacho de alférez de navío.
6. S.A.R. Don Juan de Borbón y Battemberg, tercer hijo varón de los Reyes de España SS.MM. Don Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia, es nombrado Príncipe de Asturias.
7. Don Juan de Borbón y Battemberg, se casó en el año 1.935 con su prima, S.A.R. D^a María de las Mercedes de Borbón y Orleans.
8. Tuvieron cuatro hijos.

La Infanta S.A.R. D^a Pilar de Borbón, Duquesa de Badajoz. El Príncipe de Asturias. S.A.R. Don Juan Carlos de Borbón. La Infanta D^a Margarita de Borbón, Duquesa de Soria.
El Infante Don Alfonso de Borbón.

CAPITULO III

EL CONDE DE BARCELONA EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

1. Al comienzo de la guerra civil española el 1 de agosto de 1936, el Conde de Barcelona cruzó la frontera española, con la intención de establecer contacto con la junta de gobierno Nacional de Burgos, e incorporarse en la lucha contra la República española.
2. El General Don Fidel Dávila le instó a volver al exilio, por lo que representaba en el porvenir de España.
3. El Conde de Barcelona se puso en contacto con el General Franco, solicitando como oficial de la Marina, un puesto en el crucero Baleares, que Franco rechazó por la importancia de mantener fuera de peligro, al heredero de la Corona.
4. Esta negativa le salvó la vida, porque el crucero Baleares fue hundido por la armada republicana, en la Batalla del Cabode Palos, el día 7 de marzo de 1.938.
5. A la largo de la guerra civil española, S.A.R. Don Juan de Borbón intercambió algunas cartas con el general Franco.
6. La primera de ellas decía: 7 de diciembre de 1936.
- 7.



Excmo. Sr. General Don Francisco Franco. Mi respetado general: en forma tal vez impremeditada, cuando la guerra de España tenía solo el carácter de una lucha interna, he intentado tomar parte en ella.

Aunque me impulsaban sentimientos bien ajenos a política, comprendo y respeto las razones que entonces movieron las autoridades a impedir mi incorporación a las tropas. [...]

Le ruego en todo caso disculpe el que confíe a su corazón de soldado, este anhelo mío de servir a España al lado de mis compañeros.

Con mis votos más fervientes, porque Dios le ayude en la noble empresa de salvar a España, le ruego acepte el testimonio del respeto con que se reitera a sus órdenes muy afectuosamente e.s.m. Juan de Borbón.

CAPITULO IV

ABDICACIÓN DE S.M. EL REY DE ESPAÑA, DON ALFONSO XIII, EN EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS DON JUAN DE BORBÓN Y BATTEMBERG

1. S.M. El Rey Alfonso XIII, vivió en el exilio diez años en Roma, abdicó en el Príncipe de Asturias, S.A.R. Don Juan de Borbón el 15 de enero del año 1.941, y falleció el día 27 de febrero de 1.941.
2. El Príncipe de Asturias Don Juan de Borbón, de “facto” se convertía como heredero de su padre el Rey Don Alfonso XIII, en Rey de España, como S.M. El Rey Don Juan III de Borbón y Battemberg.
3. El Manifiesto de Ginebra.
4. El Príncipe de Asturias, S.A.R. Don Juan de Borbón y Battemberg, publicó un comunicado el 11 de noviembre de 1942, que decía:
«Mi suprema ambición es la de ser el rey de una España, en la cual todos los españoles definitivamente reconciliados, podrán vivir en común».
5. S.A.R. El Príncipe de Asturias, Don Juan de Borbón hizo estas declaraciones, como explicó en una carta privada meses más tarde porque temía que, «la política exterior de/ general Franco, política poco compatible con las obligaciones que impone la neutralidad estricta, en la segunda guerra mundial, pudiera provocar consecuencias peligrosas para el futuro de España», en referencia a la posibilidad de que los aliados decidieran invadir la península tras apoderarse del norte de África.
6. Ruptura con el Franquismo.
7. El Manifiesto de Lausana.

S.A.R. El Príncipe de Asturias don Juan de Borbón, hizo público el 19 de marzo de 1945, un comunicado en el que rompió con el franquismo.

«Es fundamentalmente incompatible con las circunstancias presentes que se está creando en el mundo», es decir, con la victoria aliada, por lo que pedía a Franco que dejara paso a la «Monarquía tradicional», pues solo ella «puede ser instrumento de paz y de concordia para reconciliar a los españoles».

8. El Conde de Barcelona, una vez terminada la 2ª Guerra Mundial, traslada su domicilio a Estoril (Portugal), por su cercanía a España, y formó su Consejo Privado como Órgano Consultivo, el 6 de abril de 1946.



CAPITULO V

PROMULGACIÓN DE LA LEY DE SUCESIÓN A LA JEFATURA DEL ESTADO

1. En marzo de 1947, el general Franco promulgó la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, en cuyo artículo 6º confería a Franco el derecho a designar sucesor, «a título de Rey o de Regente» «en cualquier momento», y con plena capacidad de revocación de su decisión.
2. EL MANIFIESTO DE ESTORIL. 7 de abril de 1947.

S.A.R. el Príncipe de Asturias y Conde de Barcelona, Don Juan de Borbón, en la que rechazó la Ley de Sucesión de Franco, y defendió sus derechos de sucesión al trono. Resumen:

Españoles:

El General Franco ha anunciado públicamente su propósito de presentar a las llamadas Cortes un proyecto de Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, por el cual España queda constituida en Reino, y se prevé un sistema por completo opuesto al de las Leyes, que históricamente han regulado la sucesión a la Corona.

En momentos tan críticos para la estabilidad política de la Patria, no puedo dejar de dirigirme a vosotros, como legítimo Representante que soy de vuestra Monarquía, para fijar mi actitud ante tan grave intento.

Los principios que rigen la sucesión de la Corona, y que son uno de los elementos básicos de la legalidad, en que la Monarquía Tradicional se asienta, no pueden ser modificados sin la actuación conjunta del Rey y de la Nación, legítimamente representada en Cortes.

La Monarquía hereditaria es por su propia naturaleza, un elemento básico de estabilidad, merced a la permanencia institucional que triunfa de la caducidad de las personas, y gracias a la fijeza y claridad de los principios sucesorios, que eliminan los motivos de discordia, y hacen posible el choque de los apetitos y las banderías.

Los momentos son demasiado graves, para que España vaya a añadir una nueva ficción constitucional, a las que hoy integran el conjunto de disposiciones, que se quieren hacer pasar por leyes orgánicas de la Nación, y que además, nunca han tenido efectividad práctica.

Frente a ese intento yo tengo el deber inexcusable, de hacer una pública y solemne afirmación del supremo principio de legitimidad que encarno, de los imprescriptibles derechos de soberanía que la Providencia de Dios ha querido que vinieran a confluír en mi persona, y que no puedo en conciencia abandonar porque nacen de muchos siglos de Historia, y están directamente ligados con el presente y el porvenir de nuestra España.

Lo que no se me puede pedir es que de mi asentimiento a actos, que supongan el incumplimiento del sagrado deber de custodia de derechos, que no son solo de la Corona, sino que forman parte del acervo espiritual de la Patria. Con fe ciega en los grandes destinos de nuestra España querida, sabéis que podéis contar siempre con vuestro Rey.

JUAN. Estoril, 7 de abril de 1947.

3. Entrevista en el Yate Azor.
4. El 25 de agosto de 1948 el Conde de Barcelona buscó un acercamiento, y se entrevistó con el Generalísimo en su Yate Azor, anclado en el golfo de Vizcaya.
5. Como resultado de la misma se acordó, que el hijo del Conde de Barcelona, Juan Carlos de Borbón, se educaría en España bajo la tutela del general Franco.
6. El 7 de noviembre el príncipe Juan Carlos de diez años de edad, llegaba a España junto con su hermano Alfonso.



7. Por acuerdo del conde de Barcelona y el general Franco, el Infante recibió su educación en España por distinguidos profesores.
8. Cursó sus estudios militares en las Academias de Infantería, Naval y del Aire.
9. Realizó el viaje alrededor del mundo en el navío escuela Juan Sebastián Elcano, que le puso en contacto por primera vez con los pueblos de América.
10. Formación Universitaria, terminó sus estudios en las respectivas Facultades de la Universidad de Madrid (Literatura, Historia, Economía y Derecho).

CAPITULO VI

LA BODA DE SS. AA. R.R. DON JUAN CARLOS DE BORBON Y LA PRINCESA SOFIA DE GRECIA

Atenas, día 14 de mayo de 1.962.0

1. Don Juan de Borbón se desmarcaba una vez más, del parecer del régimen español, dejando clara su independencia de criterio y su visión política democrática, para España.
2. Las reinas de Holanda y de Dinamarca, el rey de Noruega y los príncipes de Mónaco se codeaban con la religiosa condesa Zamoyski; Lord Louis Mountbatten de Birmania daba el brazo a las hijas de Alfonso XIII; y hasta la princesa Irene de Holanda, llevó la cola del traje de novia de D^a Sofia.
3. Sin embargo, y en el escenario político español, supuso una gran contribución para dar el espaldarazo público necesario al heredero de la dinastía, en tiempos en los que el general Franco aún no se había pronunciado, sobre quien sería el futuro rey de una España, que se declaraba reino pero sin monarquía.
4. El general Franco dio su no pedida aquiescencia, enviando a Atenas a su ministro de Marina, el almirante Abarzuza, y como embajador especial a Don Juan Ignacio Luca de Tena.
5. Don Juan de Borbón como Jefe de la Casa Real, quiso acaparar para sí todo el protagonismo, y fue quien llevo adelante los tratos con la Santa Sede, para conseguir el permiso del papa Juan XXIII para una doble boda católica y ortodoxa.

CAPITULO VII

BAUTIZO DEL INFANTE DON FELIPE

1. El arzobispo de Madrid, Casimiro Morcillo, bautiza a Don Felipe, en brazos de su bisabuela la reina Victoria Eugenia, con la asistencia del Jefe del Estado. GTRES
2. Tras el ritual religioso se celebró un aperitivo, y en una salita aparte tuvo lugar un trascendental encuentro privado, entre S.M. La Reina D^a Victoria Eugenia y el General Franco, donde ambos pudieron conversar a solas.
3. S.M. La Reina Victoria Eugenia exiliada en Lausanne, era consciente de que el dictador había traicionado a Alfonso XIII, negándose a devolverle el trono tras finalizar la guerra civil, y que dada su enemistad con Don Juan su hijo y legítimo heredero, la monarquía corría peligro de no volver.
4. Por eso le comunicó sin rodeos. “General: esta es la última vez que nos veremos en la vida. Quiero pedirle una cosa: designe ya rey de España. Ahora ya tiene tres: el padre, el hijo y el nieto. Elija, hágalo en vida, si no, no habrá monarquía “.
5. El 12 de julio de 1969 Franco comunicó a Juan Carlos, su decisión de nombrarle sucesor.
6. Parece que el dictador le dio su palabra a S.M. La Reina D^a Victoria Eugenia, y un año



después, el 23 de julio de 1969 designó a Don Juan Carlos sucesor al título de Rey, pero Victoria Eugenia no pudo disfrutar ese momento, pues había fallecido en abril de una enfermedad hepática.

7. También hizo llegar a Juan de Borbón una sucinta carta en la que le informaba de sus intenciones; el texto rezaba así:

“Mi querido Infante: en cumplimiento del artículo sexto de la ley de Sucesión, tomo la decisión de proponer a las Cortes mi sucesor en la jefatura del Estado, en favor de vuestro hijo Don Juan Carlos”.

“Quiero comunicaros y expresaros mis sentimientos por la desilusión que pueda causaros, y mi confianza de que sabréis aceptarlo con la grandeza de ánimo, heredada de vuestro augusto padre, don Alfonso XIII”.

CAPITULO VIII

NOMBRAMIENTO DE S.A.R. DON JUAN CARLOS DE BORBON Y BORBON, PRINCIPE DE ESPANA

1. EL 22 de julio de 1.969 el Jefe del Estado General Franco, designó Príncipe de España, como su sucesor a título de Rey, a S.A.R. Don Juan Carlos de Borbón y Borbón Dos Sicilias.
2. S.A.R. Don Juan Carlos de Borbón Dos Sicilias, prestó juramento ante las Cortes, de guardar y hacer guardar las Leyes Fundamentales del Reino y los principios del Movimiento Nacional, es decir, el ideario franquista.
3. Las Cortes Españolas el 22 de julio de 1969, ratificaron los nombramientos anteriores de S.A.R Don Juan Carlos de Borbón.
4. Según la tradición borbónica, no se podría haber considerado rey a Juan Carlos I, hasta que Juan de Borbón no abdicara en la persona de su hijo, acontecido en 1977.

CAPITULO IX

RENUNCIA A LOS DERECHOS DINASTICOS

1. El 14 de mayo de 1.977, S.A.R. el Conde de Barcelona y jefe de la Casa Real Española, Don Juan de Borbón y Battemberg, cede los derechos históricos recibidos por la abdicación de su padre, el último Rey de España Don Alfonso XIII, y los transmite a su hijo S.M. el Rey, Don Juan Carlos I de Borbón y Borbón Dos Sicilias.
2. Discurso del jefe de la Casa Real y Conde de Barcelona:
«Ofrezco a mi Patria, la renuncia de los derechos históricos de la Monarquía española, sus títulos, privilegios y la jefatura de la familia y Casa Real de España, que recibí de mi padre El Rey Alfonso XIII, deseando conservar para mí y usar como hasta ahora, el título de conde de Barcelona”.

En virtud de esta mi renuncia, sucede en la plenitud de los derechos dinásticos como Rey de España a mi padre, El Rey Alfonso XIII, mi hijo y heredero El Rey Don Juan Carlos I».

3. Al terminar el acto tras el saludo, el taconazo marcial y los vivas, el conde de Barcelona y El Rey se abrazaron.
4. Don Juan volvió a inclinar la cabeza ante su hijo, pronunciando las siguientes palabras: “Majestad, por España, todo por España”, y se volvieron a abrazar.
5. S.M. El Rey Don Juan Carlos, respondió emocionado a la renuncia de Don Juan: «Señor,



el mandato de Su Majestad El Rey Alfonso XIII, ‘sobre todo España’, creo que ha sido cumplido».

6. El Rey se dirigió a los asistentes para aceptar la cesión. El ministro de Justicia como notario mayor del reino presente en el acto, levantó el acta correspondiente.
7. La legalidad histórica de la Restauración monárquica en España, se realiza por la sucesión de S.M el Rey Don Alfonso XIII, a favor de su nieto S.M el Rey de España Juan Carlos I, a través de su hijo el Conde de Barcelona S.A.R. Don Juan de Borbón, estaba confirmada por la Constitución de 1.978, que fue aprobada en referéndum por el pueblo español.
8. La renuncia de Juan de Borbón a los derechos sucesorios recibidos de su padre, se produjo un año y medio después, de que S.M. el Rey Juan Carlos, fuera proclamado Rey por las Cortes franquistas, siendo así un acto meramente simbólico, dado que Juan Carlos ya reinaba como sucesor del Jefe del Estado, general Francisco Franco desde el 22 de noviembre de 1975.
9. El Conde de Barcelona, fue nombrado almirante honorario de la Armada Española el 8 de julio de 1978.
10. El 18 enero 1980 llegan a España, los Restos del Rey de España S.M. Don Alfonso XIII. Diario ABC.
11. Son recibidos en España por su nieto, S. M. el Rey de España Juan Carlos I de Borbón, y su hijo El Conde de Barcelona, para su descanso en el Monasterio del Escorial junto con sus antecesores.
12. Don Juan de Borbón durante el resto de su vida, conservaría el título de Conde de Barcelona, uso que sería ratificado mediante Real Decreto de 6 de noviembre de 1987.
13. El Gobierno de España le concedió el 4 de diciembre de 1988, el título con carácter honorífico, de capitán general de la Armada.
14. En 1990 se le diagnosticó al Conde de Barcelona, en el Memorial Hospital de Nueva York, un cáncer de laringe, enfermedad que le provocó la muerte.
15. Falleció el 1 de abril de 1.993 (79 años), a los setenta y nueve años de edad, en la Clínica Universitaria de Navarra de Pamplona.
16. Fue enterrado en el Monasterio de El Escorial, Panteón de los Reyes, Cripta del Real, con honores de rey de España.
17. Sepultura. Incluye la siguiente inscripción latina: Ioannes III, comes Barcinonae («Juan III, conde de Barcelona»)



EL CIRCO

Francisco Alberti Barranco

Mi nombre es Doro, curioso nombre, ¿verdad?; tengo cinco años y vivo en el Balneario Nuestra Señora del Carmen de Málaga, donde mi padre gestiona el Restaurante. Este invierno de 1954 es especialmente crudo y desapacible. Eso explica que algunas actividades busquen refugio y descanso en sus amplias y majestuosas instalaciones, a la espera de los luminosos días de la temporada alta de verano. Hoy ha llegado un Circo.

Esta mañana lo he visto acampar en el espacio que hay entre la Charca de eucalipto y la Fuente Central del parque. Grandes carromatos, con formas diversas, camiones de transporte, remolques y coloridas carpas, han ocupado la zona junto a la casa de Diego el jardinero. Para mí es una novedad y me deslizo entre los diversos armatostes, curioso y sorprendido.

Nadie parece reparar en mí y me dejan deambular libremente. Esta gente es de lo más diverso. Muchos tienen aspecto que se me antojan de gente alemana o inglesa: cabello rojizo, piel clara, ojos azules; pero junto a ellos hay algunos chinos y japoneses, negros de África, con la piel tatuada y otros difíciles de clasificar. Los hay de todas las edades, pero a mí me llaman la atención un par de jóvenes. Parecen hermanos y no tardan en acercarse para conocerme y hacer amistad. Ventaja de ser niños, no tenemos barreras sociales que saltar. El niño tendrá ¿doce o catorce años?, es alto, delgado, el pelo rapado casi al cero. Rubio. La cara pálida donde resaltan sus ojos con un sesgo triste en su mirada. Viste con una camiseta de tirantes, sucia, que sobresale sobre un pantalón de deportes con raya blanca y de un azul desteñido. Está mal vestido.



Ezequiel



Sus zapatos son unas sandalias de cuero que se abrochan al tobillo con un botón dorado. La niña de unos ocho años, quizá menos, tiene una bonita cabellera pelirroja, pero sin adecentar, descuidada; cara pecosa, nariz pequeña. Es guapa natural. Su cuerpo es diminuto para su poderosa cabeza leonada. El vestido, de sencillo corte, cae desde los hombros continuándose con una falda que se apoya en sus escuetas caderas. Los zapatos parecen acharolados, pero están rotos en la parte del talón, mostrando la suela descosida. Contrariamente a su compañero, es vivaz y alegre. Me habla en un idioma que de entrada creí que era el mío, pero que no entiendo. Luego supe que eran rumanos. Pronto congeniamos y, a señas, nos intercambiamos algunos mensajes. Viven en el circo y van a pasar un tiempo acampados. Me alegra tener nuevos amigos, la soledad del invierno en el Balneario no ayuda a conocer gente nueva, sobre todo niños con los cuales jugar y divertirse.

Les explico, como mejor puedo, que yo vivo en el Restaurante y que podemos jugar a lo que se nos ocurra. El pilla-pilla y el escondite son lo que antes probamos. Es muy divertido. El joven es una anguila difícil de pillar, la niña es lista y se esconde de maravilla. Hay mucho sitio donde esconderse en el Balneario. Acotamos una zona para no hacer eterno el juego. Las horas pasan rápido, la Tata ya me llama para comer: “Doro, Doro, a comer. Ven rápido que se enfría”.

Nos saludamos con la promesa de vernos mañana. Corro, contento, dando pequeños saltos mientras la Tata, con su eterno delantal blanco, ya se asoma a la puerta de atrás del Balneario.



Antonio Rafael



Al día siguiente, apenas termino el panecillo con aceite, vinagre y sal, que la Tata me prepara como desayuno, salgo raudo hacia el campamento.

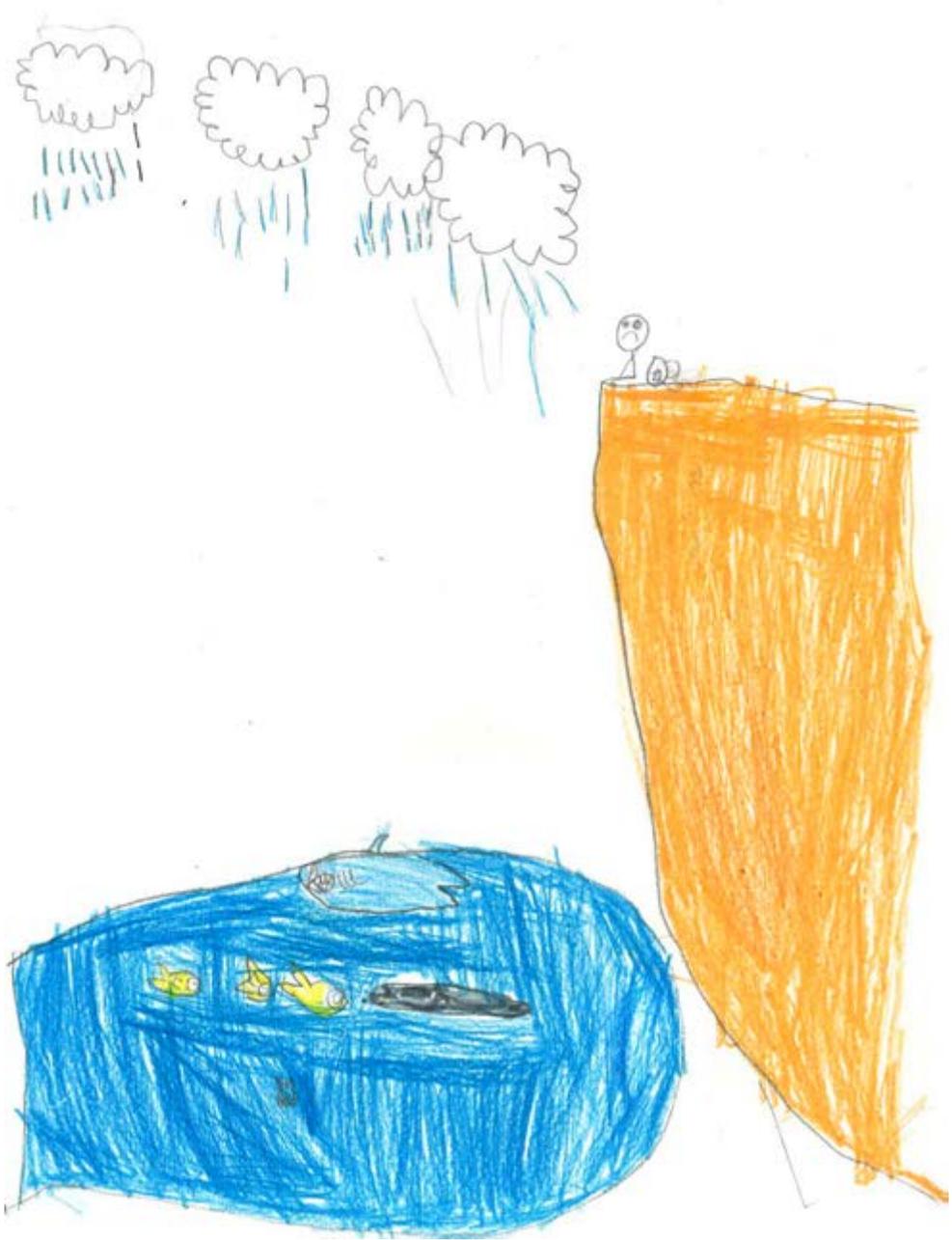
Pero mis amigos no están allí. Tras buscarlos con cierto aire de aprensión, los diviso en la pista de patines que hay al sur, junto a la playa de rocas contigua a los campos de tenis. El joven está subido a una curiosa bicicleta de una sola rueda. Se sienta sobre un sillín que apoya directamente sobre el eje de la rueda y que también tiene unido el sistema de pedales. Se balancea rítmicamente, adelante y atrás, en un prodigio de equilibrio que se me antoja difícilísimo. El cuerpo lo acompaña, con los brazos bien abiertos, como si bailara un pasodoble. Más allá está la joven, tiene unos aros de colores entre sus manos que lanza repetidamente uno tras otro, en alto, al cielo.

A veces falla y los aros caen al suelo rodando, entonces la niña hace un gesto de desaprobación, los recoge y comienza de nuevo. Estoy fascinado por la habilidad de estos pequeños artistas. Me invitan a probar la extraña bicicleta. Mientras la sujetan, yo me subo en el banco de obra que limita la pista de patines, una extensión de cemento de forma oval, alargada, que el tiempo está maltratando, rompiendo aquí y allá la capa de concreto y ondulando su firme. ¡Imposible!, no hay modo de mantenerse en esa bicicleta, tiene el piñón fijo y apenas me dejan suelto, voy directo al suelo. Risas y miradas de complicidad entre ambos. No es fácil ser equilibrista. Parece fácil, pero es difícil, como tantas cosas en esta vida, no apreciamos suficiente los que algunos hacen con aparente sencillez, sin reparar el arduo trabajo y la preparación que hay detrás.

El tiempo pasa. Algunos días la lluvia reduce nuestra capacidad de juego, pero apenas escampa aprovechamos para hacer presas con los charcos, donde hacemos navegar algunas vainas de semillas de palmera a forma de canoas. Cosas que solo los niños, con nuestra poderosa imaginación, podemos transformar en grandes buques. Somos felices.

Una mañana, cuando salgo del restaurante con el bollo de pan aún en la mano, me encuentro con la inmensidad del llano, vacío. El Circo se ha ido. No hubo abrazos ni adioses, no hubo lágrimas apenas retenidas. Mis pequeños amigos rumanos se habían marchado. Sabía que quizá nunca más los volvería a ver, pero habían dejado en mi pequeña alma de niño un recuerdo que aún perdura. La de la mirada triste de Iván y la sonrisa dulce de Irina, la pequeña de cabeza furiosamente leonina, con su sonrisa contagiosa y su sorprendente habilidad con los aros. Dios los cuidará donde quieran que vayan, no tengo duda, como a los ángeles.





Dylna



EL TRABAJO MANUAL

Pepa Molina Rosado

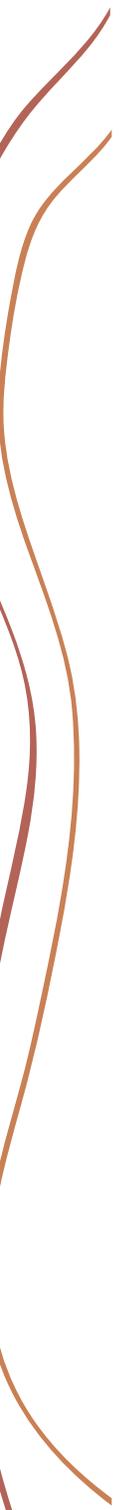
Somos lo que hacemos con las manos y con el cerebro. Si no hacemos nada con las manos, no podemos probar que aún somos capaces de crear algo y ser válidos y de provecho. Yo he hecho mucho croché, punto, he pintado y hecho manualidades, de las que conservo muchas cosas. Ello puede que me haya ayudado a mantenerme hoy activa para muchas cosas.

Ahora, para combatir la pereza o la desgana, me dedico más a los juegos en la Tablet o sopas de letras por puro gusto y satisfacción, así, el tiempo no se hace largo. Lo peor es detenerse y perder la vitalidad.

Un tema importante es tener con quien conversar para estimular la mente y no encerrarse en sí mismo.

La finalidad de todos estos estímulos a nuestra edad es la tendencia a seguir siendo felices y sentirnos útiles y queridos, con aspectos no solo materiales. Lo material, por sí solo, no nos hace felices.





ENVEJECER CON DIGNIDAD

Pepa Molina Rosado



Nerea

Mi amigo, el bastón y el móvil son de los que no me separo en todo el día, si no fuera por ellos yo no sería nadie; cuando ando, el bastón me sostiene, y el móvil, cuando tengo ganas de hablar, marco un número y hablo con alguien que se me venga a la cabeza.

Yo he leído algo de mi amigo el bastón y se me ha pegado. Yo vivo frente al mar y me paseo mucho con mis amigos; llevando el bastón me siento como si fuera mi arma preferida, mi mano derecha, como el reloj en la izquierda.

Yo me quedo los fines de semana con mi familia porque no quieren que me quede sola. También allí ando mucho por el monte en la parte más llana y siempre llevo el bastón, no sé andar sin él porque me parece que me voy a caer.

Ana Molina, que se apellida como yo, es mi apoyo en las clases de la memoria, sin ella me sería más difícil asistir.

Mi fe hace que mis padres me acompañen y hable con ellos como si fuera un sueño; ellos me dan mucha paz. Me acuerdo de cosas de antaño y estoy un poco desmemoriada. Son cosas de mayores. Me siento privilegiada por haber llegado hasta aquí. Mi yerno me dice que tengo que llegar a los cien años, me parece mucho. No creo que me alargue tanto. Hablando de otra cosa... En mis tiempos jóvenes no había más que verdiales en las fiestas y me gustaba mucho. Los cantes modernos no los entiendo, pero hay que convivir con los tiempos que corren. Yo no soy moderna, lo que pasa es que me adapto al viento que se da.



Una conocida me dijo un día que yo había tenido que ser una mujer de “armas tomar”. Me extrañó porque yo no sabía exactamente qué quería decir con ello. Yo no he estudiado y hay muchas cosas que no entiendo; además, estoy flojilla de memoria. Me acuerdo de las cosas de antes, más que de las que hice ayer; pero... es lo que hay. Cuando era joven, me quería comer el mundo, era capaz de todo.

En mi bloque han estado cambiando el ascensor y he estado más aislada por las dichosas escaleras. Unas veces por el calor y otras por el frío; a los mayores no nos viene bien nada. Lo paso mejor cuando empiezan las clases de la memoria; ahora que están más cerca no necesito que nadie me acompañe.

Estoy leyendo un libro sobre la vejez y me parece muy interesante. Me siento identificada en muchas cosas de las que dice.

Parece que de joven no te hace falta nadie, pero con el tiempo que va pasando nos volvemos egoístas y no nos viene nada bien, sobre todo cuando hay mucho carácter.

Perdemos la visión, el oído, etc. Y, sin embargo, queremos vivir cada día lo mejor que se pueda.

Este libro que estoy leyendo me está dando vida, aunque las frases feas no me gusten, siempre aprendo algo.



LA ABUELA QUE (AFORTUNADAMENTE) DECEPCIONÓ A (CASI TODA) SU FAMILIA

Luis Gabriel David García

Mi “no abuela” Inna tiene sesenta y dos años, pero a diferencia de muchas de sus coetáneas no los aparenta debido a la forma de vida que ha llevado. Siendo muy joven se casó con un estudiante de Económicas, que se parecía entonces al actor francés Alain Delon, pero se negó a tener más de dos hijos y formar una familia numerosa como anhelaba su marido, quien con su trabajo en una caja de ahorros creía que su labor se limitaba a ser el sustento financiero de su mujer y sus retoños.

Inna había estudiado mecanografía en una academia e inglés en la Escuela de Idiomas y comenzó a trabajar como profesora de español para extranjeros, lo cual compaginó con la traducción de libros de la lengua de Shakespeare a la de Cervantes. Siempre quiso ser una fémica independiente a la cual no se le pudiese encasillar en el modelo de “mujer florero” y ama de casa, y cuya realización personal estuviese solamente supeditada a las tareas domésticas y el cuidado de la prole. Fue una persona diferente para su época; enseñó a sus hijos a volar y no a llevarlos bajo sus alas, y ello le granjeó las críticas de sus familiares propios y políticos. A mediados de su cuarta década de vida, Inna se dio cuenta de que vivía con un señor con sobrepeso que se había ocasionado a sí mismo una diabetes por su afición a la cerveza y a la mala alimentación, y una insuficiencia pulmonar provocada por su adicción al tabaco rubio; y cuyo tiempo libre lo dedicaba a ver los partidos de fútbol de todas las ligas del mundo arrellanado en un sofá de color malva. Y aunque mi “no abuela” practica el yoga y domina novecientas asanas, o posturas de los yoguis, no cree en la reencarnación y decidió dar por terminado su contrato matrimonial con ese caballero que pretendía ser cuidado durante toda su mala vejez por la mujer a quien llamaba esposa.

Y aquí la tenemos ahora, viviendo en su piso de segunda soltería donde no dio cobijo a ninguno de sus vástagos, a quienes obligó a ser autosuficientes y a mantenerse económicamente por sí mismos en cuanto terminaron sus estudios universitarios, cosa que ellos, aunque nunca lo manifiestan en voz alta, siempre lo agradecerán.

En estas semanas de confinamiento, durante las cuales el tiempo pasa con desesperante lentitud, ella sigue impartiendo las clases en línea para su alumnado “guiri”: atiende su canal de Youtube sobre conversación en inglés destinado a principiantes, escribe en su blog reseñas acerca de novedades del mercado editorial anglosajón, publica sus recetas de alimentación saludable en Facebook (ha eliminado en un 75% el consumo de productos animales y sus derivados en su dieta personal), y en su amplia terraza practica diariamente yoga y tai-chi aprovechando las agradables mañanas de la primavera peninsular.



Kevin



Según los viejos patrones sociales de este carpetovetónico (palabra que ella me enseñó) país, nunca ha sido una “buena abuela” a la usanza. Son pocas las ocasiones en que hemos estado a su cuidado (y eso que somos vecinos, pues vivimos en el mismo barrio), puesto que les dejó muy en claro a sus hijos que ella no sería nuestra canguro, salvo en circunstancias impresionables, pues ya había criado pequeñajos siendo una mujer trabajadora y a ellos les correspondía hacer lo mismo con nosotros. Nunca nos ha regalado chucherías, ni dulces, pasteles o bizcochos, solo nos ha dado fruta de temporada. No nos ha dejado ver la televisión, sino que nos ha leído y nos ha hecho leer libros que abrían nuestra mente. Jamás permitió que llevásemos videojuegos a su casa y nos obligó a gastar la suela de los zapatos recorriendo parques, museos y practicando senderismo (que, aunque muchos no lo sepan, es un deporte federado). De su boca en ningún momento salieron eufemísticas versiones edulcoradas sobre la vida, ni intentó hacernos creer que la existencia era un permanente parque de atracciones. Siempre nos advirtió y puso en guardia frente a las realidades del entorno que amenazan a los más jóvenes, como es el caso de los camellos buscadores de nuevos adictos a las drogas, los falsos enamorados y pretendientes que solo quieren sexo efímero y no seguro, y los reclutadores de almas tiernas para un sinfín de causas viles: racistas, sexistas y fundamentalistas de todas las creencias.

Sin lugar a dudas, Inna es una abuela que, afortunadamente, ha decepcionado a los más tradicionales. Y aunque nos comunicamos, sin agobiarnos, a través de videoconferencias tengo muchas ganas de poder visitarla nuevamente en su casa, darle un abrazo, hacer con ella un gazpacho sin pepino, ver juntas una peli en versión original y escuchar tiradas sobre la alfombra la música de Simon & Garfunkel. Y mi compañero Fran, que es el que mejor juega al baloncesto de todo el instituto, ha pedido venir conmigo a ver a Inna, pues, aunque no lo confiesa, sé que ella es su amor platónico.

Mi “no abuela” Inna es la “no vieja” más interesante y ejemplarizante de todo nuestro barrio. Hasta el punto de que la Asociación de vecinos ha decidido, por mayoría casi absoluta, ponerle

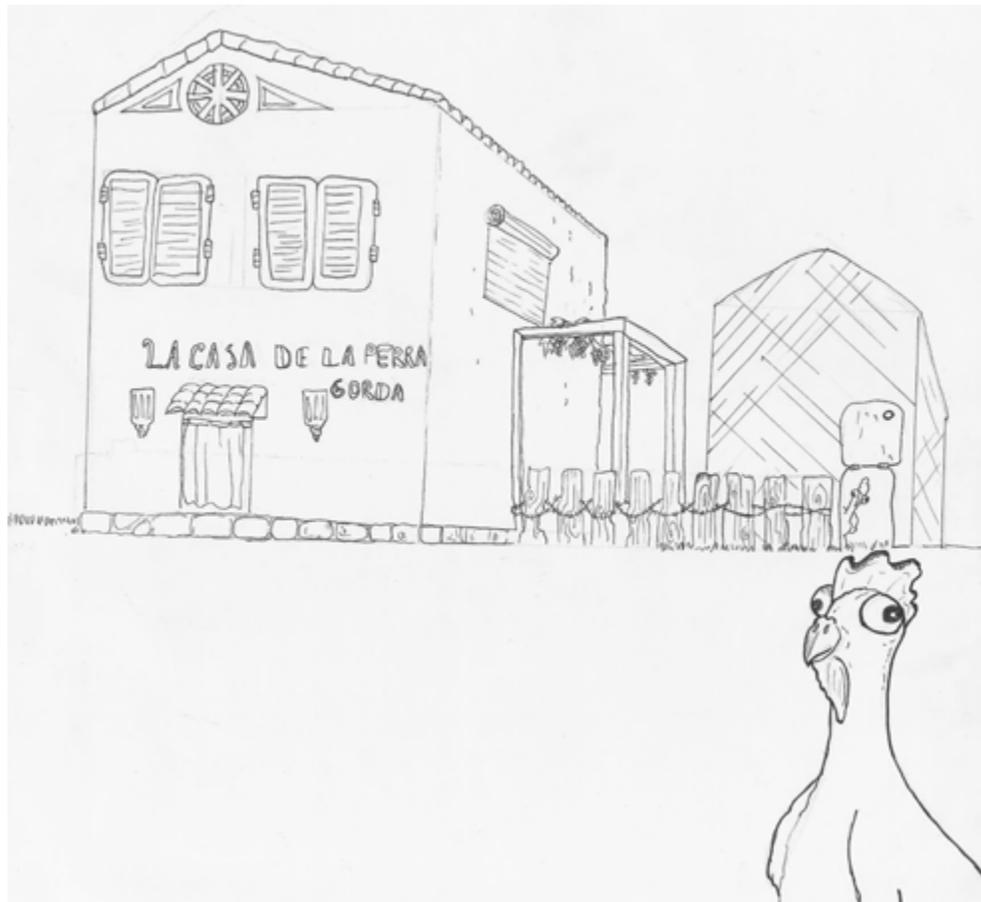


Daniel



LA CASA DE LA PERRA GORDA Recuerdos de mi primera infancia

Salvador Castillo Fernández



Sergio

La Casa de la Perra Gorda era la casa en la que yo nací allá por los años de mil novecientos cuarenta y pico, en un lugar de “La Jara”, maravillosa comarca a caballo entre “La Mancha” y la “Extremadura Verde”. Era propiedad de mi abuela materna que se la cedió a mis padres cuando se casaron y hasta que dispusieran de la casa de mi abuela paterna que, por ley de vida, sería un tiempo no muy largo.

Pero al final nacimos en ella del total de siete hermanos que fuimos, el primogénito, yo y mis dos primeras hermanas de las cuatro seguidas que lo fueron antes del nacimiento del último varón. Cuando la dejamos, mi abuela hizo particiones de todo su patrimonio en vida para ayudar a los seis de los ocho hijos que le quedaban, después de perder a dos de sus varones en la guerra, a salir adelante en los años difíciles que siguieron a los del hambre, tal era la grandeza y generosidad de mi abuela, siempre de riguroso luto, siempre amada, siempre recordada incluso, como niño, por ese arropé* tan especial que nos preparaba a los nietos en medio de las carencias del momento y que nos sabía a gloria.



Toda la familia llamaba así la casa coloquialmente porque al parecer, mi bisabuelo, el padre de mi abuela materna, la construyó con la idea de venderla y sacarle unas perras. Pero los negociadores argumentaban siempre que esa casa no valía “ni una perra gorda” (para comprender el monto, diez céntimos de peseta) y con ese nombre se quedó. Pero yo en mi mentalidad de niño no comprendía el porqué de ese nombre tan despectivo, ya que para mí era la casa más bonita que había en el pueblo, con aquella fachada de piedra y ladrillo toledano que tan bien maridaban.

Para empezar, la casa tenía dos plantas y en ambas había una cocina rudimentaria lo que nos permitía veranear por muy poco dinero porque dos veces al año, antes del invierno y antes del verano, se procedía al traslado de todo el escaso mobiliario, previo encalado de todas las estancias que se iban a ocupar. Ese día era una fiesta, ya que todos ayudábamos a trasladar cacharros para arriba o para abajo según tocara, en verano a la planta baja que además tenía patio con pozo y corral al fondo y en invierno a la planta alta que tenía una maravillosa galería mirando a las estribaciones de los Montes de Toledo, mis añorados montes azules tan encastados en mis pupilas, que tal era el color que le imprimía la lejanía y cierta luz misteriosa que los bañaba.

Tanto mi hermano el mayor, que sufrió la terrible desgracia de contagiarse con seis meses de Polio en las dos piernas, como yo, prefería vivir en el piso superior porque la escalera que unía ambas plantas disponía de una magnífica barandilla que nos servía para bajar “chorrándonos” sobre ella y tenía en el extremo inferior un floripondio de cristal que en estos menesteres hacía de amortiguador de caídas, si bien a base de sufrir fuertes golpes en la rabadilla que nos duraban todo el invierno. Esto lo repetíamos muchas veces, por lo que mi hermano, para no subir escaleras, cosa casi imposible para él, desarrolló un método de ascenso a base de agarrarse a la barandilla con los brazos y trepar por ella hasta arriba, a modo de cucaña** inclinada. Yo, sin embargo, subía las escaleras a cuatro patas, ávido de llegar arriba para de inmediato deslizarme otra vez, aunque por el camino de vertiginosa bajada me encontrara a mi hermano que, una y otra vez, trepaba, bajaba... trepaba sin abandonar la rampa deslizadora.

Más de una vez hacíamos carreras de subida, cada uno con su método y he de reconocer que gran parte de las veces me ganaba él, tal era el grado de perfeccionamiento que desarrolló su técnica de ascenso. Pero terminamos fundidos y entonces nos sentábamos en el balcón que da a la calle, con las piernas colgando entre los barrotes de la barandilla y casi siempre pasaba alguna conocida de la familia que decía aquello de “qué pareja de niños más guapos, pero... ¿quién es más malo de los dos?” A lo que yo siempre contestaba, “yo soy más malo, pero mi hermano es más bruto”. No recuerdo que jamás mi hermano dijera algo al respecto, por lo que suponía que compartía conmigo la definición dada por mí.

Y también en invierno, viviendo arriba, podíamos disfrutar y jugar en la galería que era muy soleada y por la que solía merodear un gato negro al que llamábamos Moro que recorría todos los tejados y galerías del vecindario, pero que tenía predilección por nuestra casa porque mi madre le ponía un platito de hojalata con los garbanzos que habían sobrado de la comida. Y siendo yo muy chico, casi con la inconsciencia de un mico, me sorprendieron un día sentado en el suelo compartiendo dicha comida con Moro, lo que me generó un buen rapapolvo.



Aquella galería fue escenario de otras muchas cosas. Un día se formó un tremendo revuelo en la casa y con todos los vecinos gritando en las inmediaciones.

!!!Se había ahorcado el vecino!!!, el de la casa colindante que también tenía una galería medianera con la nuestra. Fue precisamente en una viga de la galería donde se colgó el buen hombre. Rápidamente, mi madre se apresuró a cerrar la puerta de nuestra galería para que no saliéramos, ya que desde ella se veía a pocos metros el cuerpo colgado, pero, sin el menor atisbo de morbosidad, ¿cómo me iba yo a perder algo así? En cuanto se fue mi madre a acompañar a la pobre vecina viuda de repente, a mí me faltó tiempo para pedirle a la chiquita que vivía con nosotros y hacía las veces de niñera, que me abriera la puerta a lo que accedió de inmediato porque también a ella, con sus no más de 13 años, le corría la curiosidad. Pero para entonces ya habían tapado el cuerpo con una sábana y solo pudimos ver un gran trapo blanco colgado de la viga.

Y también esa galería fue escenario de una maravillosa confirmación. Un día por la mañana me dijeron que la cigüeña nos había traído una hermanita. Se trataba del nacimiento de la segunda de mis hermanas, la última en nacer en aquella casa y la versión oficial era que los niños los traía una cigüeña en un pañuelo atado al pico a modo de bolso. Y yo, como era natural, me lo creí. Pero ese día, al salir a la galería, vi despegar con gran alborozo y desde la barandilla una enorme cigüeña de las que habitualmente anidaban en la torre de la Iglesia y que no paraban de merodear por el pueblo. Naturalmente, era cierto, había dejado a mi hermanita en casa y volvía a su nido ya sin el pañuelo, qué total, ¿ya para qué? Fue una providencial confirmación de que lo que me dijeron era totalmente cierto.

La planta baja también tenía su cosa. De momento las baldosas del suelo de todas las habitaciones, a diferencia de las de la planta alta, eran una maravilla. Formaban cenefas multicolores y componían dibujos geométricos que aportaban a las estancias un sello muy especial. Y debajo de la escalera había un pequeño cuarto abuhardillado en el que normalmente dormía la niñera que vivía con nosotros porque, la pobrecilla, no tenía ni padre ni madre. A su padre lo mataron en la guerra y cuando yo le pregunté por qué no tenía tampoco mamá ella me contestó que un día se puso mala, que nunca la vio un médico y que nunca tomó una medicina y..... se murió, aquello me producía una infinita tristeza, tanto por lo que le pasó a su mamá como por el miedo a que algún día le pudiera pasar lo mismo a la mía, que era lo que más quería en el mundo.

Justo enfrente de aquel cuartito, estaba la habitación donde mi padre pasaba largos ratos frente a su mesa de despacho. Porque mi padre tenía una mesa de despacho y esto era muy importante para mí porque los papas de los niños con los que yo iba a jugar a sus casas, no tenían una mesa de despacho.

La mesa tenía cuatro patitas torneadas a cada lado, pero que se convertían en soportes seguros porque cada grupo de cuatro estaban engarzadas entre sí a unos centímetros del suelo por unas bandejas de madera con cierta profundidad que les hacían más seguras. Estas bandejas se usaban para ir almacenando los periódicos (el ABC que recibía mi padre todos los días, aunque eran del día anterior porque venían de Madrid en el correo de la noche), una Gaceta creo que relacionada con el Magisterio que venía doblada de forma apaisada en cuatro partes y sujetas con un anillo de papel blanco para que no se abrieran y en el que



ponían los datos del destinatario y la revista Blanco y Negro que no recuerdo si era quincenal o mensual y que era tal vez el único lujo que se podía permitir mi padre, empedernido lector. Como digo, mi padre iba almacenando todo este material de forma despreocupada en las bandejas de la mesa de despacho, una vez que las había escrutado a fondo leyendo y releendo todos sus contenidos.

Con mucha frecuencia veía a mi padre sentado ante su mesa de despacho, haciendo pausadamente, como él hacía todo, muchas cosas. Ojeaba una y otra vez los periódicos y revistas, sacaba pacientemente una punta perfecta a los lapiceros con una simple navaja (los sacapuntas vinieron después), dibujaba cosas en una libreta, ejercitaba la caligrafía en multitud de estilos ayudado por una colección de plumas de diverso calibre que mojaba en el tintero de la tinta china y también creaba imaginativas figuras con acuarela en color azul y amarillo seguramente recordando su paso durante algún verano de su adolescencia por la Cerámica Ruiz de Luna.

Pero lo verdaderamente importante de la mesa de despacho era que periódicamente había que vaciar las bandejas y ordenar los periódicos y revistas porque se colmataban y las últimas en ponerse se resbalaban y caían al suelo, tal era el montón que se formaba. Y ese era el momento inolvidable que da pie a que relate este recuerdo tan dulce de mi primera niñez.

Mi padre se sentaba en su sillón con brazos frente a la mesa de despacho y mi hermano mayor y yo, uno a cada lado, nos sentábamos en el suelo junto a las bandejas a rebosar para poder acceder fácilmente a los papeles a ordenar, haciéndoselos llegar uno a uno a mi padre que los iba colocando en montones encima de la mesa según su naturaleza, para después darles su destino.

Las revistas Blanco y Negro las colocaba apiladas en una pequeña estantería de madera colocada a la espalda de la mesa de despacho. Los periódicos y la Gaceta, una vez que cortaba algunas hojas que supongo de gran interés, los apilaba aparte y los reunía en paquetes geoméricamente perfectos que ataba con cuerdas y creo que se llevaban a el Traperero porque entonces ya se reciclaban los papeles al peso a cambio de algunas perrillas, pero que aunque parezca mentira daban para comprar muchos caramelos en el puesto que una mujer montaba cada anochecer en un cruce de calles y que siempre se alumbraba con una lámpara de carburo , aunque se rumoreaba que su hijo chupaba los caramelos y luego los envolvía de nuevo antes de venderlos.

Con este acto de ordenar la mesa de despacho, tanto mi hermano como yo nos sentíamos muy importantes por haber colaborado junto a nuestro padre en algo tan trascendente como ordenar los papeles almacenados en sus bandejas. Y nos sentíamos importantes porque en realidad mi padre, no sé cómo, hacía que nos sintiéramos importantes. Así era de especial.

Era tan trascendente esta tarea conjunta que cuando terminábamos de ordenar inexorablemente yo preguntaba que cuando lo haríamos de nuevo y siempre la contestación de mi padre era la misma; cuando las bandejas estaban llenas. Y por ello cada vez que pasaba cerca de la habitación donde estaba la mesa de despacho, miraba de reojo a ver como estaban las bandejas.

Durante las vacaciones de verano y casi a diario, cuando llegaba “la fresca”, se producía un hecho muy especial. En el fondo del patio y a modo de separación entre este y el corral que estaba en una cota inferior, había un poyete de cierta altura al que mi padre nos encaramaba,



a mi hermano y a mí para contarnos episodios de la Historia de España.

Muchas fueron las gestas heroicas que nos relató, pero, para mí, la historia que más se me quedó grabada fue la del Rey Wamba, Rey de los Visigodos con capital en Toledo, del que se decía, y aparentemente estaba documentado que, en cierta época allá por el año seiscientos y pico, dirigió su reinado desde una finca enorme que hay en mi pueblo llamada Cantos Blancos. Y claro, haber tenido un rey en mi pueblo era algo de lo que no todo el mundo podía presumir.

Pero la casa, como la inmensa mayoría de las casas del Pueblo en aquella época, no tenía cuarto de baño y el retrete estaba sobre el estercolero del corral. Y poco que me importaba a mí. Todos los dormitorios tenían su correspondiente lavabo- tocador compuesto de una estructura de madera con una pila de porcelana encastrada, debajo de la cual había un cubo de zinc para recoger las aguas residuales enjabonadas y junto a ello, una jarra grande también de zinc con agua del pozo y encima un gran espejo. También todos los dormitorios tenían su correspondiente bacín que durante el día estaban dentro de unas mesillas de noche diseñadas al efecto y que permanentemente se vaciaban en el estercolero y se limpiaban con agua del pozo, con lo cual todas las necesidades estaban cubiertas.

Todas menos el baño. Es verdad que nos obligaban a lavarnos bien todas las mañanas en el lavabo, incluso a varios grados bajo cero en invierno, a restregarnos bien detrás de las orejas, a lavarnos los sobacos y poco más. Pero el baño integral no existía por lo que una vez a la semana, creo recordar que los sábados, mi madre colocaba un gran barreño con agua en uno de los dormitorios (en invierno con agua que se calentaba y se transportaba en enormes perolas) y ponía dos o tres platillos con alcohol al que prendía fuego y dotaban a la estancia de cierta templanza y un peculiar olor que arrojaba esa llama casi imperceptible que produce el alcohol al arder. Y así nos bañaban y hecho lo cual mi madre nos ponía un escapulario de la Virgen Milagrosa para que nos protegiera, hecho en trapo y al que previamente le dedicaba unas oraciones.

Y así discurría nuestra vida en aquella casa situada en un lugar de “La Jara” que, aunque gente extraña la bautizaran como la de la Perra Gorda, era para mí la casa más maravillosa en la que un niño podía soñar y desarrollar su imaginación.

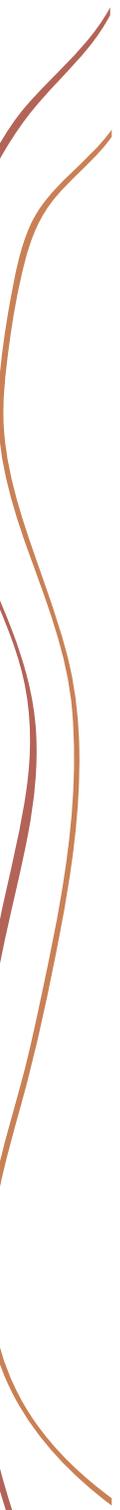
En Málaga, mi tierra de adopción desde hace 53 años, a 7 de mayo de 2024.

Definiciones según la RAE:

***Arrope:** En Extremadura-La Mancha, mosto cocido hasta que toma consistencia de jarabe, y en el cual suelen echarse trozos de calabaza u otras frutas.

****Cucaña:** Palo largo, untado de jabón o de grasa, por el cual se ha de trepar, si se hinca verticalmente en el suelo, o andar, si se coloca horizontalmente a cierta distancia de la superficie del agua, para coger como premio un objeto atado a su extremo.





LA ESCUELA DE LOS ABUELOS

Pepa Molina Rosado

Los abuelos desde siempre han sido coeducadores de los nietos junto a los padres, algunos de una manera muy buena. Cuando en la familia conviven tres generaciones, los padres ocupados por su trabajo y preocupados por el sustento están fuera de casa muchas horas.

Son los abuelos los que le dedican tiempo y cariño sin límites en esta labor, porque los abuelos aprendemos a la vez que disfrutamos de los nietos. Es nuestro deber darles cariño y educación. Yo he vivido esta etapa con mis tres nietos, de lo que me siento muy orgullosa.

A nosotros, los mayores, no nos gusta que nos llamen “viejos” como a los trastos, ni antiguos como los elefantes o los coches de época. Hace gracia lo de “anciano”, pero preferimos lo de “gente mayor”, en mi opinión, porque somos más grandes, aunque sea en la edad y en la experiencia.

Por ello, la sociedad nos sigue necesitando, lo que nos viene muy bien. Tenemos que seguir siendo personas activas.

En el libro “Vencer a la Vejez”, he leído que hay que mover los músculos mentales, entrenar el cerebro, darle movimiento y ejercitar todos los músculos para que el deterioro del paso de los años no avance deprisa. Si mueves el cuerpo andando, ¿por qué no mover la mente para no perder agilidad mental?



Raúl





LA HERENCIA

M.^a Francisca López Martín

Recuerdo los jueves como un día especial. Fui una niña observadora, inquieta, -María-, la que buscaba el significado de las palabras en un antiguo y viejo diccionario que ilustraba a la familia y del que yo también me nutría. Durante muchos años he seguido el proceso de la herencia del hermano de mi tatarabuelo, don Mariano Argüelles el cura que dejó familia, amigos, para difundir la palabra de Dios allá donde la necesitaran.

Mi madre los jueves (día de reunión) acercaba la mesa de camilla al ventanal del comedor para que la claridad iluminara el entorno donde varios hombres enjutos y charlatanes, se reunían para dilucidar sobre aquella herencia de la que mi padre era heredero por vía legal, mientras que estos señores, anhelaban una errónea quimera, pero con las mismas ilusiones que mi padre: -llegar a su poder las tierras sin límite y minas de plata que don Mariano legó a su familia-. Yo callada y observadora, me sentaba cerca de aquel insistente grupo que semana tras semana hablaban de lo mismo, -la herencia del padre Argüelles- historia que yo no entendía, pero me ilusionaba oírla porque “íbamos a ser ricos.”

Mi madre muy discreta, escuchaba, pero no decía ni una palabra, se sentaba no demasiado cerca de la reunión, el tintín de las agujas de hacer punto era como una letanía rítmica que abandonaba para aromatizar el ambiente con el humeante café que sorbo a sorbo iban a degustar.

Dejaba su labor, el aroma pronto envolvería a aquellos hombres ilusionados en reunir dinero para contratar a un abogado que pudiera acceder a los Archivos de Indias, y poder comprobar el testamento que el padre don Mariano Argüelles trajo desde México.

Yo escuchaba con la inocencia de una niña, me imaginaba tener una bicicleta como la de mi amiga, un vestido bordado, y muchos zapatos de colores.

— ¿Don Marcial liamos un cigarrillo, ya nos hace falta? — sugirió un comensal con bigote largo y retorcido. Mi padre sacaba un paquete de picadillo, con hojas muy finas de papel, y una pasada de lengua, los envolvía, pronto la humareda llegaba hasta el alto techo con vistosas vigas de madera, pintadas de marrón.

Entre tragos de café y bocanadas de humo, recordaban a Marianito, el niño obediente y solidario que siempre estaba dispuesto a ayudar a quien se lo pidiera. Todos los domingos y fiestas que guardar, ayudaba al padre Don Legorio a celebrar misa en latín que Marianito comprendía con bastante claridad. A los dieciocho años ingresó en el Seminario de Málaga y culminó su carrera con la misma fe que comenzó.

— ¡Cuántos años han pasado! Exclamó el comensal de bigotes retorcidos. Sonrieron, y un sí unánime “cerró” el comentario.

Sobre la mesa un legajo de papeles, un cenicero y una bandeja de barro para depositar los duros que cada uno de los herederos adjudicaban para ese fin.



Marianito llegó a ser un buen sacerdote, muy querido por sus vecinos de Igualeja de las Torres, que cuando comunicó su ida a México, los lugareños no lo creían. Era un buen hombre, con inquietudes, su religión la propagaría por los pueblos más necesitados de Dios.

Llegó el día señalado para su marcha, en la plaza del pueblo, un gran grupo de personas fueron a despedirlo, desde la ventanilla del ajado autobús, cerró los ojos y dijo adiós...

Tres semanas navegando acompañado de gente humilde, personas que buscaban el Paraíso, la libertad, y dejaban atrás a hijos y jóvenes mujeres esperando un regreso incierto.

Por fin llegaron a puerto, la niebla lo ensombrecía, la sirena bramaba mientras el remolcador guiaba al barco a la dársena donde dos sacerdotes esperaban la llegada de don Mariano.

Los pasajeros bajaban al muelle, un revoltijo humano ocupaba la gran explanada, don Mariano alzaba la cabeza, miraba alrededor deseoso de localizar a los curas que lo esperaban. A lo lejos dos sotanas negras “agitaban” un pañuelo...—Alabado sea Dios— se estrecharon la mano inclinando la cabeza

—¿Cómo ha hecho el viaje? Hemos pedido a Nuestro Padre que llegara bien sin ningún contratiempo-. —Un poco cansado, pero con ilusión—. Subieron a un coche que los esperaba para seguir la ruta que los llevarían hasta la calle Ocho de Mayo, donde ejercería como rector en La Capilla del Rosario.

La niebla se evaporaba, el camino era largo, en las calles sentados en corro, los muchachos parecían jugar a las canicas, otros, jugaban con una pelota.

La calle Ocho de mayo le hizo recordar la calle principal de su pueblo, -Igualeja de las Torres- los árboles mitigaban la solana y aumentaba el zurreo de las palomas. Llegaron al número 24, una casa con la fachada de color naranja, muy cerca de la capilla en la que ejercería como prelado.

Don Mariano había acertado en su decisión, Dios lo guio hasta ese lejano lugar donde poco a poco iba conociendo a sus parroquianos que cada día les mostraban más su cariño.

Doña Guadalupe era una buena mujer, no se había casado, religiosa, y muy caritativa. Todos los días iba a oír misa y ayudar a los necesitados. Su padre, don Marcial, fue un latifundista, sus tierras no tenían límites, en ellas había minas de plata, grandes cafetales... Cuando este murió, su única hija Guadalupe, heredó la inmensa fortuna que años venideros otorgaría a don Mariano, el cura andaluz, bondadoso, caritativo, por el que doña Guadalupe sentía devoción.

En palabras textuales, firmado y sellado. Doña Guadalupe hizo mención de su fortuna que otorgó a la persona que le dio paz, confianza. Y ratifica: “Que nunca hubo deseo carnal que mancillara la fraternal amistad.”

Igualeja de las Torres está de fiesta, celebran el día de santa Ana, patrona del pueblo, un ambiente festivo alegre a sus vecinos que bailan sin orden ni jerarquía, una música “destemplada” que el padre don Mariano no entiende.

Hace meses que ha vuelto a su querido pueblo, un pueblo desconocido al que él dejó hace



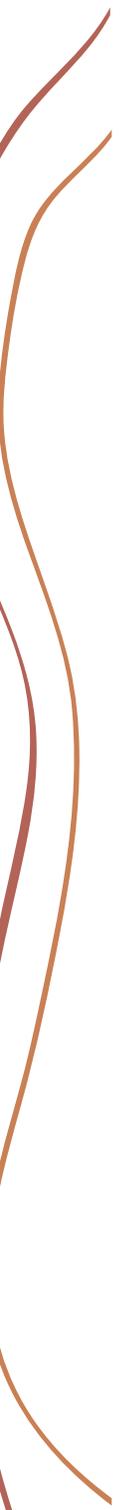
muchos años, ahora nada es igual, los niños se han hecho hombres y los hombres, muchos, ya no están. Don Mariano a pesar del estridente sonido, cierra los ojos y ve al joven sacerdote que dejó sus raíces para difundir la caridad con la palabra de Dios.

Él tampoco está igual, la cifosis ha agazapado su cuerpo, el bastón, su compañero inseparable... pero ha logrado volver a sus orígenes a cumplir su ilusión -su promesa para sí mismo- ayudar a su pueblo, la familia, y erigir la capilla más hermosa para la Patrona Santa Ana.

Las campanas "alegre" le recuerda al pueblo, que es la novena a Santa Ana. La grandiosa capilla está engalanada, el colorido de las flores armoniza con los destellos de las lámparas. Todo tiene su fin. María, recuerda con respeto y nostalgia, al padre don Mariano, el tenaz hombre que consiguió que su tatarabuelo sembrara cuarenta olivos, cuatro vides, y comprara una piara de cerdos.

María vive feliz, muy cerca de sus nietos, a los que le cuenta la historia del padre don Mariano.





LA PRINCESITA FLOR

Salvador Cañete Mata

En un simpático pueblo había un rey que buscaba un príncipe para casar a su hija, la princesita Flor.

Flor era la princesita más loca y despistada de toda la colonia. Para compensar sus meteduras de pata entre las demás casas reales, le gustaba darse importancia delante de su padre y de sus amigas princesas de otros pueblos.

Flor les hablaba de las cosas que hacía y conocía; solía inventarse cosas acerca de todos los príncipes que se acercaban a cortejarle.

El rey se quedaba boquiabierto ante sus vasallos, al ver cómo admiraban a su hija a pesar de todo y, apoyándose en el quicio de la puerta de la habitación donde dormía su hija, le dijo: “qué cosa más bonita te traigo hoy”. Y la princesa respondió: “¡oh! Qué peine más bonito, se lo he visto usar a mis amigas cientos de veces, se arreglan el pelo para estar más guapas.”



A continuación, la princesa, con gestos coquetos, preguntó a su padre: “¿Y esto qué es? Su padre le respondió: “Es un cazo, con él, los príncipes y todas las personas se sirven las sopas y queda mucho mejor que beberla de la soperas; así todos te aclamarán por tu gesto tan educado.”

Un buen día en que la princesa decidió ir a bañarse al río, apareció en la comarca un príncipe montado en un caballo blanco y Flor, al verlo, se quedó prendada de él, de manera que se cayó al agua; al no saber nadar, perdió el conocimiento. El príncipe, que en aquel momento pasaba por allí, se lanzó al agua y la rescató. Al ver la belleza de la princesa, el príncipe exclamó: “¡Qué muchacha tan bonita!”

Al día siguiente, cuando la princesa paseaba con su padre, el rey, por la orilla del río, se sorprendieron por la presencia del príncipe. Este, al ver a la princesa, le dijo: Eres tú, al fin te encuentro; desde que te rescaté de este río te he estado buscando por todas partes con la esperanza de volver a verte.”

Entonces, Flor, al oír la voz del príncipe, exclamó: “Esa es la misma voz que oí entre sueños cuando estuve a punto de morir ahogada; no hay duda, tú fuiste quien me salvó la vida y de morir ahogada; me harías muy feliz si le pidieras al rey, mi padre, mi mano para casarnos.”



Olvidándose de todo, el príncipe ofreció su brazo y juntos se dirigieron a palacio donde, a petición del rey, acordaron celebrar la boda al día siguiente.

El rey, visiblemente emocionado, miró a su hija Flor y le dijo: “Me entristece que te vayas, Flor, pero está claro que tu sitio ya no está aquí, entre nosotros, y yo no podría ser feliz sabiendo que mi hija no lo es.”

Al día siguiente, la colonia fue una gran fiesta con la boda de Flor. Todos los príncipes y princesas acudieron a la boda de Flor con el príncipe del caballo blanco.

El rey, felizmente emocionado, los abrazó y les dijo: “Espero que seáis muy felices siempre”. Y así, de esa forma, el rey pudo casar a su hija Flor, con el príncipe que la salvó de entre las aguas.



LO QUE ES SOY

Miguel Checa Mancebo

Se gastan los días eternos
y los balcones de la luz
cierran sus postigos
esperando otra resurrección.

Me sumerjo en la multitud
de las olas que recorren tu cuerpo,
superando las viejas costumbres al
recordar las playas heredadas.

Ahora el sol pleno se arriesga en el
trapezio del mediodía,
sujeto en las cuerdas de la esperanza.

Y este hombre, el poeta, respira
el aire dichoso aligerando su mirada y
exaltando la aventura del vivir.

¡Qué corto se nos hace el día cuando
amamos y escribimos versos
fervorosos y puros!

A veces canto, a veces lloro, a veces
río y me sonrío
en cada palmo del día
en el que busco el aliento azul.

No doy abasto a tanta luz, a
tantos alardes y hechizos para
celebrar el festejo
de la escritura de los versos.

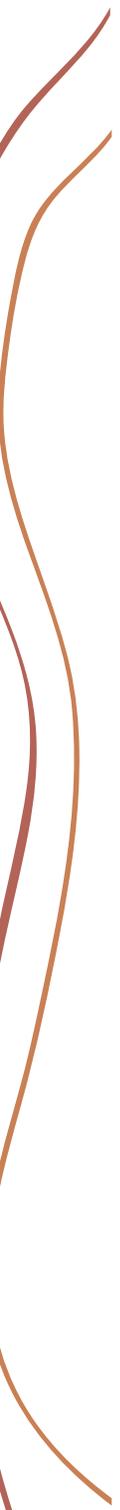
Bienvenido el amor que, sereno, apresa el
sentir del hombre,
con airecillo fresco, recién nacido.

Hoy apunto en mi cuaderno
el vuelo íntimo del cuerpo amado, el
silencioso paso de los viejos días y la fuerte
ráfaga de pasión.

Estar aquí escribiendo esta mañana de julio,
a orillas de la quietud,
en la estancia engrandecida por la
pequeñez de mi voz. También
conservo la alegría innata que avanza a diario
y que me hace sobrevivir en la memoria.

Alex





LOS DIFERENTES CAMINOS DE SUPERACIÓN DE ASPASIA DE MILETO

Sara Suárez Gutiérrez

Ahora, en la madurez, me pregunto en qué momento empecé a apreciar el valor de la cultura, la escritura, a acercarme al conocimiento de la ciencia. Las artes que me conducían a la sabiduría, a apreciar lo bello.

Aspiraba a descubrir lo desconocido que se nos ha dado, pero, que no pasa desapercibido.

Crecí en medio de un mundo de hombres, vislumbrando la grandeza de muchos, la maldad e ignorancia de otros. Mujeres, hermanas, amigas, otras que envidiaban lo que deseaba ofrecer a los demás. Yo me sentía parte de la naturaleza, como el árbol, como el pájaro que nos ofrece su más delicioso canto; la fuente que fluye y te hace sentir paz y armonía. La fuente, los prados verdes, la montaña silenciosa, y dentro de mi ser la vida humana, pero a la vez el más profundo dolor.

Me acusaron de ser deshonesta, mi esposo, Pericles, con más fuerza y valor, defendió mi verdad. Y ganó la verdad. Y pude volver a casa, a ese lugar de conocimiento y sabiduría. La tierra y el cielo me correspondieron, aunque siempre no se cumplieron mis sueños, siempre agradecí a la vida, la imaginación que me fue concedida, el trabajo y la constancia, eje de mis días.

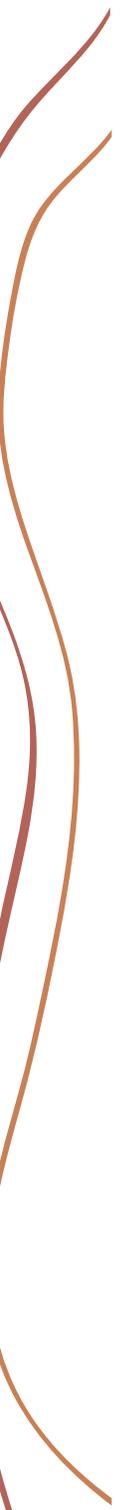
Yo ASPASIA DE MILETO, nunca quise ser más que otros, pero que mi saber fuera de todos.

Aspasia nació en Mileto, Turquía (470 a d C). Vivió en Atenas y estuvo casada con Pericles y fue una mujer con gran capacidad para el estudio y la Retórica.



Antonio Rafael





MARE NOSTRUM

Juanita Martínez Trullen

Nuestro mar, el mar Mediterráneo. Se ha escrito mucho de él, pero muchas veces, pienso que nos hablan de cuando está embravecido, cuando sus olas invaden las playas, rompen los espigones, se acerca a la tierra llevándose todo lo que encuentra a su paso.

Entonces es cuando yo pienso que es una manera de protestar, de decirnos que ya está bien de tanto ensuciar y verter residuos y de tanto pescar descontroladamente.

Hay países en los que, por desgracia, ya no hay peces. Ya no se puede pescar, está lleno de basura y contaminación.

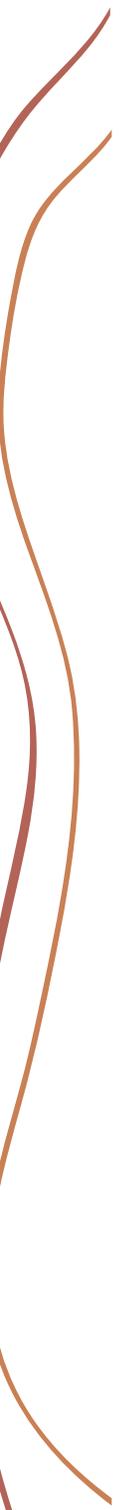
Sentada frente al mar, mi vista en el horizonte, en su inmensidad, cuando lo veo tan fiero, a veces se me saltan las lágrimas.

Otras veces, cuando está calmo y sus olas se mecen lentamente en la orilla, en esos momentos en los que estoy baja de moral, veo los peces saltando, las gaviotas revoloteando, mi pensamiento le pide que me escuche, que su calma es mi calma; que cuando me sumerjo en sus aguas frías, me reaniman, me dan paz y sosiego.

Le pido que no se enfurezca, que me sienta atraída por su influjo. Para mí, el mar es mi vida, siempre me acompaña, allí donde voy.

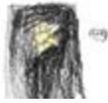
Quisiera que mi voz se alzara más para pedir que se termine con tanta destrucción.





ME GUSTA APRENDER

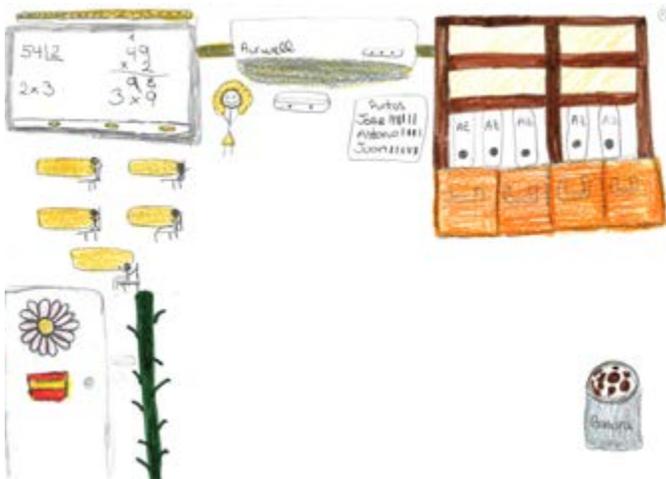
Josefa Moreno Navarrete



Ayer estuve dando clases con mis compañeras y lo pasamos muy bien. La seño es muy agradable, pero nosotras somos muy habladoras y siempre nos está protestando.

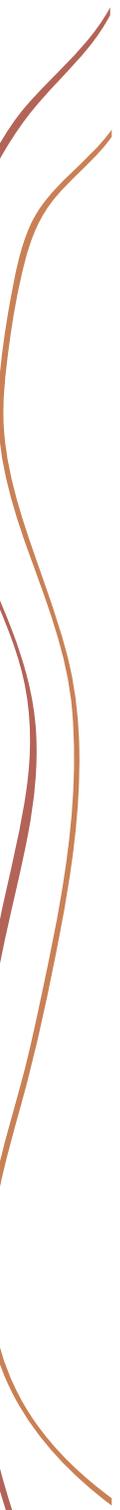
Yo estoy muy contenta porque estoy aprendiendo mucho. Ya hacía mucho tiempo que no cogía un lápiz, pero quiero aprender a dividir, pues no sé hacer más cosas. Las compañeras son muy buenas. Entrábamos los lunes, pero nos haría falta más tiempo.

El domingo estuve en los carnavales con mis compañeras y lo pasamos muy bien. Los niños disfrutaban mucho, vestidos de carnavales y después les dieron su regalito a todos los niños.



Adriana





MIEDO

M^a Eugenia Pereiro Barbero



Yaxin

¿Qué ocurre? Estoy asustado, mi corazón late con fuerza, me persiguen y tengo mucho miedo. Mamá ayúdame, me están apretando, no he hecho nada. Dormía con el dedo en la boca cuando escuché voces desagradables, no entiendo de lo que hablan y aun así esas palabras no me gustan. Me han sacudido y puedo escapar, soy, débil, pero me defiendo, nado lo más veloz que puedo a pesar de no saber dónde esconderme, no me ha dado tiempo para rastrear esta gruta. Mami acude en mi ayuda, solo tú me puedes librar de este tormento, estoy agotado, los latidos de mi corazón me ahogan, quiero huir, volver a mi refugio. ¡Mamá, mamá, no dejes que me maten, vienen a por mí, lo sé! Se acercan. ¡Sálvame mamá! Me han atrapado y algo muy frío me está triturando.

¿Mamá por qué?

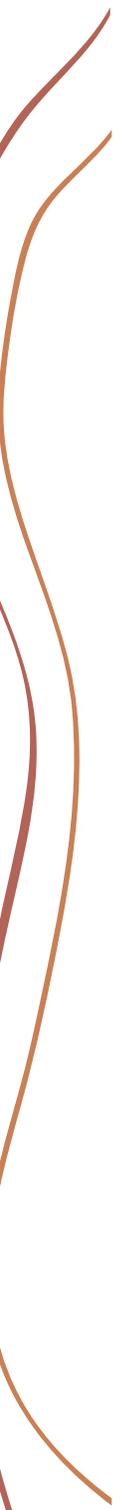
Cruela no escucha esas llamadas de socorro, su cabeza se encuentra en otro lugar, en otro momento y en sus oídos suena una canción de Nino Bravo.

Libre

*Como el sol cuando amanece Yo soy libre como el mar Libre
Como el ave que escapó de su prisión Y puede, al fin, volar
Libre...*

Se encuentra en una estancia rodeada por personas con bata verde que manipulan instrumentos metálicos, puede ver la parte trasera de un monitor, pero no la pantalla, escucha el relato de una montería que dura poco tiempo. Han pasado pocos minutos cuando, secándose el sudor de la frente con su bata verde, un hombre voluminoso, se acerca a ella y dándole dos palmaditas en la cara, le dice «Hemos terminado, señora», al tiempo que el postor de la cacería habla, un amasijo triturado cae en una bolsa de basura oculto tras un rincón en una oscura papelera.





NIETOS Y ABUELOS

M^a José Sánchez Santiago

Esta es la historia de un matrimonio de sesenta y tres años que les hacía mucha ilusión ser abuelos y el destino hizo que sí fueran abuelos.

El primer nieto nació en noviembre de 2005. Era precioso: rubio y con los ojos celestes, de piel clara. Hoy en día ya tiene 18 años, está estudiando y le gusta mucho el deporte.

De este nieto, los abuelos disfrutaron porque vivían muy cerca. Cuando sus padres trabajaban, ellos se quedaban con él. Los abuelos lo sacaban de paseo. También iban a la playa. Lo llevaban a la guardería, al cole, comía en casa de los abuelos porque le gustaba mucho el pucherito de la abuela. Todo esto lo hacían los abuelos cuando no estaban los padres.

Hoy, este nieto quiere mucho a su abuela y tiene mucha confianza con ella. Ahora mismo, se ha pasado a verla antes de irse con sus amigos. Eso se agradece mucho.

El segundo nieto nació a los 14 meses del primero. Este nieto también era precioso: moreno y con el pelo negro. Este nieto lo cuidaron los abuelos durante tres años, pero solo cuando sus padres estaban trabajando. Era muy bueno para comer y le gustaba todo. A este nieto lo sacaban a pasear los abuelos y lo llevaban a la playa y al parque con su primo. También disfrutaron mucho sus abuelos con él. Era muy cariñoso. Otra cosa, cuando llegaban sus padres a recogerlo, el niño lloraba mucho porque no quería irse a su casa.

Ahora viene el padre cada 15 días para llevar a la abuela a su casa para pasar el día con ellos (el padre es un cocinero estupendo) o para salir a pasear. Ya a la caída de la tarde traen a la abuela a su casa, pero agradece el día que pasa con ellos.

Bueno, pues de nuevo llega la hora de que venga otro nieto, hermano del segundo, otro varón, igual de guapo que su hermano y su primo, pero con una cara más dulce todavía. En la actualidad tiene 13 años. Es delgado, alto y delicado para comer. Tiene en la cara dos hoyitos, al reírse, muy bonitos, herencia de su abuela paterna que lo quiere mucho. Hasta el momento, no es deportista como su hermano o primo. A él le gusta la tecnología, cosa que a la abuela no le gusta.

A este nieto lo tuvieron los abuelos menos tiempo, porque comenzó antes a ir la guardería y lo disfrutaron menos. También la abuela, en aquel entonces se rompió el hombro en una caída y a los seis meses se volvió a caer y se rompió el tobillo. Pero cuando el nieto estaba malo, sí lo tenía porque en la guardería no podía estar malito.

Ahora es cuando más disfruta de ellos, pero solo la abuela, porque el abuelo está en el cielo.

Bueno, al final vino el cuarto nieto, pero fue una nieta. Qué alegría más grande para los abuelos. Ahora tiene 10 años y claro, como casi todas las chicas, es guapísima. Su abuelo estaba muy contento con ella. Le decía “mi muñeca”, pero la disfrutó poco tiempo, porque el abuelo se puso malo, sin solución.



Esta nieta es muy presumida para la corta edad que tiene. Claro, tiene a quien parecerse, a su abuela paterna. Hasta el día de hoy es muy lista. Le gusta estudiar y trae unas notas excelentes.



Gustavo Ezequiel



NUEVAS OPORTUNIDADES

1er premio Certamen de Relatos 2024

Mercedes Sophía Ramos Jiménez

Todo lo que tenía a su alrededor estaba inerte y quieto, salvo las cosas necesarias, lo demás se mantenía en un lugar fijo, fotografías, recuerdos y detalles de toda una larga vida que se habían acumulado con el paso del tiempo.

Como la mayoría de los mayores que viven solos, se concienciaba para no tener que depender de nadie, sobreponía sus actitudes positivamente, esa tónica se la explicaba a sus hijos haciéndoles ver que sus limitaciones no le impedían vivir sola. Cada vez que alguno de sus hijos le planteaba otras posibilidades para mantener su seguridad, ella se levantaba demostrando más agilidad de la que disponía y les preparaba café o cualquier otra cosa, mientras servía se ponía muy derecha y erguía la espalda exageradamente, sus hijos no pasaban por alto ese esfuerzo percatándose de esa exhibición ficticia.

En su hogar se sentía bien, su sillón, su mesa, su dormitorio, su cocina, en ningún lugar podría estar mejor que en su casa de toda la vida, sin considerar que ya no podía salir a no ser que alguien le acompañara, poco a poco se estaba replegando en los metros cuadrados de su casa.

Las mañanas eran más amenas, se le pasaban muy fugazmente. Entre hacer cuatro cosillas y asearse ya le marcaba el reloj la una del mediodía.

Una tarde de principio de invierno pegaron inesperadamente a su puerta.

-¡Qué sorpresa, no os esperaba hoy! Ayer ya nos despedimos hasta mañana que es miércoles- dijo Aurora con mucha alegría por la mejor visita que podían hacerle.

-Mamá, tenemos que decirte algo, los dos creemos que es muy bueno para ti- se acomodaron en los sillones contiguos de manera desenfadada, mostrando cierta complicidad entre ellos.

La madre, sin acertar a comprender qué noticia sería, tornó el gesto algo desconfiado.

-Decidme, decidme hijos, qué os trae por aquí con tanto aceleramiento- se volvió hacia los dos con algo de confusión y temor por el requerimiento que desconocía.

Los hijos se miraron titubeantes, no estaban seguros de que esa noticia le pudiese agradar a su madre. No se atrevían a comentárselo con decisión y por un momento hubo un silencio que no querían romper ninguno de los dos.

-Escucha mamá, nosotros estamos muy ocupados y deseamos lo mejor para ti porque te queremos mucho, ya sabes que no podemos atenderte con toda la dedicación que necesitas, a veces, no estamos seguros de que tú puedas cuidarte viviendo sola, hemos pensado que lo mejor para todos es que te acompañase alguna persona de confianza y que pudiera vivir aquí contigo- del tirón pudo explicarse el más pequeño de los hermanos, el otro miraba para el suelo, parecía sentir reparo por no poder cuidar personalmente a su madre.



La madre cambió el color de sus mejillas y parpadeando muy ligeramente se levantó de su sillón, sacando todas sus energías, acercó su cara a la de sus hijos.

-Aquí no entra nadie que no sea de mi familia, no mientras que yo viva— aseveró algo soberbia y alargó como una cantinela la palabra viva.

Los hijos temían esa reacción, conocían toda la desconfianza y todos los miedos que su madre había vivido. Ella no tenía la culpa de pertenecer a una generación llena de dificultades y tabúes, no podían pedir flores y mieles dulces a una mujer marcada por sus circunstancias.

El hijo mayor cogió a su madre por el brazo y la sentó de nuevo.

-Bueno mamá, pensábamos que eso sería lo mejor para ti, pero si no quieres no podemos obligarte, es una opinión nuestra, lo que importa es tu última palabra y tu decisión, en tu casa mandas tú— el hijo suspiró a la vez que creyó devolver a su madre la seguridad que se merecía, ella era dueña de su casa y también de sus convicciones.

La madre respiró hondamente empapada en un ardor que desconsideraba la fuerza mayor que imponían sus hijos, volvió la cara hacía el sillón y como una niña indefensa puso sus dos manos en las mejillas, con gran desamparo afianzaba la contrariedad que esa noticia le había producido, su negativa era palpable.

—Yo no estoy enferma, ¿tan mal me veis?, si es así, me engaáis al decirme siempre que estoy cada vez mejor —volvió a suspirar rezumando el aire por la boca.

Aurora, ella creía que todavía era apta para afrontar sus años. La propuesta de sus hijos le cayó como un jarro de agua fría, además de informarla que su estado era bastante peor de lo que ella pensaba.

-Mamá, mi hermano lleva razón, la única que tiene que estar de acuerdo eres tú, nosotros te hemos comunicado una de las opciones que consideramos mejor, en ningún momento hemos pensado que tú estuvieses enferma, ya sabes que en general estás como una rosa, nunca te hemos engañado, el médico cuando te chequea nos pone al corriente de tu buena salud-.

-Ya lo noto, vosotros habéis pensado en eso sin contar conmigo, a mis espaldas, yo nunca os enseñé a actuar así, que sepáis que me ha dolido mucho, no me lo esperaba-.

-Pero mamá, eso no es para tomarlo a sangre y a fuego, estás exagerando la situación, tal vez, el día que nos pase a nosotros reaccionaremos lo mismo que tú-.

Aurora se amorró y calló, los hijos se marcharon después de que la madre quedara un poco más tranquila.

Pasó un mes del episodio, los acontecimientos en la vida de Aurora transcurrían a cámara lenta, los muebles crujían al igual que sus huesos. Ella se apañaba como buenamente podía. Algunas vecinas le traían algunas cosas necesarias y sus hijos no la abandonaban; ellos le ofrecían todo lo que estaba en sus manos, pero esos ratos no eran suficientes para cubrir toda la



soledad que Aurora arrastraba. Las noches eran demasiado largas para pasarlas sola en su estado limitado.

Una mañana se disponía para ducharse, reunió toda la ropa limpia y la puso en el baño con extrema parsimonia, volvió al salón para descansar antes de su futura batalla con el agua. Bañarse para ella era una odisea, tenía que concienciarse antes de empezar su pequeña cruzada, había de poner el agua en temperatura templada; mover la sillita de delante de la mampara; escurrir la alfombrilla del baño; abrir el tapón del gel, antes de poner un pie en el plato de ducha repasaba esos menesteres con sumo cuidado. Cualquier olvido, por pequeño que fuese, podría ser fatal para ella, en sus regulares condiciones era vital ser precavida.

Abrió el surtidor y empezó a distribuir el agua que salía con más presión que otras veces. Se volvió de espalda al grifo con la idea que no cayese fuera ni una sola gota de agua y agarró con fuerza el mango de acero. Sus piernas empezaron a resbalar por la alfombrilla plastificada, se abrían cada vez más no pudiendo controlar su posición engorrosa. Se encontraba agachada haciendo palanca con las piernas sobre los bordes del plato de ducha, muy atribulada, trataba de ponerse de pie sin ninguna posibilidad. Aurora no podía soportar su peso en cuclillas y cayó de espalda sobre la grifería. Al caer movió el sentido del grifo y se tornó el chorro a caudales sobre su nuca, no tenía juego de movimientos para llegar a cerrar con la mano el agua que caía con bastante fuerza y fijamente en el cuello. Ella tapaba con su cuerpo el conducto de desagüe, por lo que el agua empezó a anegar todo el suelo del baño. Así se pasó más de una hora, el agua salía a raudales por la puerta del piso.

El agua no se puede esconder, así que milagrosamente para Aurora bajaba escaleras abajo hasta llegar a la propia puerta de una de sus vecinas. Esta avisó a sus hijos.

Sus hijos, nada más llegar, la sacaron rápidamente de la tortura a la que había estado sometida por el incidente.

Siento haberos dado este mal rato, esta es una fechoría que me han jugado mis piernas, los hijos la tapaban con la toalla mientras la calmaban.

-Mamá, lo principal es que no te haya pasado nada, lo demás no importa-. Los pies los tenían chapoteando dentro del agua.

La madre muy pálida susurraba sollozos de impotencia, tenía la espalda amoratada y todo el cuerpo magullado. Alzó la mano para llamar a sus hijos, la voz no le salía del cuerpo.

-Buscadme a alguien para que me acompañe- los hijos se miraron aliviados y siguieron limpiando el suelo encharcado.

-¿No me habéis escuchado?- insistió su madre.

-Mamá, ahora lo más importante es llamar al médico para que nos quedemos tranquilos, a ver si te has hecho algún daño-.

-Yo ya lo he llamado— dijo el hermano más pequeño.



-No quiero que venga el médico, no ha sido nada, yo ando bien, igual que siempre, gracias a Dios solo ha sido un gran susto— agregó dando un mensaje de tranquilidad a sus hijos.

-Bueno mamá, el médico viene de camino-. Determinó decididamente el mayor.

Efectivamente, después de que el médico explorara a Aurora se quedaron más calmados, ella no tenía nada, algunos rasguños sin importancia.

El amanecer estallaba en toda la ciudad dispuesto a iluminar el nuevo día, sus destellos iridiscentes se derramaban muy despacio dominando las sombras de la noche. La escuela hogar estaba dónde Cristo dio las tres voces, un lugar aislado y terregoso, bastante alejado del centro y de muy difícil acceso. Las casas aledañas parecían chabolas, la mayoría de ellas estaban pegadas en los repechos contiguos al monte. Desde la cumbre más alta se divisaba una zona inhóspita y desarraigada. Entreverando por la base del altozano se observaba una pequeña colina, en ella se subía por una loma oblicua que conducía a la casa-hogar. La pésima practicidad de su ubicación recordaba a décadas anteriores, donde los niños abandonados se acogían regularmente en casonas apartadas.

Los chavales se encontraban en el patio disfrutando de su recreo, aunque no parecía tal cosa, reinaba el silencio en una apatía atípica con respecto a otros colegios de recepción abierta, e incluso se apreciaba un método desigual a la de un internado.

Los chicos deambulaban por las instalaciones con dejadez extrema, carecían de entusiasmo. Los monitores y educadores se forzaban arduamente en conseguir una convivencia plena y distendida, pero a veces fracasaban por todas las circunstancias adversas que esas jóvenes habían experimentado.

Los muchachos eran de un perfil muy parecido, la rebeldía se unía fácilmente con una radical falta de comunicación. La convivencia no era óptima por la inmadurez de sus pocos años. Algunos estaban allí rebotados de otros centros y de otras ciudades, mezclados, sin otros horizontes que esperar a la mayoría de edad para empezar otra etapa. Muchos de ellos no aprovechaban la oportunidad que se les brindaba de estudiar y prepararse para el futuro, se escapaban, volvían a entrar, siempre en un círculo muy reducido y limitado.

En el centro cada chaval tenía fijado su espacio, su sitio para dormir, su lugar en la mesa; su pupitre, ellos mismos eran los que marcaban esas reglas, nadie les obligaba a su cumplimiento. Rubén estaba sentado en un rinconcito del patio, se mostraba reacio a tomar el sol y se cubría debajo del entramado hasta la hora de entrar en clase. El tiempo que llevaba en ese centro era relativo, se pasaba largas temporadas escapado y luego él mismo volvía por su propio pie. En épocas de cosechas, Rubén merodeaba por los campos y se ofrecía a los campesinos para echarles una mano, ellos a cambio le brindaban sus casas por una corta temporada. Al llegar fechas de labranzas menores, Rubén volvía a entrar en la casa hogar.

Él no tenía parientes que se ocupasen de su educación, siempre había vivido solo, contaba con dieciséis años y había experimentado vivencias impensables para un muchacho tan joven. Sabía defenderse de las cosas inapropiadas sin tener conocimientos de las apropiadas. Era desdeñado en sus movimientos, muy delgado y demasiado alto para su edad. Su aspecto



andrajoso coincidía con el semblante afilado y renegrido de sus facciones, de nariz alargada y ojos achinados, parecía tener todas las razas en su cara, tenía la vejez pegada en su mirada, pensativa y dilatada.

A Rubén le llamaron inesperadamente al despacho de la directora, sentado miraba a todos los objetos de la mesa con suma atención, el pisapapeles, los bolígrafos acumulados de propaganda, la grapadora algo oxidada y un manojo de llaves viejas. No había rastro de nuevas tecnologías, seguramente el ordenador lo tenía guardado en sitio seguro, esa pieza era muy apetitosa para los muchachos y por eso lo tenía confinado y bajo llave en un cajón. Rubén se puso en pie en cuanto ella entró. Algunos modales de Rubén eran innatos a su persona, a veces, parecía un príncipe destronado por el uso de sus ademanes.

La directora era de mediana edad, delgada y menuda, por sus ojos salían destellos de sabiduría que replegaba de modo sabihondo. Para la directora suponía un gran alivio intentar ayudar y proyectar a los chicos del hogar un futuro mejor, además, el tiempo apremiaba una vez que los residentes cumplieran la edad para poder empezar un oficio. Rubén no tenía aprendido ninguno, en cambio, era avisado y algo más atento que sus compañeros. La directora empezó a comunicar el motivo de su llamada con voz bajita y secretista.

-Rubén, voy a darte una gran noticia. Te he elegido a ti, después de haber pensado y reflexionado mucho, y creo no equivocarme--se fue a la puerta y la cerró con gesto suave y sereno.

El chico miraba para el suelo, no se atrevía a mirarla cara a cara. Nunca antes se había encontrado en esa situación desde que entró en el centro. Él creía que después de tantas escapadas lo iban a echar definitivamente. Las piernas le temblaban, no tenía dónde ir, en ese tiempo no había para él cobijo en los pueblos, no era temporada alta en las tareas del campo. A Rubén le salía el desamparo por sus ojos enrojecidos, casi a punto de llorar miró a la directora cuando ella le habló de nuevo.

-El caso es el siguiente, me han llamado esta mañana por teléfono dos viejos amigos, los conozco desde pequeños, eran compañeros de colegio de mucha confianza, me han comentado que su madre necesita a una persona joven y sería para que la cuide y la acompañe. Yo he pensado en ti como último eslabón de oportunidad, después de tantas idas y venidas y de tantos problemas que hemos sufrido contigo. Tú podrías tener un oficio aprendido y lo has despreciado, nunca te has integrado al completo en este centro y sabes que al igual que a todos tus compañeros se te ha atendido lo mejor que sabemos- la mujer miraba fijamente a los ojos de Rubén, denotaba cierta pesadumbre por no haber conseguido con éxito la meta más acertada para él.

Avergonzado y completamente nervioso, no sabía qué decir. La directora llevaba razón, no sabía cómo disculparse ni cómo explicarle su necesidad de sentir cerca a una familia.

En sus escapadas a los pueblos él podía disfrutar temporalmente de esa unión y olvidarse de la carencia que obviamente sostenía el centro.

-Yo iré donde me mande, ya tengo edad de salir de aquí-- murmuró sin atreverse a alzar la voz.



En el fondo, la propuesta llenó de expectativas su estado desesperanzado. La alegría de saber que no le iban a expulsar le hizo suspirar muy discretamente. La directora continuó.

-De momento probarán tus actitudes. Las personas mayores son muy delicadas, necesitan muchas atenciones, a veces, son peores que los niños. Yo les he hablado a los hijos muy bien de ti, no me gustaría que me dejases en mal lugar. De todas formas, si por algo no encajas siempre puedes volver aquí, ya me las ingeniaría para que no te quedes en la calle. Siempre he confiado en ti a pesar de todas las veces que me has fallado, sé que en el fondo eres muy buen niño-. Ella tenía motivos más que confirmados de su valía, ciertamente, él jamás había sustraído nada de la cocina ni de ningún otro lugar, su confianza no era aleatoria y la atribuía a la naturaleza honrada del niño.

-Gracias, perdóneme si alguna vez la he desobedecido-, se disculpó a su manera. ¿Cuándo tengo que irme?- La pregunta cambió la cara de la directora, ella era tremendamente protectora con los habitantes del centro, les tenía afecto a todos aquellos que había visto crecer.

La mujer cambió la respuesta por una pregunta.

-¿Tú cuánto piensas cobrar? –dijo aguantándose la risa.

-¿Cobrar? ¿A una persona mayor? En los pueblos yo no cobraba nada, trabajaba y luego vivía con ellos-, estaba convencido de su argumento.

Rubén, esto no es un pueblo donde te marchabas temporadas de manera clandestina, tenemos leyes para todos los trabajadores con derechos y obligaciones. A ti te corresponde un sueldo y se te dará lo establecido, una vez que empieces serás dado de alta en la seguridad social, eso es fundamental para que puedas salir de aquí según las normas vigentes. -Si quieres yo te oriento de una cifra estipulada y justa- la directora se quedó suficientemente relajada al exponer su criterio.

-No me ha dicho si voy a vivir allí-. A Rubén le preocupaba bastante el lugar donde iba a dormir, la incertidumbre le podía.

-En principio sí, pero todo depende de cómo te adaptes a trabajar con una señora mayor-, no quiso prometer nada para que después pudiese fallar.

-Le agradezco esa confianza, pero quiero decirle que, aunque no esté muy preparado, ya sabía que los trabajadores tienen sus derechos y que la seguridad social existe. Aquí me lo enseñaron, el curso pasado nos dieron una charla- puntualizó para demostrar que no era tan distraído o torpe.

-Sería a la única clase que asistirías- rio la directora.

-Esas charlas duraron tres días, y no falté a ninguna de ellas-, insistió Rubén con cierto pun-donor.

-Bueno Rubén, vayamos al grano, mañana vendrán a recogerte, no me han dicho hora, así que procura tener todo preparado temprano-, ella se curaba en salud con los niños.



Se levantaron los dos, y sin mediar palabra se abrazaron. En los ojos de ambos se asomaban sentimientos muy hondos, Tanto la directora como el niño sabían que la despedida era irreversible. Rubén tenía muy claro no volver a vivir en el centro, en cualquier caso, fuese admitido o no sus pensamientos eran otros. El posible trabajo con la señora era para él una buena razón para salir definitivamente del hogar de acogida, aun así, la inseguridad de siempre la llevaba consigo.

Antes de la siete de la mañana lo tenía todo dispuesto. Esa mañana llovía bastante, era casi de noche, no asomaba apenas luz ni claridad por la amanecida. Mientras bajaba hacía la salida, el día avanzaba para cambiar el curso de los acontecimientos en su vida. Él tenía miedo, los nervios no le habían dejado dormir. La noche anterior se despidió de sus compañeros y de todos los monitores que conocía de años atrás. Todos esos cambios en tan poco espacio de tiempo alteraban la serenidad que le identificaba desde pequeño.

Los hermanos llegaron bastante temprano. El tiempo de presentación de Rubén y de saludar a la directora no rebasó los diez minutos. Los tres subieron al coche.

Seguía lloviendo, los dos hermanos parecían algo confusos, el semblante del joven era muy diferente a otros chicos de su edad, aunque su amiga se lo hubiera recomendado no les convencía del todo. Rubén miraba por la ventanilla sin saber qué decir y los hermanos permanecían callados. El coche atravesó un pequeño puente para dirigirse cuesta arriba a la autovía. Rubén notaba que el motor a medida que subía la rampa iba perdiendo fuerza, poco a poco el vehículo quedó parado en medio de la subida.

Los hermanos salieron del coche despavoridos mientras la lluvia apretaba con fuerza.

-Calma, calma, serenidad, en estos casos es lo mejor-, dijo uno de los hermanos, miró alrededor y no había ni un alma.

-Lo primero que debemos hacer es llamar al seguro- contestó el otro, a la vez revolvía en la guantera, por más que trasteaba no encontraba el papel que buscaba.

Rubén no se atrevía a salir del coche por temor a ser un entrometido, la situación era embarazosa, no sabía qué hacer, la lluvia caía a jarrillo y él estaba dentro del auto de brazos cruzados, finalmente salió del coche.

-Si ustedes quieren volvemos el coche cuesta abajo, quizás así pueda arrancar- dio su opinión con idea de ayudar.

-Si el coche está averiado es imposible que arranque –afirmó uno de ellos.

-El motor está lleno de agua, puede que tengamos suerte y que solo sea eso, ahora bien, si lo que tiene estropeado es el cárter o suelto un manguito interior, entonces es complicado que arranque-, la soltura con que Rubén explicaba la avería sorprendió a los dos hermanos.

Ellos, no fiándose de Rubén, subieron al coche e intentaron arrancar el motor de manera insistente. El mayor de los hermanos le daba a la llave de contacto una vez y otra sin conseguir resultado.



-¡Lo estáis ahogando, así se agotará la batería!- insistía el niño con seguridad.

-Bueno, a ver, volvamos el coche, pero no estamos seguros de que eso funcione- se miraron muy desconfiados.

-Como queráis, se puede intentar por si hubiera suerte- el muchacho se puso en el capó y derrochando toda su energía empujaba a la vez que uno de los hermanos se ponía al volante.

El coche quedó atravesado en el repecho, el que estaba al volante salió rápido.

-Si ustedes me empujan, yo arranco el coche-, Rubén se dio cuenta de que ellos no tenían ni idea de cómo hacer para que el motor se pusiera en marcha.

Los hermanos accedieron como último intento, los tres estaban chorreando, Rubén tomó los mandos con soltura, bajó el freno de mano y una vez que el coche cogió carrerilla metió la segunda marcha del tirón, el motor empezó a rugir antes de llegar al final del acceso, hizo un viraje y subió para recoger a los hermanos que bajaban apabullados.

Tomando una aptitud radicalmente opuesta, el pequeño de los hermanos pregunto a Rubén:

-¿Tú en donde has aprendido a conducir y a saber tanto de motores?-

-De pequeño aprendí algo con los tractores y las máquinas del campo.-

-Pues un buen mecánico tiene un gran porvenir-, el comentario era su manera de agradecer la ayuda.

-El coche tenía mucho barro en el motor— quitó importancia, su humildad era patente.

Rubén se sacudía el agua de sus ropas, quería causar buena impresión, estaban llegando a la casa que estaba en pleno centro, era un primer piso, tenía muy cerca comercios y servicios de todo tipo.

—Ya hemos llegado, vas a conocer a nuestra madre, ya verás lo bien que os vais a llevar, ella siempre ha sido una mujer muy noble y comprensiva, además de una buenísima madre—

Rubén no sabía cómo actuar, jamás había estado en esa situación, dentro del ascensor el hielo se podía cortar en trocitos, los hermanos callaban y parpadeaban rítmicamente.

-Es vuestra madre la que tiene que aceptarme siempre que yo le parezca bien- dijo sin rodeos.

-Por supuesto— contestó tajante uno de los hermanos.

La llave entraba en la cerradura, Rubén miraba para el suelo con el corazón a galope.

Hola, mamá ya estamos aquí, venimos acompañados por Rubén, sal a recibirlo.

-Estoy aquí sentada, no tengo que salir- contestó Aurora algo irónica.



-Mama, te presentamos a Rubén, el chico del que te hablamos-.

La madre antes de hablar miraba intensamente y con el ceño fruncido al niño.

-Qué pena tener que llegar a esto- suspiró largamente.

-Mamá, todos con suerte tenemos que llegar a tus años- suavizó la situación.

-Usted perdone, me llamo Rubén Expósito, estoy aquí para servirle- dijo sorprendiendo a los tres.

-Yo Aurora, siéntate y deja el macuto en el suelo- se levantó del sillón lentamente y se dirigió a la cocina.

-¿Pero, mamá adónde vas?- preguntó sin entender lo que pretendía hacer en medio de la conversación.

-Estáis chorreando, pasad al baño y secaros, voy a preparar algo caliente- dijo decidida.

Ya en la cocina, con el hermano mayor, empezó a cuchichear con secretismo.

-¿Qué me habéis traído a mi casa? Valiente cara más rara tiene el niño, parece que viene de las catacumbas-. Aurora se explayó deliberadamente.

-Mamá, me han hablado magníficamente de él, además, hacemos una obra de caridad, este niño nunca ha tenido una familia y este es su primer trabajo- trataba de convencer a su madre y también a él mismo.

Salieron de la cocina con una bandeja y tres tazas humeantes.

-Coged una taza- Aurora las ofrecía con imposición.

A Rubén no le apetecía tomar nada, estaba muy nervioso y no era capaz de tragar ni un solo buche.

-¿Cómo has dicho que te llamas?- preguntó.

-Rubén, señora, en el centro me llamaban Ru, así es más cortito- quería agradecerle a toda costa, empleaba todo su esfuerzo sacando de él todo lo mejor.

-A mí no me gusta que me llamen señora-, Aurora no era nada elitista, nunca le había gustado la pomposidad, la educación para ella era otra cosa, prefiriendo la humildad y la sencillez como virtudes.

El niño se levantó y se dispuso muy serio y servicial a recoger la bandeja, en el centro estaba acostumbrado a retirar todo lo que ensuciaba.



Aurora, sin pensar que no era una visita, exclamó.

-¡No, no, eso se lo llevan mis niños a la cocina!-

-Déjalo, mamá, él ha venido a ayudarte.-

-Bueno, bueno...pero como acaba de entrar...-

En un segundo Rubén estaba de nuevo en el salón, se quedó de pie y miró a Aurora por si le podía hacer alguna otra cosa. Por unos instantes mantuvieron la mirada, en ella gritaban la necesidad que tenían los dos de sentirse acompañados.

-Llevad a Rubén a su dormitorio y de paso le enseñáis toda la casa- ordenó a sus hijos. Ellos quedaron perplejos, creían que su madre iba a reaccionar dando largas a la situación o rechazando directamente a Rubén. Según parecía, el periodo de prueba había sido superado de manera inmediata.

Los hermanos, al despedirse, puntualizaron a su madre que el tiempo de adaptación era muy importante para una buena convivencia. Ellos no se fueron tranquilos con ese cambio repentino de su madre.

El dormitorio daba a un patio interior. Por la ventana asomaban infinidad de macetas y plantas, en esa especie de jardín particular colgaba una jaula con un precioso pájaro de bello color, los trinos cantarines animaron al muchacho que se encontraba en una situación algo violenta. Encima de la cama había puesto Aurora un pijama sin estrenar. Rubén nunca había tenido una habitación propia, en todos los lugares donde había dormido siempre eran compartidos. El cuarto, aunque sencillo, le pareció maravilloso.

Eran las diez de la mañana del día siguiente. La noche anterior, después de haber cambiado con Aurora unas pocas palabras y de asearse un poco, se fue a la cama a las diez de la noche. Rubén no se durmió hasta las tantas, daba vueltas en la cama pensando en el cambio que estaba viviendo. Él nunca había tratado con una persona mayor, no estaba seguro de poder estar a la altura para complacer a la familia. Sus hijos lo habían puesto a prueba, eso creyó entender en las palabras que dijeron al despedirse.

Se fue a la cocina y sin hacer ruido, calentó un vaso de leche, buscó un platito pequeño y posó el vaso. Con mucho cuidado se dirigió a la habitación de Aurora y pegó dos golpecitos en la puerta sin entrar.

-Pasa, pasa, ¿qué me traes? No hace falta que te molestes, yo todas las mañanas me preparo el desayuno- ella se preparaba la leche y dos galletas a las doce de la mañana, eso se lo calló.

-Vale Aurora, pero ahora se lo traigo para que usted no tenga que hacerlo- no sabía si el hecho de llevarle la leche le había agradado.

-Yo todavía puedo- contestó mohína.



La habitación de Aurora estaba muy bien ordenada, parecía que no habitaba nadie en ella. Tenía una radio pequeña en la mesilla de noche, y a los pies de la cama una coqueta con figuritas de diversos tamaños, objetos que le regalaban sus hijos cuando volvían de sus viajes. A Rubén le parecía Aurora una señora desgajada por el tiempo, no tenía brillos en los ojos, su aspecto era desaliñado, como el que tira la toalla, con algunos grados de dejadez y cansancio. Debió ser una mujer muy guapa en su juventud, le llamó la atención la extremada belleza de sus manos, eran jóvenes y las movía con elegancia y finura.

-Hoy hace un día muy bueno, si quiere podemos dar un paseo- alentó intentando animarla.

-No, no...yo me levanto más tarde, cuando quiero acordar mientras me visto y hago algunas cosillas son las dos de la tarde- cerró la posibilidad con excusas.

-Yo creo..., perdone que se lo diga, que estar en la cama despierto es cosa de enfermos-, le retó.

-Sé lo que digo, a mí me duelen mucho las piernas, cada paso es una punzada, cada vez le temo más a andar-, dijo con alguna dosis de victimismo.

-Si todos los días anda un poquito, cada vez se sentirá mejor, sus hijos me han encargado que salgamos diariamente- aseveró sus deberes.

-Mis hijos no se dan cuenta de que mis piernas no me responden, ellos no lo quieren creer- insistió con pesimismo.

-Sus hijos sí se dan cuenta, por eso estoy aquí con usted- clarificó abiertamente.

Aurora se incorporó y se tomó el vaso de leche del tirón, su cara parecía disgustada, la soledad le había amargado algunos gestos de su cara. Rubén retiró el vaso y salió de la habitación. Unos minutos después sintió los pasos de Aurora muy cerca del baño.

-Rubén, ¡mira qué apañado! ya tienes tu cuarto arreglado- hablaba por el corredor.

-¡Claro que sí!, ahora mismo le hago su cama- fue volando a hacerla.

-Espera hombre..., a mí me gusta ventilar un rato el cuarto- le advirtió sin mandato.

-Vale, vale, como usted diga- quiso decirle que quería aprender sus costumbres, pero se abstuvo.

Aurora no se acordaba de cuánto tiempo hacía de la última vez que se levantó a las diez de la mañana y tampoco de que alguien le trajera nada a la cama. Cuando vivía su marido en contadas ocasiones le trajo alguna vez el desayuno, que consistía en chocolate y churros. Esos recuerdos eran imborrables y un auténtico festín para su memoria.

-Rubén, por favor, destapa al pájaro y ponle un poco de alpiste, este canario come más que un león- cogió el bastón y más derecha que de costumbre se fue al dormitorio.



A los quince minutos Aurora salió arreglada. El niño se quedó sorprendido del cambio tan grande que experimentaba el arreglo en la señora. Parecía otra persona de la bata al vestido, tenía muy buen porte para sus años. Se había maquillado levemente y llevaba algunas joyas sencillas que lucía con naturalidad.

-Parece otra persona, una Aurora distinta- por respeto no quiso decirle que estaba muy guapa-. Ahora mismo salimos.

Yo me siento a descansar un ratito antes de salir, tú debes peinarte un poco, llevar el pelo bien arreglado es a veces mejor que un buen traje.

No estaba seguro si le decía eso por su pelo largo, o bien por la cabellera abundante y de pelo fuerte y negro que le salía acentuadamente del nacimiento de la frente. La belleza de Rubén en general era algo salvaje, no se atenía a ningunos cánones. Por su edad no estaba asentada la complexión de una persona adulta y, por otro lado, su aire desgarrado y su piel tan morena daban diversas impresiones que se mezclaban en su apariencia.

Los dos a lo lejos parecían abuela y nieto. El niño la llevaba del brazo y se agachaba para ir a la altura de Aurora, ella resoplaba por la angustia que le suponía andar en sus condiciones, el cuerpo se tambaleaba igual que un niño cuando empieza a dar sus primeros pasos. Su equilibrio inseguro hacía sus pasos torpes y lentos, el brazo de Rubén se hacía de hierro para sostener gustosamente y con cuidado la estabilidad de Aurora.

-¿Te molesta mucho llevarme? Para ti debe ser muy incómodo andar tan despacio, ahora nos sentamos en un banco de la plaza- no podía aguantar más, se tenía que sentar de inmediato.

-A mí no me molesta, ¡qué va! Para mí pasear con usted es muy bueno. Esta es la primera vez que paseo con alguien mayor que yo, además, estamos realizando gimnasia pasiva- miraba para los pies de Aurora al subir la acera.

-¿Tú nunca has paseado con nadie? —sorprendida miraba a los ojos de Rubén.

-Cuidado..., cuidado con el escalón. No, nunca- advirtió del peligro y contestó. Una vez sentados Aurora sin más preámbulos le dijo.

-Yo no tengo nietos, mi hijo mayor lleva mucho tiempo casado y no ha tenido hijos. Ellos tienen muchas ganas de ser padres, pero los hijos no llegan- dio un soplo enorme.

-¿Y su otro hijo, tampoco...?- ella no le dejó acabar.

-El pequeño hace menos de un año que vive con una chica, de momento no piensan en eso-.

-Bueno, a lo mejor pronto..., puede que usted ...- Rubén no supo acertar la frase.

-Yo ya hace mucho que debería ser abuela, siempre he deseado tener una nieta.

-Pero eso es lo mismo, nieto o nieta- aseguró que eso daba igual.



-Hombre, yo he tenido dos hijos varones, la niña nunca vino- se le endulzó la cara solo de pensar en la palabra niña.

Ya cerca del mediodía volvieron a la casa.

Pasaron así una temporada de adaptación. La magnitud de las conversaciones entre los dos fraguaba la confianza y rompía la diferencia abismal y también el desfase que existía entre los dos.

Una tarde, en una de sus salidas, Aurora no podía con su cuerpo. Había una parada de autobús muy cerca y se sentaron en los asientos.

-No sabes todo lo que daría por poder andar con rapidez- le comentó Aurora.

Al momento, se paró el autobús delante de ellos, justo se reflejaban los dos en la pintura brillante del lateral. Una vez en marcha Rubén vio cómo los dos se deslizaban con celeridad a lo largo del vehículo.

-Aurora, vamos a esperar aquí otro ratito, cuando yo le diga se pone usted de pie ¿vale?- Aurora consintió.

Pasaron diez minutos, a lo lejos se acercaba otro autobús que paró delante de ellos, el chófer creyó que esperaban a subirse. Los dos se preparaban muy atentos, Rubén delante y Aurora un poco más atrás.

-¡Ahora, ahora! póngase de pie. Mírese, mírese... ¡ve, que rápido anda!-

Una vez que el autobús arrancó, ella se vio reflejada en él. Andaba rápida como una centella a través del efecto animado que emitía el movimiento del bus acelerando.

Las carcajadas de los dos se oyeron retumbantes en la calzada. Aurora sentía la misma sensación que una niña en plena trastada, se sentía bien.

-Será posible, que tontería más grande, ¡qué risa!- estaba eufórica.

El niño se sentía contento por la respuesta de Aurora. Le sorprendió la reacción positiva de la mujer que, por sus años, podría haber sido menos divertida de lo que esperaba.

Las sensaciones se sucedían para Aurora en un transcurso sosegado de tiempo, la serenidad la configuraba el espacio de ritmo templado y calmoso que necesitaba. El silencio que sabía ofrecerle Rubén en sus horas de sueño y siesta, las jugaditas al parchís en los momentos adecuados; las noches de televisión, donde Aurora determinó un consenso para tener el mando repartido, es decir, una noche Rubén y otra ella. La noche que le tocaba al niño, Aurora roncaba entre fútbol, carreras y vueltas deportivas. Después de tres meses de convivencia se placía en Aurora la comodidad y la compañía, para Rubén el grado de familiaridad que respiraba no lo había experimentado jamás tan continuadamente. En su relación atípica no se distinguían las fuerzas mayores de los dos, a menos sus circunstancias.



El invierno se les había echado encima. Esa mañana, a Aurora no le apetecía salir, cogió papel y lápiz, y se lo entregó a Rubén para que hiciera la lista de la compra.

-No, no hace falta. Usted me dice las cosas que quiere comprar, yo me acuerdo seguro de todo- devolvió la nota en blanco.

-Lo mejor es apuntarlo, luego se te olvidarán cosas- qué raro, pensó refunfuñando por dentro.

El chaval trajo todos los mandados sin faltar nada. Al día siguiente fueron los dos a comprar. Eran las doce de la mañana, hacía mucho tiempo que Aurora no se acercaba al mercado municipal. Los tiempos en que iba a diario ya ni siquiera los recordaba. El mercado estaba completamente cambiado, empezando por no conocer a ninguno de los tenderos. En la pescadería había un buen número de clientes, la mayoría mujeres, que, para variar, son las únicas que parecen ser las responsables de proveer el sustento de sus familias. Ellas parecían ansiosas con el tema del turno y de la vez. A raja tabla seguían las normas sin pasarse ni un ápice. Rubén, viendo que ninguna persona de la fila reparaba en la presencia de una persona mayor que espera de pie con cierta dificultad, exclamó bien alto:

-¿Qué le pasa Aurora? ¡Ay...ay...se está mareando!-

El pescadero al momento sacó un banco fuera del mostrador y apartando a los clientes le dijo: -Siéntese señora, eso no es nada, no se apure, ahora mismo le despacho lo que me pida.-

Todos los presentes hicieron un revuelo bastante exagerado, cercaron a Aurora y la abanicaban con todo lo que tenían a mano. En menos de cinco minutos Rubén tenía el pescado comprado y pagado.

Ya fuera del mercado, el niño miraba fijamente a los ojos chispeantes de Aurora. Ella no se atrevía a reírse públicamente, tenía miedo de descubrir la pequeña trampa de Rubén. Nada más pisar el portal, Aurora rompió a reír con todas sus fuerzas, juntando las piernas graciosamente mientras corrían por sus ojos lagrimones que denotaban la explosión de carcajadas que salían justo por la situación en que el niño le había implicado con descarada picardía. El estallido de las risas subía siseando por el hueco de la escalera.

-Pero bueno, vamos a ver, usted no podía estar allí a pie firme media hora- sonriendo socarronamente se justificó.

-Tú eres un pillo de mucho cuidado, ya te voy conociendo, seguía riendo-. Mira, el chiquito bolero no aguanta más, como no subamos de prisa me hago pipí encima.

-¿El chiquito bolero? Rubén al preguntar cayó en seguida lo que era- las risas seguían sin límites, igual que el estado de felicidad que planeaba entre los dos.

Las atenciones de Rubén compaginaban con la solicitud que Aurora necesitaba. Ella paulatinamente iba reclamando día a día la ayuda del niño. Cada vez le costaba más hacer las cosas cotidianas, ducharse, cocinar; lavar la ropa diaria. Él se prestaba a todo con gran interés, pero no le quitaba su puesto, esperaba a que Aurora le pidiera ayuda.



Algunas veces, la mujer se sentaba en la cocina y con maestría le decía a Rubén los ingredientes y condimentos que había que poner en los platos que él cocinaba bajo su dirección.

Una mañana se oía por la casa un sonido melodioso y armónico, salía del patio. Las piezas se sucedían sin terminar, los golpecitos entre las cuerdas interpretaban variadas canciones de consagrado éxito, “Clavelito”, “Volver”, “Las Mañanitas” etc.

Despierta, niña despierta, mira que ya amaneció... —Aurora se plantó en el patio en camisón canturreando al compás de la bandurria que tocaba el niño.

-Me la he encontrado en el altillo de mi habitación, estaba guardando mi mochila grande y apareció en un rincón, ¿No le habrá molestado?- dijo titubeando.

-No hijo, nunca me habías dicho que tocases la bandurria, me gusta mucho la música. Esa bandurria era de mi hijo el mayor, en sus años de estudiante estaba apuntado a la tuna universitaria, aún estará por ahí el traje, esos tiempos pasaron en un soplo-.

-Usted tampoco me había dicho que cantara tan bien- Rubén en seguida comprendió la añoranza de Aurora.

Por un momento hubo un largo silencio que sólo rompía el canto interminable del canario.

-¿Cómo aprendiste?- preguntó con gran curiosidad.

-Me enseñó mi hermano, mi único amigo. No éramos hermanos de verdad, pero nos llamábamos así, él una mañana se marchó del centro y nunca más lo vi- bajó la cabeza y miró al suelo fijamente.

En todas las partes del mundo ocurren para algunos niños la inexistencia de apego y compromiso afectivo. Se defienden sin amigos, sin familia, en una espiral de acontecimientos fortuitos y nada planeados. Justo al revés que los demás niños que suelen estar protegidos de por vida por su entorno más próximo, a veces, ese gran celo por parte de sus mayores estropea para siempre a los pequeños. Esos dos extremos deberían unirse para mantener el equilibrio, pensó Aurora desalentada y cabizbaja.

-Creo que llevas pasado mucho para ser tan joven- esa frase le salió del alma, Rubén no le contestó.

Aurora cambió radicalmente el discurso y atacó.

-He observado que no sabes leer-.

El niño se ruborizó, los colores le salían por los pómulos a la vez que se inundó de sudor. Esa vergüenza era su gran secreto, lo ocultaba a cal y canto.

-Yo siempre le he comprado todo de memoria, no me olvidaba de nada- de alguna manera se disculpó.

-¡Eso no tiene nada que ver, saber leer es todo, es muy importante!- dijo Aurora enfascada.



-Ya es tarde..., para aprender- se negó toda posibilidad.

-¿Cómo dices? Esta tarde, sin falta cuando abran la papelería de la esquina vas a comprar cuadernillos de Rubio, empezaremos desde abajo, yo te enseñaré lo que sé y lo que pueda-

Igual que en un colegio estipularon una hora fija. Cada tarde Aurora se sentía útil y como una auténtica maestra repasaba cada hoja con entusiasmo y paciencia. Ella misma se sorprendía de la escondida capacidad que derrochaba para un reto tan sublime. Rubén aprendía muy de prisa gracias a su magnífica memoria, para el niño era como coser y cantar, tener una maestra cualificada y particular, era impensable en su situación. La motivación les servía a los dos.

En poco tiempo Aurora buscaba entre sus libros una novela juvenil que a sus hijos les gustaba leer, “El Conde de Montecristo”.

El chaval leía a trompicones y silabeando, pero leía. Empezaba a escribir simultáneamente fraseando palabras sueltas y fáciles. Para él eran símbolos que se cruzaban entre sí.

Una de las tardes, en las intensivas clases, sin venir a cuento el niño reafirmó el agradecimiento con unas palabras que la mujer no esperaba.

-Usted es mi familia, creo que no me debería pagar nada por estar aquí en su casa-

-Si soy tu familia no me debes llamar de usted- asentó de manera cortés.

-Algún día le tutearé. Ahora, cuando vamos del brazo me siento orgulloso de llevarla, cuando era chico pasaba de todo, no me comía el coco, pero luego, algo más mayor, volvía la cabeza para mirar a los niños agarrados a sus padres...-Rubén se echó a llorar.

-Tú eres lo mejor que me ha pasado en estos tres últimos y largos años. Me resistía a que viniese alguien extraño a mi casa, a vivir aquí, y ahora me siento muy a gusto contigo. Anda, tráete la bandurria y toca algo alegre-

Rubén en el momento que empezó a tocar se le fue iluminando la cara borrando toda tristeza. Aurora bailaba, sentada moviendo los pies y la cabeza muy graciosamente.

La armonía, la sensatez y el respeto se hacían cómplices.

Pasaban los días como de puntillas. En su círculo transcurría una nueva etapa que crecía alrededor de seguir aprendiendo vivencias extraordinarias, giros imparables y continuos que imparten en los humanos situaciones sorprendentes. Independientemente de los años que se tengan esa fuerza irrumpe y administra su mandato de manera inevitable. Así, Aurora, a sus muchos años, empezó una nueva vida. Así también, Rubén, en su adolescencia, emprendió una fase absolutamente diferente.

Una de las noches, que se disponían a acostarse la mujer llamó a Rubén.

-Mira, tengo la cabeza echada a volar, anoche te lo iba a decir, pero entre una cosa y otra se me olvidó. Bueno, el otro día hablando con mi hijo, le pregunté si dan cursos de mecánica, de



estos sencillitos para empezar desde abajo. Él me dijo que sí, existe una academia oficial que los imparte, son de pago. Si quieres mañana temprano vas y te enteras de todo- ella ponía toda su energía dirigida al futuro del niño.

Rubén ya le había comentado semanas anteriores su afición por los motores y la mecánica en general.

-Yo estoy al cuidado de usted, no puedo dejarla sola, mi tiempo es para acompañarla durante todo el día, así lo hablé con sus hijos. Además, me siento muy seguro aquí a su lado, vivir en la casa que nunca tuve es para mí mucho más que un trabajo- se recogía el pelo de la cara estirándolo hacia atrás.

Lo que digan mis hijos me da igual, tú no les hagas caso. Ellos podrán mandar en sus casas, en mi espacio mando yo, lo demás para mí es cascarilla. Ellos son los dos maravillosos hijos, yo respeto sus estilos de vida y el límite está medido, por eso lo que diga de puertas para adentro queda dicho. Mis hijos siempre han aceptado mi última palabra –Entretanto movía la cabeza-. Yo quiero que tú hagas ese curso, debes tener un oficio aprendido para tu futuro.

Ambos se incluían en un propósito nada crepuscular y vivo.

-Vale Aurora, yo me enteraré, pero si es de pago...- Aurora no le dejó acabar.

-Rubén, yo he ido guardando las pagas que te negabas a cobrar, están en una cartilla del banco que tengo en ese cajón del mueble. Mira, a mí me han pasado en la vida muchos chascos, y algunas veces, he sido la última mona. Por ese motivo he querido que mis hijos estudiaran y tuvieran un buen porvenir. Para ti quiero también lo mejor-.

-Aurora, me trata como la madre que nunca tuve, alguna vez la llamaré de tú-. En todo caso, él asemejó un afecto maternal por Aurora.

Yo también, a veces creo que soy tu madre, pero eres muy chico para poder serlo.

-Aurora quisiera hacerle una pregunta-.

Dime, -pregúntame lo que quieras- el interés de Rubén le fascinaba.

-¿Usted ha estado contenta con su vida? Quiero decir en general-.

Antes las mujeres se casaban para salir de casa de sus padres y poder ser algo más independientes, luego al final se metían en otra casa y seguían dependiendo igual o más que estando solteras. De manera que en esa ruleta andábamos todas las de mis tiempos-. Aurora tomó su pañuelito y se lo pasó por los labios suavemente. A Rubén no le quedó muy clara la respuesta, aunque sí la explicación.

-¿Tampoco tenía usted amigos?- Siguió preguntando. -Aquí no viene nadie más que sus hijos-puntualizaba e interrogaba sin ninguna expectativa, solo quería saber de sus experiencias, a Rubén le parecía una mujer muy inteligente y muy puesta en la modernidad.



-Mi adolescencia fue complicada. La guerra estaba terminando, era muy cruel para los niños presenciar esa barbarie y esas calamidades. Yo me críe sin fiarme de nadie, la desconfianza era la aliada de muchas personas, a eso me agarré para luego quedar marcada toda mi vida por esa negatividad. Esas secuelas quedan patentes, son difíciles de quitártelas de encima-. Aurora miraba a la ventana.

-Mañana vamos a comprar al mercado, ya verá lo pronto que haremos la compra, luego iremos a la parada del autobús y...- el niño reía, lo decía con retintín y para cambiar la cara de tristeza que se le había puesto a Aurora.

-No..., no, Rubén esas bromas no tan seguidas, no se debe abusar- se quedó muy seria.

-Yo quiero que usted lo pase bien conmigo- lo dijo también muy seriamente.

-Mañana vas a lo del curso, luego ya veremos lo que hacemos. Tú allí harás buenos amigos, a tu edad tener amigos es muy importante, ya verás el cambio tan bueno para ti-.

-Aurora, antes no tenía a donde ir, no me esperaban en ninguna parte. Cuando me escapaba del centro no iba a ningún sitio fijo, salía de allí sin saber a dónde ir, casi siempre terminaba en uno de los pueblos situados muy cerca del centro-.

-Yo hace mucho que no salgo sola, no podía ir a ninguna parte-.

-Estábamos los dos iguales, usted sin poder ir y yo sin saber a dónde-.

-Ahora es distinto. Contigo el tiempo se dispone mejor, el día a día se me hace mucho más corto-.

-Uy... Aurora, ¿más corto? Son las dos de la mañana- los dos entraron al pasillo camino de sus dormitorios. Antes de entrar a la habitación, Aurora se volvió para hacerle a Rubén un ofrecimiento muy sincero.

-Mi casa es tu casa, siempre tendrás aquí tu lugar-el joven complacido afirmaba con la cabeza en pequeñas secuencias.

Se sentía contenta y pletórica, no se acordaba de aquella última vez que le puso tanto énfasis a algún asunto de su incumbencia, todo lo remoto estaba aplazado en otra dimensión, le importaba el presente y vivía apegada a lo inmediato y a todo principio realizable. En su tesis inscrita en el hoy no cabía el mañana.

Dejando a un lado las turbulencias que crea el tiempo y la distancia, su segundo resorte era la templanza. Toda iniciativa sopesaba en la lucha ya sabida y ganada, como hábil soldado que derrama sudor por la lucha victoriosa, en su refugio débil acumula toda su energía para aprender a ser feliz.

Pasaron unas semanas, todo se desenvolvía tal cual lo previsto. Rubén empezó el curso alternando perfectamente con su responsabilidad con Aurora.

Una de las mañanas sonó el teléfono muy temprano. Era su hijo mayor.



-Mamá, te tengo que dar una gran noticia, vas a ser abuela. ¡Es maravilloso! No podía esperar más, anoche fue confirmado. ¡Soy feliz!-

-¡Abuela..., voy a ser abuela! ¡Enhorabuena hijo! Venid por aquí, quiero daros un beso fuerte a los dos-

Cuando colgó el teléfono Aurora se echó a llorar de alegría, parecía que todo aquello que se ha de vivir debe ser cumplido. Iba a ser una abuela muy mayor, pero al fin y al cabo se verificaba lo predestinado para su existencia.

Todo lo que ha de ser vivido acaba por suceder.

-Ru, esta tarde te invito a lo que quieras, tenemos que celebrar la gran noticia- era la primera vez que llamaba Ru a Rubén.

-Si me invita tiene que andar un poco más y llevarme a la heladería esa que nos gusta tanto, hemos de celebrar la gran noticia- la heladería quedaba a un cuarto de hora de su casa, para Aurora esa distancia le suponía a sus piernas recorrer medio mundo.

-Rubén, tráeme por favor la bolsita de las pinturas de uñas, está en el segundo cajón de la mesita de noche, quiero pintarme las uñas en granate- hacía una eternidad que no le apetecía pintarse las uñas en colores vivos, ella mantenía su coquetería en fracciones dosificadas, dependiendo de su estado de ánimo, ese día para ella era especial.

A las siete de la tarde iban los dos de camino a la heladería. Aurora iba más erguida que de costumbre, los pasos los afianzaba desde el brazo del niño. Se había puesto su mejor traje, los complementos iban a juego armonizando con el conjunto que había combinado con extremo detalle. La elegancia se mezclaba con su apariencia relajada y serena. Rubén, desde que vivía con ella había experimentado un gran cambio, Aurora le aconsejaba en pequeñas variaciones que él atendía sin oposición, llevaba el pelo hacía atrás cogido en una cola espléndida y brillante, el verdoso aceitunado de su piel había variado en algo más dorada, en su vestimenta había cambiado algunas prendas por otras más modernas. El chaval lucía con naturalidad y soltura toda la ropa que estrenaba, su altura le ayudaba favorablemente a tener un aire esbelto, bastante más actual que cuando Aurora lo conoció.

Se pararon unos minutos para que la mujer descansara. Rubén le dijo:

-Aurora, esta mañana en el curso ha venido un jefe de una empresa de automóviles muy importante. Justo cuando se iba a marchar su coche no funcionaba, yo me acerqué y empecé a tantear el motor, me subí al coche y arrancó a la primera- el niño lo contaba muy satisfecho a la vez que sonreía. -el hombre me ha propuesto que cuando acabe aquí podría hacer en su empresa un curso de “diagnóstico del automóvil”, eso es en Madrid- bajó la cabeza con algo de incertidumbre.

-Eso es estupendo- dijo Aurora al instante. -¿Cuánto tiempo te queda para acabar el curso?- preguntó sabiendo que ese tiempo era justo el que le quedaba para que él se marchara de su casa, el corazón le palpitaba entre la alegría y la tristeza.



-Algo menos de un año- Rubén temblaba, sobre su cara se deslizaban lágrimas que caían por su barbilla.

-Para entonces seré abuela, tendré otra vez un niño en casa-. Aurora se cogió a la mano de Rubén, igual que una madre la acariciaba dulcemente, no lloraba, pero tenía ganas de gritar por esa especie de despedida lenta.

Rubén se acercó a la cara de Aurora y la besó repetidamente en la mejilla, su propia reacción le sorprendió a él mismo, no podía imaginar que pudiera besar a la mujer que tanto respetaba con la confianza que lo había hecho.

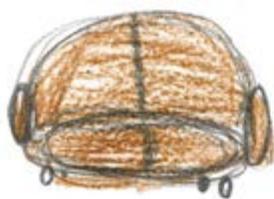
Era la fuerza del amor y el afecto. Nada puede contra ese bien.

-Tú vas a ser abuela, vas a tener un bebé en tus brazos de tu sangre, estoy seguro que todos los deseos buenos se cumplen alguna vez- era la primera vez que hablaba de tú a Aurora, le salió de manera auténtica y nada premeditada.

-Sí Rubén, todos los sueños se cumplen alguna vez..., contigo también se ha cumplido que se puede querer mucho a las personas, aunque no lleven tu sangre, eso lo he aprendido a tu lado- Aurora se dio cuenta perfectamente que el niño le había tuteado, no quiso hacer alusión al signo de confianza que agradecía y deseaba.

-Sí Aurora. Mira, ya estamos llegando- todavía llevaban sus manos unidas.

El sol de media tarde seguía sus siluetas lentamente, en su dulce baile unía a los dos en una sola persona.



PARA TÍ, ALLÁ DONDE ESTÉS

Ana Aurora Morillo Álvarez

Cuando sonó el teléfono, sabía que podría ser el aviso de algo que, aunque esperado, nadie deseaba oír. Al descolgar, oí a mi hija decirme: “la abuela acaba de dejarnos, se nos fue”. Sentí una punzada en el pecho que me traspasó el corazón.

Mamá ya estaba en el tramo final de su azarosa vida, nunca se lo pusieron fácil, pero pienso que fue una mujer feliz con su destino; nunca se revolvió contra él. Fue buena hija, buena hermana, buena compañera y esposa y mejor madre.



Alex y Dani

Papá y yo le habíamos dejado un par de horas antes, postrada en su cama del hospital, ya sin fuerzas para seguir luchando por su vida. Era una calurosa tarde del mes de agosto.

Quise sacar a papá de la habitación, llevarlo a casa, que respirara un poco de aire y que descansara algo; no fue fácil hacerlo. Separarse de su mujer era algo que nunca entraba en sus planes de hospital. Su día a día era estar sentado en un sillón, pensando que su querida esposa y compañera seguiría con él, saldría de allí y volvería a casa de nuevo y si algún día todavía lejano tenían que partir, lo harían juntos.

Por todo esto, cuando recibí la llamada de su fallecimiento, se me paralizó todo mi ser, por mi dolor y por el dolor de mi padre.

¿Estaba yo preparada para decirle que mamá nos había dejado?

Fueron momentos muy rápidos y muy duros, me fui a buscarle y cuando poco a poco me iba acercando a él, me miró fijamente y no hizo falta decirle nada, solo le escuché gritar: no, no, no. Se fue hacia la pared y se dio cabezazos contra ella. Jamás podré olvidar esa escena y esos momentos.

Vino a vivir a casa. Mi madre, en su cama de hospital, cuando apenas tenía fuerza para hablar, me susurró “no abandones a tu padre” y yo ese no abandono, lo sentí como “que forme parte de tu hogar”.

Mi hogar, se convirtió en su nuevo hogar. Parte de él adaptó sus necesidades, para así poder compartir con nosotros los años que le quedasen de existencia. Se sintió feliz de verse arropado y querido por su familia, pero a la vez su tristeza empezó a ser infinita. El que siempre había sido una persona alegre y vital, fue dando un retroceso que costó mucho trabajo y esfuerzo revertirlo.

Sus días fueron pasando y no hubo uno solo en que no le encontrara con los ojos húmedos, recordando a su mujer y sin entender cómo se había ido, lo injusto que había sido. No quería entender que estamos de paso, con enfermedades y que la vejez no perdona... y así pasaron tres años.

Fui feliz teniendo a papá en casa; la convivencia era buena. Algo tan simple como empezar el día y verlo en la cocina preparando su desayuno; él era muy independiente y activo, era todo un disfrute.

El primer año fue el más difícil y duro, me dediqué mucho a él; intentaba sacarlo adelante, aminorarle su dolor. Fue complicado y penoso emocionalmente. Fue todo un reto para mí, con trabajo y familia... pero todos colaboramos y ese esfuerzo fue dando sus frutos.

Siempre había sentido admiración por él, por lo buena persona que era, siempre colaborador en casa, siempre estaba ahí en los malos y buenos momentos y, aunque estuviera cansado, agotado por su trabajo, triste, abatido, siempre tenía una palabra y una mirada que te hacían sentirte mejor.

Bueno, también tenía su temperamento y genio, pero sabía controlarlo y gestionarlo y eso hacía más cómoda y querida su presencia.

El segundo año con nosotros, sin olvidar a su querida mujer, anímicamente se sintió mejor, más vivo, más participativo. Se daba largos paseos. Le cogió el gusto a ir al mercado, a comprar el pan a diario. Yo le dejaba hacer (a veces sus compras no eran necesarias) pero que decirle; lo veía tan bien, tan integrado y a veces hasta tan alegre, que me sentía infinitamente bien de tenerlo a mi lado y participar de esos momentos.

Compraba la prensa a diario y la leía muy tranquilamente. También empezó a leer libros que teníamos en casa y algunos que se le compraron ya a su gusto y con el texto más grande, pues su vista empezaba a fallar un poquito. A veces me asomaba sigilosamente a su habitación y, sin que él se diera cuenta, le observaba leyendo delante de su escritorio, donde a él le gustaba leer, remirar sus fotos y organizar sus horas, sus días. Para mí esto era un disfrute.

También recuerdo que cuando tenía que ausentarme algunos días de casa, por cualquier motivo (esos años procuré que fueran los mínimos), no le gustaba.

No le dejaba solo, iba a convivir con otro hijo, mi hermano, y le dejaba con mucha tranquilidad, pero eso no lo llevó nunca bien; decidí que tenía muchos años y no le gustaba trasladarse a otra casa y me decía: “cuando tú tengas mi edad verás como te acordarás de lo que te estoy diciendo ahora”. Y quizá tuviera razón. Con tantos años, te adaptas a una rutina y cualquier cambio te puede alterar y realmente ese alteraba mucho, pero su protesta era muy pequeña.

Cuantas conversaciones y cuantas historias nos contó en ese tiempo que estuvo en casa. Eso que llaman a veces las batallitas de los abuelos, pero era mucho más que “batallas”. Había tanta riqueza en su larga vida, tanto que contar, que ahora siento no haber tenido más tiempo para haber ahondado aún más en sus relatos y vivencias, siempre nos quedamos cortos con ellos. Este segundo año seguí siendo feliz teniéndolo a mi lado.

Ya en el tercer año, su salud empezó a resquebrajarse, la edad no perdonaba, ya iba para los 88 años y sus dolencias y enfermedades, hasta ahora controladas, se empezaron a descontrolar y, en agosto, igual que mamá después de varios meses de entradas y salidas del Hospital, un día no pudo más y quiso reunirse con su añorado y gran amor. Se fue y me dejó un gran vacío.

Tardé tiempo en recuperarme. Lo buscaba por la casa, sentía como su presencia, le hablaba. Aún hoy, escribiendo todo esto, se me siguen resbalando unas lágrimas de sentimiento, de toda la felicidad que me dio durante toda su vida y sobre todo en esos tres últimos años, donde



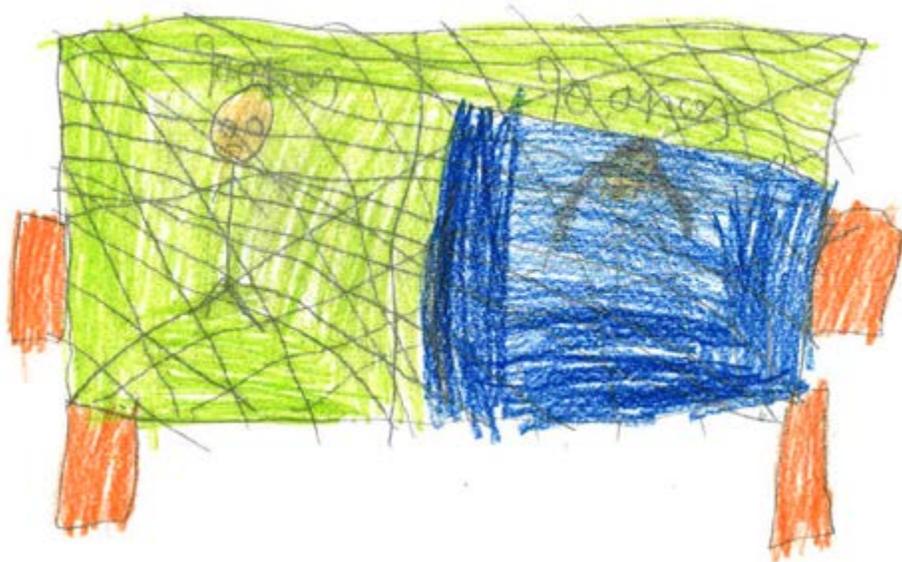
pude disfrutarlo de una manera muy distinta a cuando naces y vas creciendo en familia. Ahora el recuerdo de mis padres, la fuerza que a veces me dan, me ayudan mucho emocionalmente.

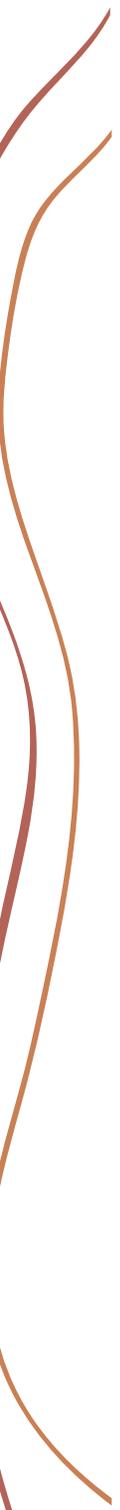
Esto ha sido como un homenaje a mis padres, sobre todo a papá por esos tres años en su vejez, que pude convivir y compartir con él en familia.

De verdad que a estas alturas de mi vida, con tantas vivencias, unas mejores, otras peores, pero rica también en experiencias, puedo decir que ese periodo de tiempo fue un auténtico regalo para mí y algo muy gratificante para recordar. Y dirán: “pero viviste y creciste con ellos, con él”. Y sí, claro que sí, nacemos, crecemos en el seno familiar, pero eso está dentro del curso de la vida.

Después dejas el nido y organizas tu propia familia y ellos quedan como en otra parcela y es por eso que volver a reencontrarte en la madurez con la vejez, si hay buena convivencia, como a mí me ha pasado, es algo emocionalmente grande y recomendable. ¡Hay que experimentarlo!

Nuestros mayores, si no podemos tenerlos en casa, porque no siempre es posible, estén donde estén, háblales, acarícienles, abrácenles y démosles todo el cariño que se merecen. No los apartemos de nosotros, cada uno en la medida de lo que les sea posible. Hagamos que, en esta etapa final de la vida, sean felices, vivan tranquilos, en compañía y sin carencias afectivas. Todo esto seguro que nos reconforta y nos va a hacer sentir orgullosos y satisfechos con nosotros mismos.





PIROPO A MÁLAGA

Salvador Cañete Mata

Nací en Málaga, cantaora y marinera que tiene por falda el mar y su sierra por peineta. Mi tierra bendita donde yo nací; de mi amor eres mi ilusión, formando parte de mí; porque con tus olas bañas la farola de conchas y caracolas, y por eso te tienen que decir: ¡bonita! Con toda la razón, con tus mujeres tan hermosas y con ese sol.

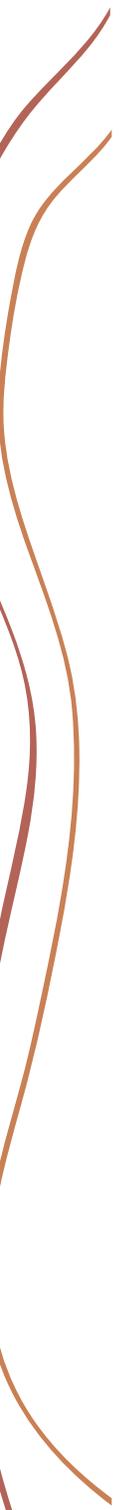
Qué bonita está mi tierra al amanecer del día, que se adorna con su sol a las claritas del día. Hueles a rosas y biznagas, a geranios y azucenas, te quiero más que a mi vida y esa es mi Málaga la Bella.

Fenicia, cristiana y mora, con ese mar impetuoso y sereno, que cuando oscurece te piropean hasta los luceros. Siempre está llena de arte, de salero y simpatía.

Por tu historia y tus raíces, siempre te llevo y te tengo en el alma mía.



Eduardo



POEMA DE MÁLAGA A MARTÍN CARPENA

Rosario Alcalde Lázaro

Desde el norte arrecian fieros,
vientos de pólvora seca.
El Real viste de luto
con una peineta negra.

El cuarto de los jinetes,
con la mirada de
piedra, ladino para en la
puerta de José Martín Carpena.

Que han decidido que hoy
debes cumplir tu condena;
a muerte por ser del pueblo,
a muerte imponen la pena.

Que los jueces que la dictan
a suerte la vida juegan,
en una siniestra timba
de balas y metrallitas.
¡No salgas José María!,

¡No te asomes a la verja!
La Parca te está esperando,
sin pestañear acecha.
¡Volved a la madriguera!
con las demás bestias fieras,
que este pueblo no comprende
vuestra vil macabra jerga.

Y no llega el ruin delirio
a las barcas que faenan,
silentes las mece el viento.
¡Ay, si El Piyayo viviera!...

Aquí sabemos de risas
y paseos en la arena,
de devoción al CAUTIVO
y al Santo Cristo de MENA.

Málaga repudia, ¡infames!
vuestra intolerancia ciega,
y la maldita metralla
que no entiende de noblezas.



Desde la sierra de Ronda
hasta el valle de Antequera,
de Marbella a la Axarquía,
un grito unánime suena...

¡Guardaros vuestras consignas
y los mensajes de guerra,
que no responde a vilezas
la insigne Málaga vieja!

Una guitarra que ahoga
una elegía en sus cuerdas.
Notas de sangre en el alma,
un verdial que atraviesa.

Con un cante ronco y quedo,
un romance que recuerda,
una lápida imposible
a José Martín Carpena.



RELATO NOSTÁLGICO

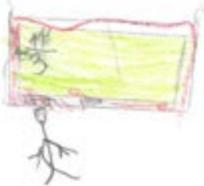
Juan Andrés Muñoz Soto

Una mañana me desperté tras una noche de sueños que me hicieron recordar mis años jóvenes. Cuando me encontré con mis nietos se me ocurrió compartir con ellos mis recuerdos y comencé a escribir este relato nostálgico.

En mi juventud hace ya más de 50 años me gustaba escribir poesías y todas las fases de mi historia se ven reflejadas en estos poemas que termine llegando ya a la madurez...

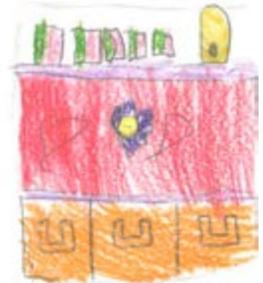
Niñez:

Al final del camino
entre etapa y etapa
Está viejo colegio
con su pizarra verde
tabique de mi alma
donde habita perenne.



Olor a lápices y pupitres
presentes aún en mi mente
y entre recuerdos alegres
días de invierno triste
donde la lluvia mojaba
pensamientos inocentes.

País mágico,
alucinante, diríamos hoy,
donde lo pequeño se agrandaba
hasta parecernos gigante,
eternas noches de aquelarre
cuando el trueno se enseñoreaba
produciendo ruidos inexplicables.



Ojos abiertos de par en par
ventanas de la niñez,
donde asomar asombros
ante el primer mar
o las primeras nieves...

Desfile de recuerdos,
trozos...

La esperada noche de reyes y como un estallido
los primeros cohetes.

Elena

Juventud:

te echo de menos
te dije adiós
te quiero aún.

Afán inmenso por lo nuevo
de conocer el mundo,
de poseerlo...
Recuerdo tu sueño
suave balanceo,
tu llanto triste
de niño enfermo.

Qué caprichoso eras...
medías las olas,
jugabas con ellas,
pasando a su través
elevabas tu proa,
después caías
-entre espumas dejando tras de ti
un saludo
una estela
un poema

A veces, las olas,
se hacían enormes,
engañosas, peligrosas...
Te ponías en guardia,
acelerabas tu corazón,
encarabas por derecho,
con decisión,
aparecías de pronto
en la cima de la ola
como un monumento,
después te perdías
hacia adentro,
reaparecías orgulloso
jadeando, chorreando...

Agua y sal,
espuma y viento.
Te echo de menos
te dije adiós
te quiero aún.



El primer beso...

En un día triste y gris
de este invierno frío
busco profundo y lento
en mis recuerdos alegres.

Me pareciste mágica,
entonces vestía tu cuerpo
de seda blanca
y tu mirada de estrellas
brillantes, fugaces.

Recuerdo aquel atardecer...
cuando un beso te pedí
me dijiste: no te prives
Y atrevido te besé
quedando entre tus labios
prendido apresado y dulce.

A pesar del tiempo
aún recuerdo los caminos
de aquel intrincado cruce
donde el primer beso te pedí

Me dijiste: no te prives y atrevido te besé
Quedando desde entonces
inmerso
en el océano de tu amor
inmenso.

El amor:

Te amé,
me disté un mundo
para mí desconocido,
llegué a pensar
que todo era olvido
más renací de nuevo
siendo frágil al principio.

Un día me amaste
sobre mi espalda
dibujaste un mapa
sin fronteras,
sin límites,
abierto al infinito

como si antes
no hubiera existido
estando tú
desde el principio.

Madurez:

Callado y mítico
el sol poniente
se reflejaba alegre
en gotas de lluvia
siendo iris un instante.

Al cabo, un abrazo
que aún hoy perdura
vivo y nítido en mi pensamiento.
Y tú, sol, escondiéndote
-como avergonzado
No sabemos bien de quién
iluminabas tenue
de rosa y violeta
la orla de nubes
que te despedía curiosa.

Ella y yo mirándote,
sintiéndote, diría mejor,
al unísono, a la par,
queriéndote grabar
en el recuerdo a fuego
para que te quedases siempre.
Para que cada tarde
te instalases cómodo
en nuestro paisaje
adornado un amor
que tantos amores te tiene.
Quédate sol poniente
en nuestro ocaso tardío rojo, pesado y lento
como las tardes de estío.

Nostalgia:

Y al final del camino
-como dijo el poeta:
“Todo pasa y todo queda...”
Pero de vez en cuando
mientras el tiempo avanza
y el corazón retrocede,



ves la pizarra verde,
huele a lápices y pupitres,
como si el ayer fuera hoy,
como si no hubiera etapas
como si no existieran
tabiques en el alma.

Mi nieto mayor se acercó a mí y sus palabras fueron cariñosas...Abuelo eres un buen escritor. ¿Por qué no sigues escribiendo? Podrías enseñarnos muchas cosas de tu vida que no conocemos... nos has contado tu primer beso, pero como conociste a nuestra abuela. -Verás le contesté-, cuando conocí a vuestra abuela yo era muy jovencito hoy ya tengo los 70 cumplidos y con 21 años volvía de hacer la mili que entonces era obligatoria y en el tren conocí a una muchacha de la que me quedé prendado. Su sonrisa, sus ojos y su mirada y cómo no el tono de su voz... cuando se levantó del asiento pude ver su figura de la que me enamoré a primera vista. Después empezamos a salir y conocí su forma de ser y su carácter alegre y fuerte. Empecé a escribirle poemas que se los leía por teléfono y también nos contábamos el día a día entonces no había móviles ni internet. Hoy día me gustaría poder manejar las nuevas tecnologías, me gustaría seguir escribiendo como este feliz cumpleaños que le dediqué y lo he adaptado a la informática.

Los años pasan,
pero el amor continúa
llenando la vida,
poseyendo el alma
cómo si el ayer
fuera hoy...

Recuerda tu niñez
con tus muñecas
y cuentos de princesitas

Recuerdo tu juventud
con tu audacia
por descubrir la vida

Recuerda tu madurez
con tu constancia
por vivir la vida

Recuerda tus amores
que llenaron de poemas
tus noches y tus días

Los recuerdos no se borran,
aunque el tiempo los aleje
seguirás siendo tú
la mujer de mi vida...



Feliz cumpleaños...
y toda una vida
por delante

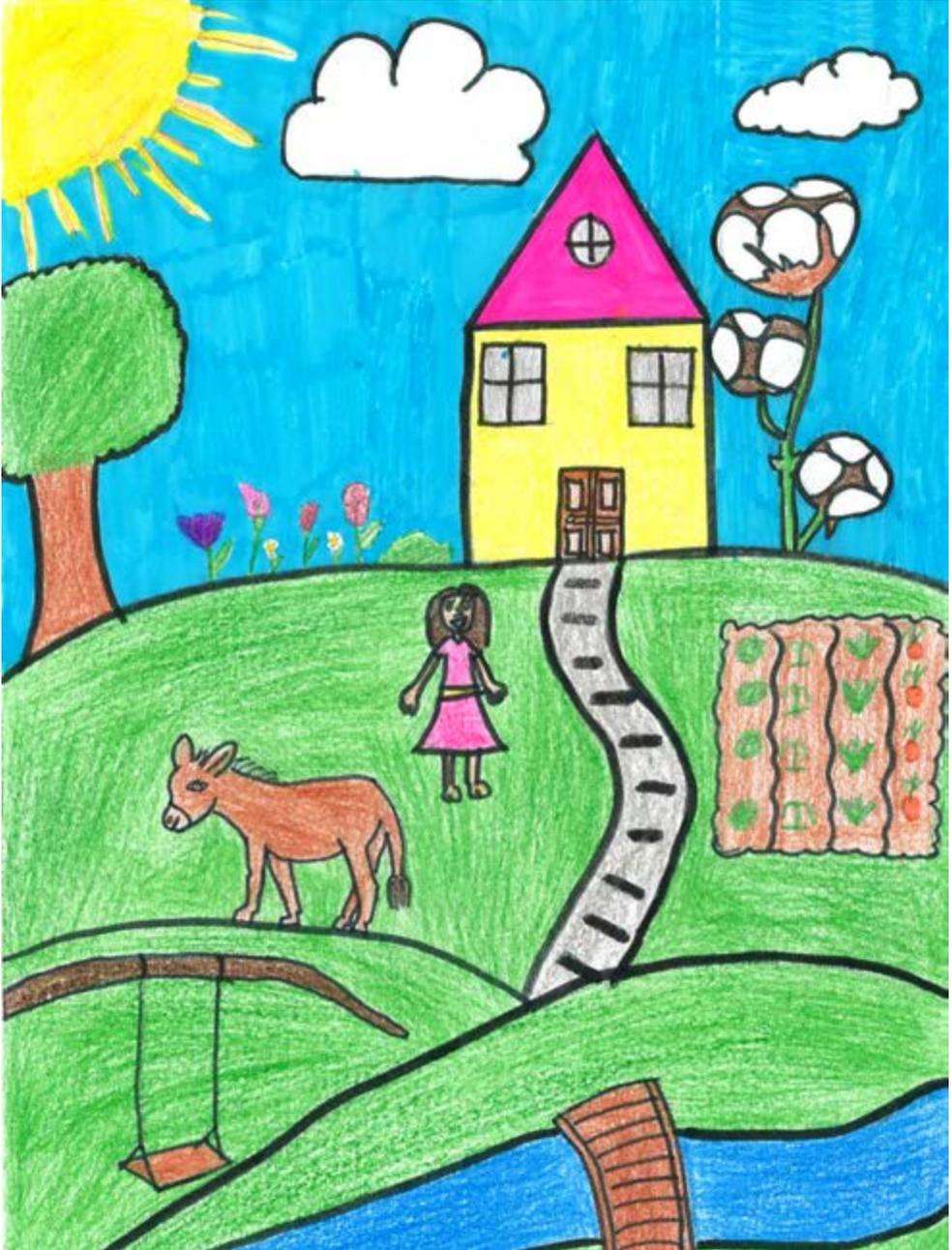
Te quiero muuuucho...



UNA VIDA

Inés Benítez Cortés

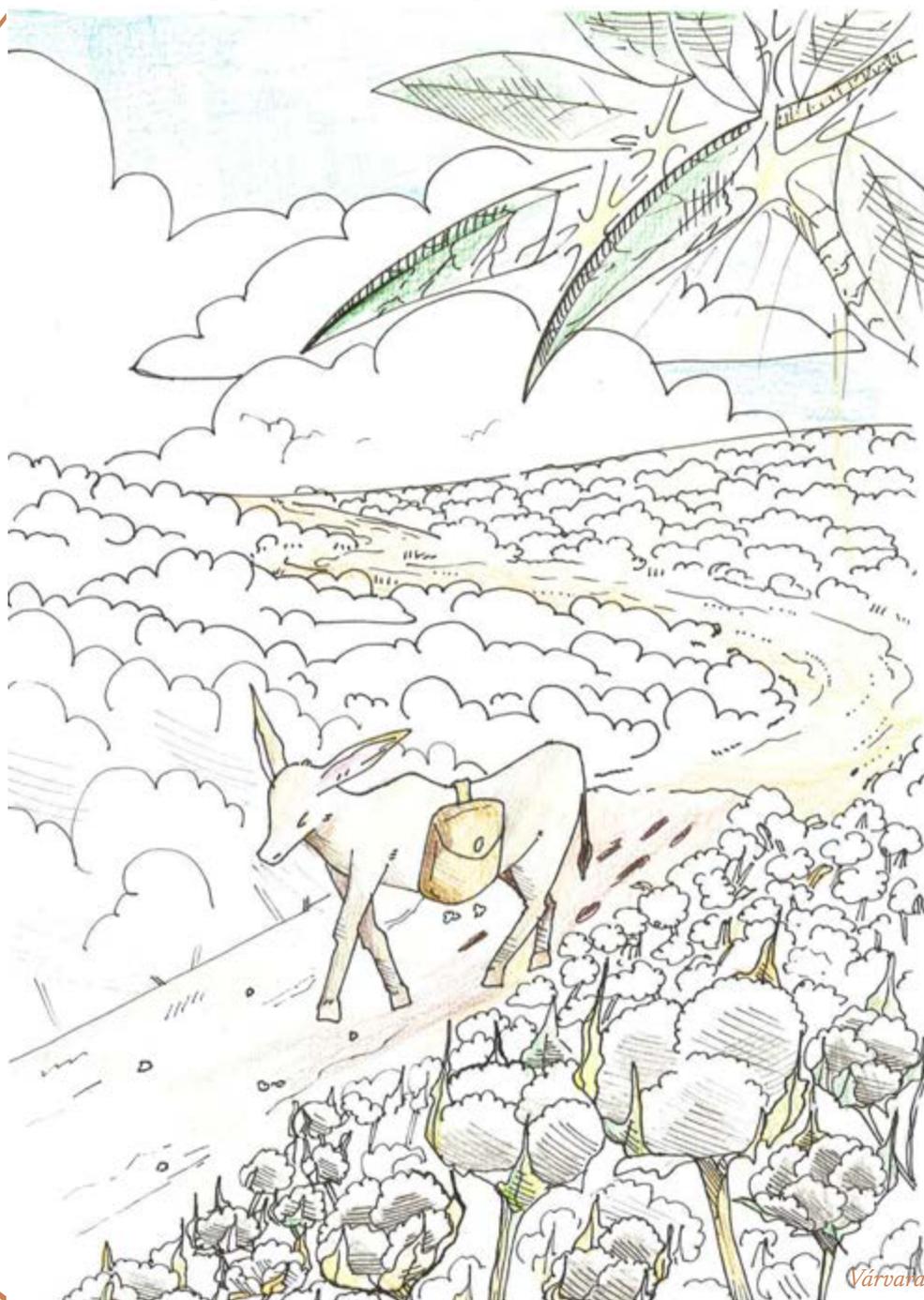
La vida no ha sido fácil afrontarla, pero con ilusión todo se consigue, con mucha fuerza. A mí me gusta mucho el campo y la Naturaleza.



Ainhoa



Hace poco iba paseando por el campo y como había llovido, al salir el sol el campo estaba precioso de flores de varios colores. Por allí pasaba un arroyo y llevaba agua. Qué bonito el sonido del agua. Disfruté mucho recordando mis años en el campo, en mi pueblo y ya han pasado muchos años desde que yo iba a trabajar al campo con 12 años más o menos.



Várvara



En junio iba a entresacar el algodón que consistía en ir quitando la planta y las íbamos separando; cuando pasaban unos meses ya íbamos a la recogida en septiembre. Íbamos muchos jóvenes porque era lo que teníamos para ganar algo y ayudar a mi madre. El algodón pesaba muy poco y teníamos que coger muchos kilos para sacar algo, pues lo pagaban muy barato, pero estábamos muy contentos; prensábamos los sacos para que cupiera más algodón e íbamos con la burra mi hermana y yo, pues estaba lejos del pueblo.

Era nuestro medio de vida. Cuando terminábamos, bajábamos cada uno con su burro por el camino, comentando cómo nos había ido el día y que nos parecía que hoy habíamos cogido más y han pesado menos; pues así hasta que acabábamos en octubre.

Tras este periodo de trabajo, descansábamos, porque después íbamos con el tabaco, separando las hojas de primera, de segunda y de tercera. Hacíamos manojos que después atábamos. Un chico iba colgando del techo los manojos para que se secaran. Después no parábamos, porque siempre había algo que hacer, pues mi madre salía a vender por los pueblos de los alrededores con la burra. Día sí y día no, íbamos a Mérida a vender huevos y yo le ayudaba hasta la estación con dos cestas, a una distancia de dos kilómetros, y allí dejaba a mi madre con las compañeras que se ayudaban a subir al tren. Yo regresaba para casa. Por la noche íbamos mi hermano y yo con la burra a recogerla porque traía cosas para vender en casa. Así llevábamos nuestra vida.

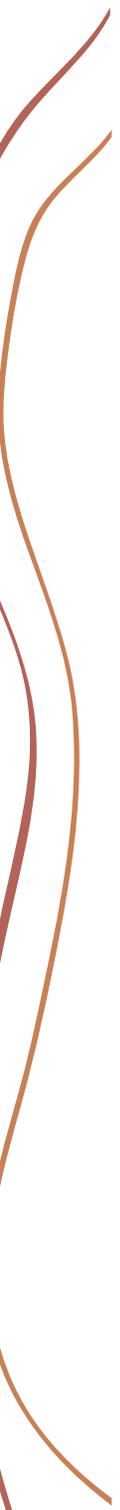
También íbamos al baile de las bodas que se hacían en el pueblo y nos dejaban entrar hasta las nueve más o menos. También teníamos el baile en Navidad o en feria o alguna fiesta más. A la escuela asistí poco pues con 8 años dejé de ir, pero teníamos escuela de noche que nos enseñaban lo que hoy sé. No teníamos mucho tiempo de clase. La vida era así, trabajar en el pueblo.

Cuando fui mayor, trabajé en una casa que estuve muy bien, pero después me fui a Mérida que ganaba un poco más. Después, un poco más mayor, me casé y me vine a vivir a Málaga donde estoy ahora. Aquí tengo muy bien mi vida de casada.

Han sido otros tiempos, pero trabajando. Aquí han nacido mis dos hijas; la mayor ya casada con un malagueño tiene dos niños y una niña. La pequeña está casada con un extremeño y tiene dos niñas y un niño. Yo quiero a Málaga, pero mi pueblo, donde están mis raíces, no lo olvido.

A mi madre, con todo mi cariño, que trabajó para que nada nos faltara y así fue como nos dio su cariño y esos valores nos han servido para educar a nuestras hijas. Sólo vivió para que nada nos faltara y doy gracias a la vida por todo lo que tengo, una familia maravillosa.





VIAJE A GRANADA

Antonia Gómez Ruiz

Esta mañana, después de desayunar, hemos decidido toda la familia ir a pasar el día a visitar la provincia de Granada.

Después de una hora y cuarto de coche, llegamos a nuestro destino. Lo primero que hemos hecho es tomar unos refrescos con unas tapitas para recuperarnos del viaje; a continuación, hemos visitado la Catedral, resaltando el monumento donde se encuentran enterrados los Reyes Católicos y una Almudena de Alonso Cano que también hay en el interior de la Catedral.

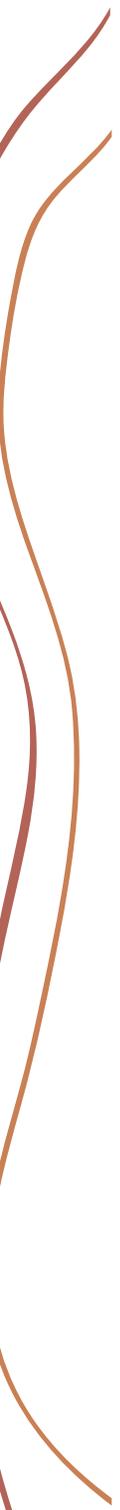
Después, fuimos andando por el casco antiguo y visitando los bares para disfrutar de la gastronomía propia de la ciudad; cuando ya estábamos llenos, nos pusimos en camino para llegar a la Alhambra.

Subimos andando por los jardines hasta llegar a la puerta; nos pusimos en la cola y cuando llegó nuestro turno, no nos dejaron entrar, porque hay que reservar las entradas con antelación y lo desconocíamos; así que nos quedamos con las ganas para ir otro día. Bajamos de nuevo a la ciudad, tomamos un cafetito y churros para después regresar a la casa.



Adriana





VIEJA

Rosa Vázquez Castreje

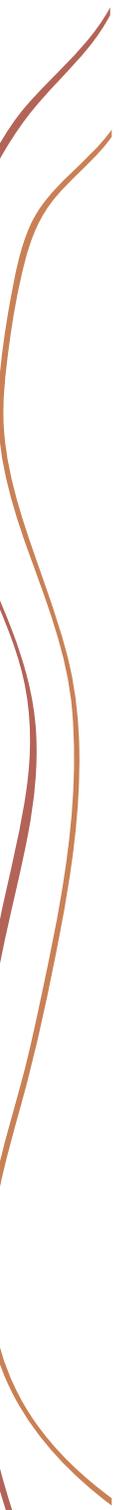
Me llamas vieja,
Yo no me siento así.
Soy mayor, eso sí.
Por dentro me siento joven,
muy joven.

Mi alma y mi pensamiento, no saben lo que es la vejez; ser mayor sí lo saben.
Cuando llamas vieja, la persona que lo escucha, se entristece y se siente poca cosa, sus facultades se disminuyen, sobre todo a aquellas que están debilitadas.
Debilitadas por los sufrimientos, las desilusiones, las pérdidas, la soledad, las necesidades no satisfechas, las estrecheces ...
Todo eso le hace sentir inferior, poca cosa, le hace desear la muerte.

Tú que a hora estás en la flor de la vida, cambia el edadismo que sufren muchos mayores.
Algún día tú serás mayor, edúcate y educa, para que nunca más nadie diga: vieja, eres vieja.
No es la palabra vieja que hace daño, es el trato.

Esa persona mayor, también contribuyó en este mundo, con su gota de aportación, cómo cada gota de otros mayores, para ir formándonos y seguir los que vienen detrás.
Esos mayores tienen experiencias de tanto. También saben cosas que tú no sabes, ni quieres saber.
Ahora, se cree que se sabe todo; según Sócrates: 'sólo sé que no sé nada'. La humildad te hará mejor, y llegarás a mayor más sabio.





¿VIEJA YO?

Concha García Benítez



Fátima

Quién me iba a decir a mí, a estas alturas de la vida que le iba a contar a un público atento y expectante las miserias o las verdades, las experiencias y/o posibilidades, de la vejez.

Siendo realista, esto no va de un plan muy precioso que cada vez se va a poner más maravilloso, esto va de un plan normalito, vamos a llamarlo así, que irá poco a poco a peor, sí lo siento, ¡es lo que hay! y hay que aceptarlo y mirarlo con cierta ironía y dosis de humor, porque si no la historia puede ir de color gris, a más gris, a gris oscuro... tendiendo, ja,ja,ja, a ¡crespón negro!

Por eso, vamos a tratar de hacerlo lo más llevadero posible en el día a día. Creo que ahí, es donde reside la llave de este tiempo. Vivir cada día como si fuera una vida completa, una vida chiquitiiiilla, de 24 horas. Lo dicho, vivir al día y ya ¡está!

El presente es lo único que nos tiene que importar, y ser capaces de convertir cada nuevo día en un viaje lo más grato posible, que no es un viaje a ninguna parte, es un viaje que sabemos dónde termina. Ley de vida. Y, además, llegar lejos en el camino es una gran suerte. Tenemos más amaneceres que no es poco, así que podemos tener más de todo.

Uyyyy, esto se está yendo de madre con tanta visión realista, la verdad que no pretendía ponerme tan trascendente, lo que quiero es relatar las vicisitudes propias de esta edad, de esos pequeños detalles que recuerdan que una o uno, ya no es lo que era.

No sé dónde leí que cada tiempo era el tiempo propio de nuestra edad, y así lo siento, este es mi tiempo el tiempo de la vejez, claro que echo de menos historias de la juventud, claro que echo de menos historia de mi época más activa y productiva, pero este tiempo, es el que toca, y como no queda otra, es contemplarlo con sus luces y sus sombras.

Hacerte mayor, o sea la vejez, tiene estupendas producciones y grandes satisfacciones, y también sus carencias innegables, es una mezcla de ganancias y pérdidas. Mirarlo en positivo es bueno para no amargarte y convertirte en una persona, ja,ja,ja, maniática, cascarrabias o deprimida.

Así que vamos a mirarlo desde la actitud positiva, no es ninguna tontería no vivir ya siendo esclava del despertador, ni de la ¡menstruación! ni tener miedo de quedarte embarazada y permitirte, como se supone que ya eres vieja, de decir lo que te dé la gana, a las claras y sin tantas hipocresías y poder pasar tres kilos, de aquellas personas que te caen como el culo.

El panorama es este, o estamos en este barrio maduras, es decir viejas y con achaques, o en el otro barrio (dedo hacia abajo) sin sentir ni padecer... ¡Vaya! Descansando del todo, etéreas, con las patas tiasas y por delante.

Yo he decidido mantenerme activa, no aislarme, cuidarme, hacer ejercicio y transmitir la sabiduría almacenada de años de experiencia y estudios... ahí es nada, dicho así hasta queda algo pedante, pero no, hablo desde la motivación sintiendo que todavía tengo la mente y el corazón abierto a la pasión, al gozo, a la ternura y noto, como se ha ido perfeccionado estos valores en todas sus modalidades. Y digo todo sin decir nada.

Os voy a contar un día cualquiera de mi vida... por ejemplo el de ayer.

Lo primero es la alegría de empezar el día sin la esclavitud del despertador, pero la verdad sea dicha, ahora me despierto antes, bastante antes, mucho antes...y eso sin contar que al hacer el pis nocturno, no me quede ya desvelada dando vueltas en la cama, sí, sí, vueltas lentas y apoyando los codos, pero vueltas.

¡En fin! Me digo: ¡Arriba campeona!! A comerme el mundo de este día único. Bueno esto lo digo con la mente porque con el cuerpo parezco una filmación a cámara lenta. En este día concreto que os narro, decido cortarme las uñas de los pies porque cuidar la imagen y el aseo es importante. Lo primero buscar mis gafas, las de ver, las de la presbicia, sin ellas, soy incapaz de hacer un montón de cosas. ¿Mecachis donde las dejaría? ¡Mira!, empieza el momento del día que doy más vueltas que un trompo entre buscar las gafas e ir poniendo las neuronas en su sitio.

Café y pastillas, ¡Organización!

¡Ay! la flexibilidad y agilidad. O se me han quedado más cortos los brazos o los pies están más lejos... hago posturas de flexión y acercamiento, lo mejor que puedo, por fin agarro el pie lo más alto posible, que a simple vista es con bastante poca altura y con tijeras en mano y gafas de presbicia voy logrando la primera empresa programada.

Pongo las noticias, últimamente me estoy percatando que la línea del volumen la tengo que poner más alta, o yo escucho peor, o la tele está mal, ¿estaré perdiendo el oído?



Porque a veces giro la cabeza así, como hacen los perros, orientando el oído derecho, hacia la TV, en esa postura el sonido me llega mejor.

Pues nada, me voy a andar un rato, el ejercicio es fundamental, eso sí, tengo que ponerme un soporte de sujeción, vaya una compresa grandecita, para las pérdidas de fluidos y mira que he hecho ejercicios pélvicos, pero que se le va a hacer, si me agacho, me río o toso, las humedades afloran, ni te digo si lo hago todo a la vez, ¿Qué? ¿Es que ninguna ha vivido la situación del estar en movimiento, muertas de risas y con un golpe de tos en paralelo? No añadiré para evitar escatologías, cuando a la par, los gases quieren acompañar cual truenos, sobre las gotitas de micción, ¿poético ha quedado, ¿eh?

Por fin ya en la calle. Según voy andando me miro en mi propia sombra, y la veo tambalearse más de la cuenta, conclusión tiene que ser mi cuerpo que empieza a ser prisionero de la artrosis y las articulaciones rígidas, así que me doy la orden mental de ponerme más derechita y andar más jovialmente, esto solo me llevó a dar un traspies... por suerte fui dando tumbos y no terminé estampillada. A esto, me encuentro con una conocida que sé quién es de sobra, y sé su nombre, pero hoy por más vueltas que le doy soy incapaz de acordarme y ¡claro! me da apuro, porque queda raro estar charlando un rato y no nombrarla ni una vez, cuando ella ya me ha dicho el mío tres o cuatro veces, ¡qué faena la memoria!, que lo tengo en la punta de la lengua y no me sale, ¡Nada!, que nos despedimos y yo disimulando para que no se note que no me acuerdo de su nombre. Según he andado tres o cuatro metros, ¡zas! el nombre me llega de repente, mira una alegría, así que me vuelvo y a grito pelado la llamo, con satisfacción y orgullo “J-A-C-I-N-T-AA que no te he dicho que ese peinado te queda estupendamente, estás muy guapa”, ella sonríe con cara de estar pensando, “y porque me lo tienes que decir a grito pelado”, pero bueno, yo su nombre se lo he soltado, y me he quedado tan a gusto.

Y que me dices de cuando quieres dar una carrera para coger el bus, siendo lo de correr una fantasía, visto desde fuera se queda en un cimbreo de cuerpo casi convertido en traspies.

Sí, sí, no tienen tanta importancia las pequeñas cosas de la edad, a quién no le ha pasado también quererse quitar un pelillo, de esos tiesos que salen por el cuello o por la barbilla, y aún con el espejo de aumento se pierde una y otra vez, y no te creas, luchas como una jabata, lo tocas, ¡Lo palpas aquí está! Y cuando vas con la pinza al ataque, ¡Uf!, ¡otra vez ha desaparecido! Lo importante es que al final lo pescas y tan contenta.

Ja,ja,ja, estoy pensando también en los encuentros y en las reuniones con la gente de nuestra edad, ¿os habéis dado cuenta que el tema estrella pueden ser los dolores, enfermedades, citas médicas, tratamientos y otros percances clínicos? Lo que peor llevo es cuando se argumentan con toda serie de detalles e incluso con los relatos de los diálogos mantenidos con las médicas, médicos, o con la enfermería. Llegado a ese punto me suele entrar cierto coraje mientras pienso si yo te contara lo mío. El aderezo de los males en todos los encuentros es casi inevitable, porque sí que es verdad que achaques y goteras tenemos la mayoría por un tubo, aun teniendo una salud inmejorable, o una mala salud de hierro.

Ya en casa, me llama la atención una foto mía de cuando era joven, la tengo ahí en la entrada desde hace años, pero no sé por qué hoy la he cogido y la miro y me miro a su vez en el espejo del recibidor, me busco y me animo encontrando el parecido, un no sé qué en la mirada que no ha cambiado en 50 años...es verdad que el tiempo no perdona y también que quien tuvo



retuvo y guardó para la vejez, eso decía mi madre, así que, aunque sea en michelines, lo guardado, guardado, está.

¿A ver qué hora es?

Vaya como me he colado, ya me lo dicen mis hijas al grano al grano que te enrollas como una persiana, ¿será también cosa de la edad o será la naturaleza de nacimiento, a saber? Bueno, pues si queréis en otra ocasión os sigo contando como continuó ese día cualquiera de mi vida como persona mayor, aún va el relato por las once de la mañana, así que queda día por delante por contar.

En definitiva, ¡estamos vivos y vivos que no es poco!, y aunque la decadencia de la materia, decadencia es, queda vida por delante. Vivámosla con humor y optimismo, que es una de las mejores maneras de invertir en salud.

Málaga, febrero 2024

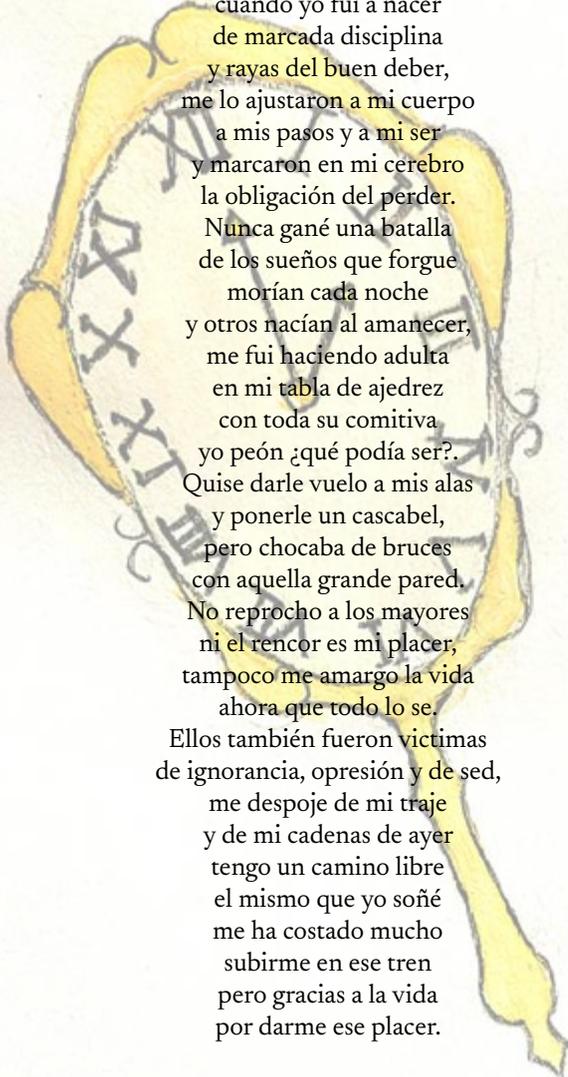


VIVENCIAS

Manuela Villarejo Serrano

Vivencias

Imposición



Traje me hicieron a medida
cuando yo fui a nacer
de marcada disciplina
y rayas del buen deber,
me lo ajustaron a mi cuerpo
a mis pasos y a mi ser
y marcaron en mi cerebro
la obligación del perder.
Nunca gané una batalla
de los sueños que forgue
morían cada noche
y otros nacían al amanecer,
me fui haciendo adulta
en mi tabla de ajedrez
con toda su comitiva
yo peón ¿qué podía ser?.
Quise darle vuelo a mis alas
y ponerle un cascabel,
pero chocaba de bruces
con aquella grande pared.
No reprocho a los mayores
ni el rencor es mi placer,
tampoco me amargo la vida
ahora que todo lo se.
Ellos también fueron víctimas
de ignorancia, opresión y de sed,
me despoje de mi traje
y de mi cadenas de ayer
tengo un camino libre
el mismo que yo soñé
me ha costado mucho
subirme en ese tren
pero gracias a la vida
por darme ese placer.

Algunas veces sucede
Algunas veces sucede,
que los días no son tus amigos
ni llegan en buen estado

Elena



y resulta, que su paleta de colores
reposan en la uci,
sin saber si su alma, podrá tener mejoría.
Entonces te ves desnuda, tiritando
y recogiendo escombros
de tiempos mejores
en los que pueda recomponer
los cristales rotos
donde se reflejaba lo mejor de mi vida.

Vivir

Vivir, vivir, sin pausa, sin demora
sin dejar pasar el tiempo a deshoras
ni beberte a grandes tragos las auroras.
Vivir, vivir dulcemente
como el ritmo de las olas
cuando el viento, lentamente
las convierte en caracolas.
Esta vida, esta vida es tan corta,
vivir, vivir siempre vivir
que toda en ella importa,
sólo en ella ser feliz
porque ella es una incógnita
cuando la vida se deja
todo el tiempo sobra.

Entrega

El ochenta por ciento de mis deseos
se difumina sin darme cuenta,
porque hay una suma tan abrumadora
de costumbres obligadas
que multiplica al infinito lo inalcanzable
y resta toda voluntad de lo querido,
obligando a dividir lo soñado
para quedarme con el resto, nada.

Mayor

Me estoy haciendo vieja os lo aseguro
mi cuerpo lo delata con disimulo
y muchas más cosas que he notado,
memoria que ya no rinde como antaño.
Pasiva y tranquila ya no me altero
por fiestas, charangas ni por boleros,
Tantos años vividos



van dejando huella
en mis hombros caídos
y en mi silueta.

Mis mañanas son tranquilas y sin resacas

mis borracheras son, los recuerdos de mi infancia,
las tardes son pasivas, sin sobre-saltos
viendo el horizonte de gris-cobalto.

Pero tranquilos, que no me apena
yo me río de mi sombra y de mi condena

La vida es así, no me lamento
a mi manera la disfruto en cada momento
y cada día que pasa me alegro más,
doy gracias a la vida por su bondad.

Espejos

No cabe duda, de que los espejos
son la calcomanía de la realidad
inalterable al código del tiempo,
te van acompañando como fiel amante,
no se alteran a ningún capricho que desees
son militarmente soberbios,
no complacen, no mienten, no ceden a tus anhelos
y cuando te miras en ellos
no te regala alegrías
ni te descuenta lo que desdeñas
ellos no engañan,
tienen la ejemplaridad de la ética.

Otoño

Contemplo como la tarde
se va suavemente, tan despacio
y hace que yo me asombre
al ver su luz de topacio,
me conmueve esa quietud
en los valles tatuado
y admiro la extensión
de su frío y bello ocaso.
Me da grata serenidad
a mi espíritu alborotado
¡oh tarde de otoño!
que armonía en tus dorados
y en el tañir de la lluvia
que suenan en los tejados
y que decir, de tus débiles ocres

y de tus vivos anaranjados
que por doquier yo los veo
en esos bellos campos
y alimenta mis recuerdos
que tenía abandonados
¡Oh otoño sublime!
¡cuanto me has regalado!

Dos hermanas

Esclava yo, aquí me tienes
caprichosa vida que me susentas
ni te temo ni te odio
ni me achica tus tormentas,
marioneta siempre tuya
entregada a las órdenes de tus cuerdas
como lazarillo me tienes
bajando y subiendo cuestras,
yo penitente de tus leyes
que conmueve e indijestan
pero, como fiel cordero soy
tu más segura repuesta, eres la eterna vida
yo tu sumisa cenicienta
vendrá tu hermana la muerte
y tendré que irme hasta contenta.







MAYORES CREATIVOS

Certamen Literario

2024



**Fundación
Unicaja**



Junta de Andalucía
Consejería de Salud y Consumo



SAMFyC
Sociedad Andaluza
de Medicina Familiar
y Comunitaria

